UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

CENTRO INTERDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES

# “La construcción historiográfica del “viraje a la derecha” de la Revolución Mexicana, 1979-2008”

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTOR EN HUMANIDADES

PRESENTA

**CARLOS ALBERTO SILVA RAMÍREZ**

DIRECTOR DE TESIS

Dr. LUIS GERARDO MORALES MORENO

CUERNAVACA, MORELOS A 2 DE JUNIO DEL 2025

# Índice

Introducción.....4
Capítulo I. La narrativa historiográfica sobre los sexenios presidenciales de 1934 a 1952, desde la perspectiva crítica de 1979 a 2004.....9
1.1 La transición civilista y la modernización autoritaria.....11
1.2 La influencia de la segunda guerra mundial en el giro desarrollista.....18
1.3. La consolidación del estado posrevolucionario.....26
1.4. La derrota de la izquierda comunista.....35
1.5. La corrupción como factor del desarrollo.....42
1.6. De la etapa revolucionaria destructiva a la constructiva.....48
1.7. Consideraciones finales.....56
Capítulo II. El esencialismo mexicanista en la narrativa filosófica de la década de 1940....62
2.1. La configuración del nacionalismo revolucionario.....62
2.2. El civilismo y la democracia modernista.....76
2.3. La modernización desarrollista del alemanismo.....85
2.4. La coyuntura de los tiempos históricos en la filosofía de la mexicanidad.....94
2.5. Conclusiones.....97
Capítulo III. La narrativa cinematográfica como expresión artística de la mexicanidad.....99
3.1. El nacionalismo mexicanista en el cine.....104
3.2. El sacrificio patriótico en escena.....117
3.3. La introducción de la tecnología en la vida de los mexicanos.....126
3.4. El aspecto moral representado en el cine.....132
3.5. La vida urbana como emblema de prosperidad.....137
3.6. El cine nacionalista como sublimación artística de una época.....145
Conclusiones.....154
Bibliografía.....162

*¡Qué lejos está el ideal, qué lejos!*

*Espejismos del desierto, ilusión de la estepa,*

*imagen de una estrella titilando en el fondo del lago.*

*Primero era un abismo insondable*

*el que separaba a la humanidad de la Tierra Prometida.*

*¿Cómo llenar ese abismo? ¿Cómo cegarlo?*

*¿Cómo alcanzar la risueña playa que adivinamos*

*que existe en la orilla opuesta?*

*El árabe sediento ve de repente agitarse a lo lejos*

*la melena de las palmas y hacia allá fustiga su camello.*

*Vana empresa: avanza hacia el oasis y el oasis parece que retrocede.*

*Siempre la misma distancia entre él y la ilusión, siempre la misma.*

**—Ricardo Flores Magón, *Regeneración.* 1910.**

## Introducción

La historia contemporánea de México forma parte de una serie de discusiones historiográficas en las que destaca el tema de la Revolución Mexicana (1910-1920), y su supuesta continuidad alcanzada a través del Partido de la Revolución Institucional (PRI) fundado en 1946. La historia oficial ha mitificado la tesis de la "continuidad revolucionaria", presentándola como la culminación de una lucha popular por la democracia.

En el transcurso del siglo XX el oficialismo se encargó de consolidar el relato dotándolo de héroes revolucionarios que brindaron legitimidad social. Por ejemplo, con la llegada de Lázaro Cárdenas al poder, en 1934, "el gobierno federal comenzó a desempeñar un papel más importante en el desarrollo del culto a Zapata" (Brunk, 2019, p. 118). Además, durante las primeras décadas de la posrevolución, el nuevo régimen político contó con núcleos de intelectuales aliados que proporcionaron las bases ideológicas y ontológicas que legitimaron el desarrollo del "priato".

La narrativa posrevolucionaria también se apoyó en otras prácticas no exclusivamente discursivas, como fueron la pintura, el teatro, la música, el cine y la radiodifusión, que fomentaron el nacionalismo revolucionario. Con ello podemos observar que la construcción del mito de la Revolución "permanente" adquirió su propia consciencia estética moderna.

Dentro de las diversas narrativas, el ideario del grupo filosófico Hiperión constituyó la base teórica, en la cual fue concebido el pasado de México con diversas tesis sobre la llamada "mexicanidad". Filósofos como Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Jorge Portilla y Ricardo Guerra, entre otros, establecieron una propuesta que sostuvo la tesis del "tiempo nuevo", los "tiempos modernos" de la mexicanidad durante el sexenio presidencial de Miguel Alemán (1946-1952), propiciando ideas como la de que "el mundo indígena, hasta ayer ahogado bajo los intereses de otras clases que se habían venido justificando con doctrinas importadas, se imponía a su vez y justificaba intereses" (Zea, 1953, p. 69).

Sin embargo, con el paso del tiempo, las contradicciones del nuevo régimen llevaron a diversos sectores de opinión a cuestionarse la legitimidad del sexenio por la corrupción, el autoritarismo y, en general, por la falta de indicios de democratización. Todo esto se hizo evidente, como lo señaló Octavio Paz (1978, p. 21) con la represión de los estudiantes universitarios durante el verano de 1968.

Las expresiones de inconformidad sumadas a la creciente libertad de expresión, la cual se fue abriendo durante los años 1970-1980 en el ámbito intelectual, periodístico y cultural, condujeron a que surgiera una historiografía contemporánea que abrió una perspectiva crítica sobre el periodo de institucionalización del régimen nacionalista revolucionario. Intelectuales como Luis Medina, Blanca Torres, Luis Javier Garrido, Barry Carr, Stephen Niblo, Antonia Martínez, José Agustín, entre otros, construyeron una primera narrativa crítica del priísmo.

Del mismo modo, algunos analistas del cine como Jorge Ayala Blanco y Xavier Robles comprenden al denominado “cine de la Época de Oro”, que abarcó de los años 1940-1952, como una construcción estética enajenante, que, si bien tuvo su popularidad y aceptación, fue debido a que este tipo de cinematografía supo explotar y propagar elementos fundamentales del nacionalismo revolucionario. De este modo, identificamos cómo en el intelectualismo de las décadas de entre 1970 a 2010, tanto historiadores como analistas del cine, encontraron un “viraje a la derecha” o con tendencia “conservadora”, en el rumbo que tomó la Revolución hecha gobierno durante la década de los años de 1940.

El "viraje a la derecha" no es una categoría que esta investigación imponga sobre el devenir político del México posrevolucionario, sino una noción percibida del análisis de las fuentes historiográficas revisadas, que trazan una línea de continuidad entre el cardenismo y una supuesta ruptura durante los gobiernos de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán. En estos relatos, el sexenio de Lázaro Cárdenas es construido como el punto culminante del proyecto revolucionario, caracterizado por su radicalismo agrarista, su cercanía con los sectores populares y su confrontación con los intereses empresariales y clericales. En contraste, los gobiernos posteriores son representados como el inicio de una inflexión conservadora, marcada por la centralización del poder, la apertura a capitales privados, el abandono del impulso redistributivo, la consolidación de un modelo de modernización autoritaria y la represión social. Así, más que señalar una derechización del régimen, esta investigación rastrea cómo ese giro a la derecha es construido como un canon interpretativo en determinadas narrativas historiográficas.

Lo que buscamos en el presente trabajo es entender el cruce de temporalidades de la historia contemporánea de México, en donde hay quienes escriben y hacen un análisis sobre la transición civilista desde su propio presente, como es el caso de los filósofos de la mexicanidad y también los que tradujeron estas ideas a tramas cinematográficas, como fueron

los productores de películas como *Río Escondido* y *Una familia de tantas*, de Alejandro Galindo y Emilio “El Indio” Fernández. Ambas películas sugieren una ruptura con “un pasado feudal” frente a un nuevo proyecto moderno de nación.

En este contexto, los historiadores construyeron una narrativa que dejó un testimonio con destino fatal hacia el rumbo de la Revolución y uno satírico con respecto a la retórica institucional. De manera paralela, analistas de cine como Jorge Ayala Blanco y Xavier Robles, se cuestionaron la sublimación del discurso cinematográfico, presentándolo como una expresión artística que funcionó como refuerzo de la ideología de Estado. Con esto último, podemos observar que la cinematografía puede concebirse como un documento historiográfico que puede interpretarse de diferentes maneras.

A partir de ello vemos que, ni quienes hacen historiografía, ni quienes hacen crítica cinematográfica se identifican en su proceso de investigación. Con respecto a lo anterior, haremos uso de *la* noción de “disociación” propuesta por Frank Ankersmit para explicar cómo, en distintas temporalidades, cada generación de intelectuales rompió con el pasado al dejar de sentirse identificada con él. Esta ruptura responde a la percepción de una identidad histórica cargada de contradicciones y heridas no resueltas. Al desconocer ese pasado —no por olvido, sino por rechazo—, se genera una crítica que revela cómo la sociedad ha permanecido anclada en los mismos vicios de un sistema autoritario y patriarcal.

La retórica institucional y las narrativas intelectuales y culturales de la década de 1940 señalaron una propuesta de centro, en las que por un lado rechazaron las posturas más conservadoras relacionadas con el hispanismo criollista y catolicismo tradicionales; y por el otro, el comunismo del modelo soviético, por lo que propusieron una tercera vía: la doctrina de la mexicanidad en combinación con la modernización tecnológica y económica. A partir de esto, queda en evidencia una discusión entre la izquierda y la derecha, aunque en los años de 1940 no se hablaba en esos términos en el vocabulario dominante mexicano. El rechazo a las ideologías extremistas y/o exóticas, avizoran que la discusión forma parte de una historia del “tiempo presente”.

La historiografía “de lo contemporáneo” en México, complejizó, a finales del siglo XX, “el giro a la derecha” en el rumbo de la Revolución. Los estudiosos del pasado, y en general, los nacientes científicos sociales profesionales de los años 1970-2000 construyeron un

canon historiográfico con el binomio “izquierda-derecha”. Estamos ante un problema historiográfico y nuestra investigación se ocupa de descifrarlo.

Las fuentes utilizadas en esta investigación pertenecen a un conjunto de estudios historiográficos contemporáneos que han integrado el presente al tiempo histórico, en consecuencia, establecieron “una historia que se liga con la coetaneidad del propio historiador” (Ovalle, 2020, p. 19); es decir, estudiamos un tiempo que aún está vigente. Los historiadores analizados en el primer capítulo estudian las décadas que van de los años 1930 hasta 1940 y constituyen un pasado que “no está ni acabado, y donde el sujeto de la narración es un «todavía-ahí»” (Ovalle, 2020, p. 22).

Este trabajo trata de entender, la forma en como se ha concebido la historia contemporánea de México (a partir de los años cuarenta en adelante) en torno al binomio “izquierda-derecha”, cardenismo-alemanismo, nacionalismo revolucionario-modernismo autoritario, estado benefactor-neoliberalismo, en donde, esta misma historiografía distingue entre una derecha tradicional (antiliberal, católica), y, otra derecha que se ubica dentro del mismo grupo en el poder, lo cual produce una pugna sistémica sobre la “orientación verdadera” del legado de la Revolución.

La historiografía revisada en este trabajo no reconoce de forma explícita a las tesis filosóficas de la mexicanidad como una “tercera vía”, es decir, como una propuesta que buscaba evitar tanto el extremismo del comunismo soviético como una subordinación total a los intereses estadounidenses. Sin embargo, estas tesis sí constituyeron una alternativa intelectual que pretendía guiar el rumbo nacional desde una identidad propia, arraigada en la cultura mestiza y en valores modernos. A pesar de esta intención, gran parte de la historiografía coincide en que la Revolución Mexicana terminó por encaminarse hacia un viraje conservador. Consideramos importante atender esta ambigüedad, pues permite reexaminar el sentido del llamado “viraje a la derecha” desde una perspectiva más compleja.

Si bien los historiadores ubican ese giro dentro del mismo aparato gubernamental —aludiendo a las decisiones políticas, económicas e institucionales—, es posible advertir que su conceptualización se encuentra limitada por el horizonte de experiencia de sus respectivas épocas, y que en ocasiones no da cuenta del papel de las ideas filosóficas en la construcción de una racionalidad gubernamental que también contribuyó al desplazamiento hacia posiciones conservadoras. En este sentido, al incluir el análisis de los discursos filosóficos sobre la

mexicanidad, se amplía la comprensión histórica del viraje, al reconocer cómo ciertas formas de pensar el ser nacional también acompañaron, legitimaron o incluso anticiparon dicha reorientación política.

Para este análisis se hará uso de herramientas teóricas como la historia conceptual de Reinhart Koselleck que, permite hacer una crítica de las fuentes consultadas a partir del análisis de cómo construyeron conceptos como los de “izquierda” y “derecha”, adecuándolos a las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas de los respectivos autores. Por otra parte, las nociones de “presentismo” y “régimen de historicidad” de François Hartog, permiten indagar la articulación de los tiempos históricos de los autores revisados junto con su presente. Finalmente, la propuesta de Frank Ankersmit, permite una aproximación analítica del discurso narrativo de nuestras fuentes.

De este modo, conviene reflexionar acerca de los riesgos de escribir “historia contemporánea”, aún más cuando los autores pertenecen al régimen de historicidad del modernismo autoritario, donde la lección de la historia ya no proviene del pasado, sino del futuro. En esta perspectiva progresista, el tiempo futuro da sentido al presente y el pasado agrarista o desarrollista deja de ser una fuente de ejemplaridad; sin embargo, ese pasado del modernismo autoritario al que refieren los autores vive en su espacio de experiencia; es decir, se trata de un pasado que no ha periclitado, que persiste y al que todavía pertenecen en otra modalidad del desarrollismo: el neoliberalismo global. En este marco, resulta pertinente preguntarse: ¿bajo qué condiciones de posibilidad se ha construido la interpretación del “viraje a la derecha” como parte de la historia contemporánea de México, y qué tensiones revela esta noción entre la legitimidad del discurso y las prácticas autoritarias del régimen posrevolucionario?

## Capítulo I. La narrativa historiográfica sobre los sexenios presidenciales de 1934 a 1952, desde la perspectiva crítica de 1979 a 2004

En este capítulo se pretenden analizar las investigaciones sobre el proceso que una serie de intelectuales identifican como un viraje a la derecha. Es decir, el proceso de transformación del "agrarismo social" protagonizado por Lázaro Cárdenas, a la "modernización conservadora" con Miguel Alemán como el antagonista de la "política cardenista". En este contexto, surgen narrativas que, por un lado, presentan relatos trágicos que describen una "desviación equivocada de la Revolución" y, por otro, relatos satíricos críticos de ciertos valores que la misma narrativa sitúa en la época, considerando el cambio de rumbo como una "traición a los principios revolucionarios". Los autores analizados destacan una serie de principios morales dentro del partido revolucionario y sus representantes que se caracterizan por su conservadurismo. A pesar de su retórica liberal y revolucionaria, los rasgos de las formas de gobernar del PRI estaban permeados de autoritarismo, represión, corrupción y paternalismo, reflejando una intrincada ideología de derecha en el seno mismo del gobierno revolucionario.

Queremos entender cómo algunos intelectuales, como Luis Medina, Blanca Torres, Luis Javier Garrido, Barry Carr, Stephen Niblo y Antonia Martínez, producen la narrativa sobre el "viraje a la derecha" de la Revolución. Por un lado, los textos historiográficos sirven como representaciones de un pasado que no vuelve como tal, sino que solo se recupera a través de los discursos. Por otro lado, estos textos son elementos clave para comprender los conflictos sociales en la modernidad, ya que funcionan como banderas de luchas sociales en las que los sujetos construyen sus representaciones de acuerdo con su forma de entender el mundo y percibir la realidad, en este caso, los hechos del pasado (Chartier, 2003, pp. 38-40).

Entendemos por narrativa historiográfica el relato sobre el pasado elaborado por los historiadores, conforme a las normas establecidas por la disciplina histórica. Ésta también se construye en función del contexto de su producción y de los cambios o permanencias que hayan ocurrido entre el periodo investigado —el pasado— y un tiempo presente específico (consideraciones económicas, políticas o culturales). En consecuencia, el discurso histórico utiliza la narración como una forma de representación descriptiva y explicativa conforme a las prácticas establecidas por la institución histórica.

Con fragmentos de “la realidad histórica” conservada y difundida en diversos soportes, como archivos, libros, artículos de revistas o periódicos, testimonios orales e informes burocráticos, el investigador intenta reconstruir la historia contemporánea mediante un relato formado por las piezas que su indagación le ha permitido entender. Esta narrativa historiográfica no tiene una función meramente estética, ya que a menudo se considera que la narrativa, en su uso retórico, posee una forma discursiva neutral. Lejos de ello, “la narrativa es la expresión en el discurso de una forma particular de experimentar y de pensar el mundo, sus estructuras y sus procesos” (White, 2011, p. 471).

Las obras que analizamos en este capítulo son: *Civilismo y modernización del autoritarismo* de Luis Medina (1979), *México en la Segunda Guerra Mundial* de Blanca Torres (1979), *El partido de la revolución institucionalizada* de Luis Javier Garrido (1982), *La izquierda mexicana a través del siglo XX* de Barry Carr (1996), *México en los cuarenta. Modernidad y corrupción* de Stephen Niblo (1999), y *El despegue constructivo de la Revolución* de Antonia Martínez (2004). La selección de estas obras responde a una razón doble: por un lado, todas ellas se publicaron entre el final de la Guerra Fría y el ocaso del régimen priista (1979-2004), momento en que el discurso nacionalista-revolucionario comenzaba a perder su hegemonía interpretativa; por otro lado, sus autores participan de un mismo impulso historiográfico: dar sentido a la llamada transición civilista a partir del análisis crítico del proceso de institucionalización posrevolucionaria.

Aunque sus enfoques son diversos —desde la historia política y económica hasta el análisis ideológico—, estos trabajos comparten un diagnóstico central: la Revolución Mexicana fue, en su fase de consolidación, objeto de un desplazamiento hacia prácticas autoritarias y pactos de dominación que contradijeron su proyecto original. En ese sentido, conforman un corpus historiográfico que problematiza la idea de continuidad revolucionaria al colocar en el centro de sus análisis la noción de “viraje a la derecha” en la transición civilista.

Esta perspectiva crítica permite entender cómo estos intelectuales, tanto desde dentro como desde fuera del campo académico mexicano, buscaron historizar un pasado todavía próximo que marcaba su propio horizonte político. En términos de Frank Ankersmit (2010), podemos decir que sublimaron la experiencia histórica, dado que lo sublime “exige renunciar a una identidad anterior” (p. 337); pero dicha renuncia implica “una comprensión absoluta de la identidad anterior al ganar una nueva”, y además también supone “la disolución de la anterior”

(p. 363). Así, al tomar distancia de la narrativa de la Revolución como fuente de legitimidad, estos autores asumieron una postura crítica respecto al nacionalismo revolucionario.

Al analizar estas obras observamos cómo el discurso histórico ha definido a esa temporalidad sexenal presidencialista que ahora denominamos "cardenismo" y/o "alemanismo", como el canon que pasa de revolución verdadera a revolución traicionada. A partir de esto, podemos pensar cómo es que el análisis discursivo de estas nociones, permiten acceder a la ideología que construyó aquello a lo que la historiografía ha denominado "el viraje derechista" de la Revolución.

La política de modernización durante la década de 1940 fue recibida con optimismo por parte del intelectualismo de la época, sin embargo, en las décadas de 1950 y 1960, otro grupo de intelectuales se aglutinó en torno al periodista Fernando Benítez en el suplemento cultural *México en la cultura*, del periódico *Novedades*. Este suplemento promovía una política de "libertad de expresión", aunque dicha libertad se limitaba cuando chocaba con los intereses de los propietarios del diario. Víctor Manuel Camposeco (2015, p. 192) señala la clara orientación gobernista y anticomunista del diario. A pesar de ello el suplemento cultural del diario contribuyó a formar una corriente de opinión que, a pesar de sus limitaciones, tuvo un papel crucial en la apertura de la crítica política al régimen revolucionario. Por sus páginas pasaron José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Rodolfo Usigli, Carlos Fuentes y Elena Poniatowska.

### 1.1 La transición civilista y la modernización autoritaria

En la colección *Historia de la Revolución Mexicana* impulsada por el economista e historiador Daniel Cosío Villegas, y publicada por El Colegio de México en 1979, el autor del libro *Civilismo y modernización del autoritarismo*, fue el politólogo regiomontano Luis Medina Peña. Egresado de la licenciatura en Relaciones Internacionales de El Colegio de México y doctor en Ciencias Políticas por la UNAM. Medina Peña ha participado también en la vida política del Priato tardío, como coordinador de asesores en la Secretaría de Educación Pública, con Emilio Chuayfet, en 2014.

El texto de Medina Peña puede analizarse como una fuente historiográfica inmersa en una crisis política de la sociedad mexicana, escrita por un autor que vivió su formación como

investigador durante el auge del desarrollo estabilizador, pero cuyo contexto de investigación se enmarca en el periodo en que dicho auge llegaba a su fin.

Luis Medina buscó comprender el pasado inmediato del país mediante una reconstrucción histórica y sociopolítica del gobierno alemanista y su retórica civilista, lo cual lo llevó a un rompimiento con la identidad del nacionalismo revolucionario, al darse cuenta de que esa manera "moderna" de representar la continuidad revolucionaria ya no era legítima, proponiendo una nueva identidad que cuestionó la anterior[1].

El argumento de Medina sostiene que la llegada de Miguel Alemán a la presidencia coincidió con un contexto internacional en el que la Segunda Guerra Mundial, "había más que justificado a la democracia como ideología y forma de gobierno" (1979, p. 61). Esto llevó a que el concepto de democracia fuera uno de los ejes de la campaña y del gobierno alemanista. Este punto es fundamental. La crisis que enfrentaba el PRI en la década de 1970 estaba relacionada con la hegemonía del partido de Estado como la única alternativa política. En sus propias palabras, nuestro autor señala que, el alemanismo

> definiría un nuevo perfil político que excluiría por principio todo lo que no fuera idéntico a sí mismo, a lo que el presidente, allegados y colaboradores consideraban la interpretación ortodoxa de la revolución mexicana a la cual ellos personificaban y encarnaban (Medina, 1979, p. 93).

La imagen de un joven civil que hacía constante referencia al crecimiento económico en su retórica y ponía un gran énfasis en la democracia formal, fue fundamental como parte de la campaña de Miguel Alemán para la sucesión presidencial de Ávila Camacho. Antes de terminar su sexenio, el presidente reformó la ley electoral federal y transformó al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) para ponerlo a la altura de las circunstancias (Medina, 1979, p. 61). Hasta entonces, la ley vigente en materia electoral era la de 1918, la cual aparecía "como un acrónimo" durante los años cuarenta. La altura de los tiempos nuevos "apuntaba hacia la consolidación de las corrientes ideológicas en partidos nacionales permanentes; tendencia favorecida por la popularidad de la democracia que tras de sí dejaba el conflicto mundial" (Medina, 1979, p. 62).

[1] A estos mecanismos Frank Ankersmit los identifica con las nociones de "asociación" y "disociación". Se asocia la identidad pasada con nuestra historia y luego, ésta es disociada de la nueva identidad (2010, p. 364).

La Ley Electoral de 1918, buscó institucionalizar los procesos electorales. Su organización dependía de autoridades locales, lo que facilitaba el fraude y la discrecionalidad. En contraste, la Ley Federal Electoral de 1946, centralizó el control electoral mediante la Comisión Federal de Vigilancia Electoral, reguló la participación de partidos mediante un sistema de registro y reforzó la hegemonía del PRI, limitando la competencia política real. Mientras la ley de 1918 representaba un primer intento de estabilizar el sistema electoral, la de 1946 institucionalizó un modelo que consolidó el dominio del partido gobernante.

Nuestro autor señala (1979, p. 55) que Miguel Alemán apelaba a los principios de un sistema liberal, en el que la libertad individual como derecho político inviolable y la voluntad popular como fundamento del buen gobierno se convirtieran en los valores máximos de su gobierno. Al afirmar que las conquistas sociales habían sido cumplidas, las libertades de los ciudadanos consistían en su participación en el nuevo sistema, como parte de sus obligaciones civiles, respetando el orden establecido como producto de un consenso general, en el que, no habiendo ya disputas políticas, quedaba claro que el accionar gubernamental representaba la voluntad de pueblo.

Luis Medina identifica en el alemanismo un discurso político dirigido a retomar la propuesta sufragista del maderismo, como la base de la etapa civilista de la Revolución. En dicho discurso, los elementos sociales “ya resueltos” se dejaban de lado, y lo único pendiente era asegurar las conquistas ya realizadas a través de la institucionalización revolucionaria. Se apela a una concepción semejante a la que Emilio Rabasa construía en *La Evolución Histórica de México*, donde la Revolución de noviembre de 1910 había sido distorsionada por “ideas de socialismo ignorante y de demagogia” (Rojas, 2022, pp. 82–83).

Estos cambios en el alemanismo, justificados bajo la idea de “rectificación” ideológica, fueron interpretados por Medina como un error. Él ve en la política alemanista la culminación de las luchas sociales, en la que a los sectores de trabajadores solo les quedaba una forma de ejercer sus derechos políticos: apoyar las decisiones del gobierno.

Para Medina la modernización del país implicó el control de la competencia partidista y la desmovilización sindical y social. El acceso a la plena ciudadanía estaría restringido por una estructura semicorporativa de la representación política. En este relato, la derecha no se presenta como una oposición al régimen revolucionario, sino como una parte integrante del mismo aparato gubernamental. Medina lo hace evidente al señalar que, “el gobierno de Miguel

Alemán se inclinó por un endurecimiento político", la "eliminación de la izquierda del elemento oficial", "el control del movimiento obrero", "la introducción del charrismo" y "concesiones al liderazgo sectorial del partido oficial" (1979, p. 2).

Según Medina, estos procesos tenían el objetivo de proyectar a México como una nación que buscaba igualarse a las grandes potencias mundiales, estableciendo relaciones políticas y económicas en un nivel jerárquico equivalente. México no podía mantenerse bajo un sistema político dominado por la "barbarie" militar ni estancarse en su forma tradicional de producción; requería crear los medios necesarios para convertirse en una nación "moderna y civilizada". Aunque México se modernizó en términos de infraestructura y producción, y el poder pasó de los militares a los civiles, estos continuaron reproduciendo el autoritarismo, la centralización del poder en la figura presidencial, la corrupción y una serie de costumbres y valores conservadores con los que se habían formado. Así, la posrevolución puede entenderse como parte de un régimen de historicidad del "modernismo autoritario".

La narrativa de Medina también aborda la noción de "progreso", que se conceptualiza como un proceso continuo de mejoramiento económico y social. Según el historiador alemán Reinhart Koselleck, "el progreso es general y continuo, y cualquier retroceso, decadencia o degeneración solo ocurre de manera parcial o pasajera" (2012, p. 104). En general, el concepto de progreso se refiere al cambio, que en su uso político y social se entiende como el paso de un estado de cosas a otro que se considera mejor o superior en términos de cultura, valores y tecnología. Este progreso implica no solo un cambio en la conducta, sino también una transformación en la mentalidad. En la representación historiográfica, este proceso se entiende como un paso necesario en la historia nacional que se ajusta a un consenso histórico sobre el alemanismo.

El cambio de mentalidad se refleja en la propuesta de superar el complejo de inferioridad identificado por Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México*[2], con el objetivo de formar ciudadanos productivos. En la época de Miguel Alemán, el grupo filosófico

[2] *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), en el cual el filósofo mexicano "se propuso explorar filosóficamente el pasado mexicano a fin de aclarar y explicar los rasgos específicos de la vida del mexicano y su cultura" (Santos, 2015, p. 207). Esta obra de Ramos sería una de las más analizadas y comentadas por el grupo Hiperión, que consolidaría la filosofía de lo mexicano durante el alemanismo y que permitiría legitimar en términos académicos, elementos esencialistas de la mexicanidad, la cual, para su renovación, se debía apelar al carácter del mexicano, y no a propuestas o experiencias de vida extranjeras que se alejaban de la realidad y problemas nacionales, pues, explicaba Ramos, desde su nacimiento como nación, los dirigentes de México no habían hecho más que tratar de imitar modelos ajenos para la edificación nacional, lo cual derivó en "una desvalorización de lo propio y la experimentación de un sentimiento de inferioridad" (Santos, 2015, p. 209).

Hiperión retomó y reforzó las ideas sobre la mexicanidad propuestas anteriormente por pensadores como José Vasconcelos y Samuel Ramos, gracias al apoyo del régimen a los grupos académicos y a la educación universitaria.

Según estas propuestas, el cambio en la mentalidad del mexicano lo conduciría hacia la modernidad. Teóricamente, el concepto de “modernidad” implica una ruptura con el pasado y la tradición. Sin embargo, la modernidad también se caracteriza por una continua exigencia de recordar, entendiendo recordar en el sentido de “construir monumentos conmemorativos, fundar museos de memoria y cumplir con ceremonias y rituales” (White, 2011, p. 552). Es la “condición histórica” que nos obliga a mediar entre la memoria y el olvido, y en el caso de los estados nacionales, les ayuda a construir un relato histórico de memoria cívica a través de representaciones.

La Revolución seguía vigente como legado, y un legado requiere de la memoria para constituirse como tal. La historiadora Ana Santos (2015, pp. 308–309) observa que el gobierno alemanista impulsó diversas campañas para promover la memoria cívica nacional como forma de legitimación. Entre estas acciones se incluyeron la difusión de la Constitución Política de 1917, la elaboración de cartillas cívicas, la distribución de folletos sobre figuras y acontecimientos históricos nacionales, la instrucción a diversas secretarías para que difundieran el ideario mexicanista del presidente, la disposición de que el himno nacional se entonara en las escuelas de educación básica, junto con la celebración de efemérides correspondientes, y la emisión de recomendaciones para realizar celebraciones patrias y cívicas en todo el país.

Aunque el relato oficial pretendía superar ciertos aspectos del pasado nacional, −la condición colonial, por ejemplo− la conciencia histórica adquirida fundamentó la identidad nacional en el pasado prehispánico, la independencia de España, en 1821, y el triunfo del republicanismo liberal sobre el II Imperio, en 1867. Esta forma lineal del relato modernista del tiempo mexicano, implicaba, la negación de la Conquista y la herencia colonial. A ese rechazo se le sumó posteriormente la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911). Así tenemos que la condición histórica moderna de México “tiene que ver más con el ‘olvido’ que con el recuerdo” (White, 2011, p. 546). Se refiere a aquello de lo que se supone trata la historia; sin embargo, al analizar los relatos construidos para definirla, se puede descubrir que “el relato” oculta numerosos otros relatos. La historia ha sido escrita para ocultar o desviar la atención de

lo que “en realidad sucedió”, creando una “versión oficial” que presenta una parte del pasado en lugar de la totalidad (White, 2011, p. 246). Hayden White califica esto como una forma de “disciplinar la memoria”.

La política liberal y nacionalista de la memoria hegemónica apeló a las partes de la historia que consideró necesarias para su legitimación, como si el país solo hubiera sido moldeado por tres episodios descritos en su memoria cívica: Independencia, Reforma y Revolución. Estos procesos fueron forjados por grandes personajes, ignorando la infinita variedad de luchas, divergencias y eventos ocurridos dentro y fuera de esos procesos, que también pudieron haber influido en las transformaciones.

Por otro lado, los partidarios de valores conservadores, como Chico Goerne y Rodulfo Brito Foucher, que estaban involucrados en la formulación del proyecto alemanista (Urías, 2017, p. 112), comenzaron a ocupar puestos importantes en el aparato gubernamental y en las universidades del país. Aunque el grupo filosófico Hiperión no tenía una vinculación directa con ellos, sus propuestas coincidían en la necesidad de revitalizar el espíritu nacional mediante un proyecto que se ajustara a lo propio.

El primer grupo de abogados tenía la propuesta de homogeneizar al país para lograr una democracia, considerando que dicho objetivo no era alcanzable en un país "escindido por diferencias raciales y culturales" (Urías, 2017, p. 116). Para estos intelectuales, la universidad era el espacio "desde el cual sería posible conjugar la ciencia, la técnica y la cultura humanística en beneficio del ideal democrático" (Urías, p. 116).

La llegada al poder de civiles universitarios permitió que los promotores de estas ideas pudieran implementarlas. Sin embargo, esto no fue mera coincidencia. Estos hombres ya habían estado cerca del poder anteriormente. En los sexenios de Cárdenas y Ávila Camacho, el poder presidencial les abrió las puertas de la vida universitaria, que posibilitó que nutrieran “el tiempo nuevo” de la Revolución “hecha gobierno”. Los ‘hiperiones’ tuvieron un abierto apoyo institucional significativo para presentar su filosofía como la propuesta hegemónica en las discusiones académicas. Según Ana Santos, además de las invitaciones a ciclos de conferencias y cursos, los miembros del grupo organizaron y dirigieron congresos nacionales e internacionales con todas las facilidades proporcionadas por los directivos académicos, quienes a su vez contaban con el respaldo gubernamental (Santos, 2015, p. 166). Filósofos como Leopoldo Zea, Emilio Uranga y Jorge Portilla, miembros del grupo filosófico Hiperión

que analizaremos en el segundo capítulo, partían de la misma premisa que su predecesor, Samuel Ramos: que el mexicano sufría un complejo de inferioridad que lo mantenía en una lucha destructiva que impedía el progreso nacional. Este complejo se había reflejado en los años anteriores a través de los levantamientos armados que intentaban derrocar al gobierno "revolucionario".

Medina indicaba que el discurso político aseguraba que "las 'conquistas' estaban completas y aceptadas en la legislación, y si había algún camino abierto para las fuerzas sociales, era la cooperación para el desarrollo económico de México" (1979, p. 63). Esta interpretación ortodoxa muestra cómo el politólogo identifica un carácter conservador en el gobierno alemanista, un giro hacia la derecha de un régimen que combina aspectos de un liberalismo tradicional en cuanto a las libertades individuales, la propiedad privada y la promoción de un gobierno civil democrático, aunque sin dejar de mostrar signos de autoritarismo en su perpetuación del poder. Medina encuentra una derechización en el rumbo de la Revolución porque la doctrina de "la mexicanidad" encubre el abandono del agrarismo y la democratización del régimen.

> La *mexicanidad* fue el concepto que englobó todos los propósitos políticos del gobierno *alemanista*; el concepto en nombre del cual se siguió llamando al pueblo mexicano a trabajar sin descanso para aumentar la producción y la riqueza; el concepto que permitía al gobierno afirmarse como heredero y continuador de las luchas históricas de México. *Mexicanidad* era priorizar los intereses de la patria encima de los intereses particulares; *mexicanidad* era cooperación entre los sectores de la producción; *mexicanidad* era bucear en el fondo del "alma nacional" para encontrar una solución propia a los problemas que planteaba la realidad; *mexicanidad* era "una tercera vía", una alternativa a la bipolaridad; *mexicanidad* era el rechazo a cualquier opción política que no fuera la encarnada en el partido oficial; *mexicanidad* era sinónimo de Patria, Gobierno, Estado, Independencia, Revolución, Respeto a las instituciones, Democracia (Santos, 2015, p. 245).

Medina señala que el PRI y el Estado mexicano se volvieron marcadamente anticomunistas, aunque la consigna oficial, como lo expresó Teófilo R. Borunda al inaugurar la convención de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), era "ni

extrema derecha ni extrema izquierda" (1979, p. 176). Así, la política alemanista se presentaba como una alternativa a las consignas ideológicas tradicionales. Esta propuesta, ajena a la polarización ideológica, se caracterizaba por un apego "a lo propio de lo mexicano" y un discurso revolucionario que exaltaba la nacionalidad. Sin embargo, desde la perspectiva de Luis Medina, y considerando el contexto internacional, la doctrina representaba el combate al comunismo, que estaba presente en la política del país como respuesta a una nueva alianza con los Estados Unidos. Por ello, Medina identifica en la retórica de la mexicanidad una inclinación afín al nacimiento de un mundo bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Al término de la Segunda Guerra Mundial, "empieza a tener eco con rapidez asombrosa la posición crecientemente anticomunista de los Estados Unidos" (Medina, 1979 p. 112). La necesidad de mantener buenas relaciones económicas y diplomáticas con el vecino del Norte era fundamental para acelerar el desarrollo del país.

### 1.2 La influencia de la segunda guerra mundial en el giro desarrollista

En este apartado se analizará cómo Blanca Torres interpreta el impacto de la política exterior del gobierno de Manuel Ávila Camacho durante la segunda Guerra Mundial (1939-1945) un periodo intermedio entre los dos puntos del denominado giro desarrollista: el cardenismo y el alemanismo.

Blanca Torres Ramírez egresada y profesora de la licenciatura en Relaciones Internacionales en El Colegio de México en el Programa de Estudios Interdisciplinarios. Entre sus líneas de investigación se encuentran *El impacto de los actores transnacionales en las políticas internas y exterior de México y la Cooperación ambiental en América del Norte*. Recibió el nombramiento de Investigadora Nacional Emérita en el Sistema Nacional de Investigadores, otorgado por el Consejo Nacional del Humanidades, Ciencias y Tecnologías.

El trabajo de Torres, *México en la Segunda Guerra Mundial* (1979), ofrece una visión de cómo el proceso bélico fue crucial para la transformación de México del agrarismo a la industrialización. Torres identifica lo que denomina "las implicaciones de la guerra" en México y examina cómo el conflicto internacional fue utilizado discursivamente para presentar una situación de emergencia mundial. Esto permitió al gobierno de la época implementar medidas políticas que desviaron el rumbo respecto a la política cardenista.

Es relevante señalar que esta investigación se publicó en un periodo en el que “el milagro mexicano” comenzaba a desmoronarse. El crecimiento económico logrado mediante la industrialización, que, según la tesis de Torres, fue impulsado por el conflicto bélico internacional, había alcanzado su cúspide y posteriormente entró en recesión. Durante este proceso, “el estado benefactor” perdió su imagen debido a la inestabilidad económica, evidenciada por la desigualdad en la distribución de la riqueza generada por el llamado “milagro mexicano”. La crisis económica de 1982-1983 suscitó un cuestionamiento del modelo económico implementado desde la década de 1940, modelo que el gobierno de Manuel Ávila Camacho había visto como una oportunidad para guiar a México hacia el desarrollo industrial.

Investigaciones como la de Torres pueden interpretarse como una narrativa trágica, dado que sugiere que las reformas revolucionarias desembocaron fatalmente en una “desviación equívoca”. Aunque en su momento estas reformas parecieron ventajosas al aprovechar la situación de emergencia internacional para el desarrollo interno, el análisis de Torres plantea que esto implicó un giro hacia la derecha, sacrificando los intereses de las clases trabajadoras en favor del desarrollo capitalista.

Al conceptualizar esta fatalidad como una desviación hacia la derecha, y al “tomar consciencia” de cómo se condujo la política nacional a partir del modelo de sustitución de importaciones, Torres puede examinar la identidad nacional desde una perspectiva que, en teoría, está fuera de dicha identidad porque no se identifica con ella. Desde esa posición, construye una narrativa que cuestiona el mito de la “Revolución permanente”.

Uno de los temas abordados por Torres es el esfuerzo de México y Estados Unidos por reconciliar sus relaciones después de años de dificultades políticas, que incluían racismo, resentimiento por acontecimientos históricos, deudas económicas y desconfianza exacerbada por las recientes políticas cardenistas que provocaron tensiones entre los países vecinos. La gran dependencia de México hacia Estados Unidos en los años setenta llevó a cuestionar cómo estos países habían restablecido sus relaciones diplomáticas tras esos eventos.

Según Torres (1979, p. 11), la expropiación petrolera durante el sexenio de Cárdenas intensificó las dificultades en las relaciones entre ambas naciones. Sin embargo, el temor de que México estableciera vínculos con las potencias del Eje llevó a Estados Unidos a

replantearse la política del buen vecino, lo cual también sirvió para contrarrestar la influencia cultural de países como Argentina y España, que tenían tendencias marcadamente fascistas[3].

En este punto, es crucial detenerse, ya que el tema del antifascismo es fundamental en la historiografía para entender el cambio de dirección en el proyecto nacional. Al manifestarse como una amenaza global significativa, el miedo al totalitarismo fue propagado a través de diversos medios, y solo podía ser contrarrestado mediante la unión de los países que practicaban "la democracia" como valor supremo.

Desde la perspectiva de Blanca Torres, esta tendencia de rechazo al fascismo permitió que México dejara de identificar al enemigo en la derecha interna y enfocara su atención en el fascismo internacional. Esto es relevante porque los gobiernos totalitarios también se asociaban con la derecha política. Al oponerse a ellos, se dio la impresión de que el gobierno mexicano era simpatizante de la democracia, el régimen político característico del liberalismo. Los gobiernos totalitarios, en contraste, eran la antítesis de la democracia y se ubicaban en la escena de la derecha, lo que permitía al régimen mexicano conservar ciertos matices de izquierda. Sin embargo, desde la narrativa histórica de Blanca Torres, se identificaba una nueva derecha gestándose dentro del propio partido de la Revolución.

La historiografía sostiene que el fenómeno denominado "política de unidad nacional" facilitó la sustitución de intereses. Por un lado, permitió la conciliación de las clases en un México devastado por el conflicto social interno, convirtiéndose en una fórmula ideal para reconciliar diversos grupos. Por otro lado, se proyectó como una forma de proteger la dignidad nacional frente al conflicto bélico internacional.

En este contexto, Blanca Torres presenta una narrativa historiográfica en la que el destino parece inclinarse hacia la derecha. Las condiciones de la guerra crearon la necesidad de industrializar el país, presentando una oportunidad para alinearse con las potencias globales. En esta situación, las fuerzas naturales de los actores sociales resultaban insuficientes para contrarrestar los acontecimientos internacionales.

[3] Es importante resaltar que, el fascismo supuso una amenaza a la modernidad de las potencias occidentales, al cuestionar los valores ilustrados y el desarrollo científico de la revolución industrial, con sus aplicaciones enfocadas en el desarrollo económico capitalista, por lo cual, la expansión de sus tesis significaba una amenaza para la continuidad expansiva del liberalismo como modelo a seguir por las naciones en desarrollo. Con el gran impulso que para entonces comenzaban a tener los medios de comunicación nacionales, era fundamental para la nueva gran potencia mundial que sus vecinos se afirmaran como aliados de la causa democrática, antes de que representaran una amenaza para su seguridad nacional. Era preferible entonces establecer buenas relaciones que permitieran una influencia ideológica acorde a los valores liberales.

Como se mencionó anteriormente, la filosofía desarrollada en México en los años previos al sexenio de Ávila Camacho, como la de Samuel Ramos, sustentaba posiciones nacionalistas de unificación y renovación cultural. Estas ideologías buscaban superar las diferencias de clase a favor de modelos de pensamiento que abrazaran la historia nacional, creando una identidad colectiva que homogeneizara las diversidades en un solo proyecto de nación mestiza.

Ramos argumentaba que “el núcleo de la sociedad mexicana estaba constituido por una clase media urbana que había sido, desde la colonia, con los criollos, y hasta el presente, con los mestizos, el verdadero eje de la historia nacional” (Santos, 2015, p. 210). Esta noción histórica del nacionalismo mexicano se repite en el grupo filosófico Hiperión, que consolidó la filosofía de la mexicanidad durante el alemanismo. Este enfoque excluye al indígena o lo presenta negativamente, caracterizándolo con un sentimiento de inferioridad que se traduce en pasividad y primitivismo.

Las ideas de Ramos, marcadamente racistas y clasistas no estaban aisladas, aunque no necesariamente vinculadas a otras expresiones reaccionarias como la corriente hispanista. Esta otra doctrina, influyente en México, se caracterizaba por un nacionalismo autoritario con connotaciones antidemocráticas y antiliberales, y una adhesión al catolicismo militante, reivindicando la superioridad racial española sobre la indígena (Urías, 2017, pp. 16–17).

La postura conciliatoria y “moderada” del gobierno de Ávila Camacho, que según la historiografía reconciliaba al gobierno revolucionario con la Iglesia Católica y los empresarios, fue interpretada como derechista. No se deben descartar las influencias intelectuales de la filosofía de la mexicanidad y las propuestas hispanistas, que promovían “la herencia colonial, así como los valores inherentes a la llamada raza hispánica” (Urías, 2017, p. 18).

Ramos, al igual que los hiperiones, argumentaba que el objetivo de su filosofía era transformar el ser nacional, descubriendo lo esencialmente mexicano. A partir del reconocimiento introspectivo, “una vez diagnosticada la ‘enfermedad’ que padecía el mexicano, procedía su curación” (Santos, 2015, p. 212). Esta fue la vía que eligió el Estado mexicano en su política de unidad nacional. Aunque el gobierno de Ávila Camacho restableció relaciones con la clase empresarial y la Iglesia Católica, su impulso político no se inclinó hacia una ideología abiertamente reaccionaria como la hispanista, sino hacia la mexicanidad, una

propuesta más moderada que buscaba recuperar lo esencialmente mexicano. Sin embargo, la narrativa de Blanca Torres no deja de señalar una derechización del rumbo revolucionario al abandonar la política cardenista.

La producción filosófica coincide con la interpretación historiográfica, en la que se contraponen las políticas de los años cuarenta con el "radicalismo cardenista". Los aportes teóricos de estos intelectuales, según la narrativa de Blanca Torres, se aplicaron en una política conciliatoria, donde el discurso de "política de rectificación" promovió una transformación. El gobierno avilacamachista representó al cardenismo como una desviación de la Revolución hacia el "populismo", caracterizada como un experimento "exótico".

Como hemos visto, la idea de Samuel Ramos con respecto a una renovación cultural implicaba reconocer el pasado propio y la herencia colonial que vinculaba a México con la cultura universal. En este sentido, correspondía tomar como base las experiencias del pasado con el cual el mexicano debía identificarse, y sentar un futuro colectivo que desvaneciera las diferencias ideológicas y fuera más constructivo con:

> un pragmatismo político que, desde entonces, será la piedra angular en que se edifica el poderoso y creciente sentimiento de las nacionalidades. […] Ya no habrá sistema de gobierno, no habrá plan de acción política, de paz o de guerra; no habrá proyecto de reforma social o legislativa que no invoquen como justificación y garantía la experiencia del pasado y que no descansen en alguna interpretación historiográfica (O'Gorman, 1947, p. 28).

La política de rectificación se percibe como derechista, a pesar de su oposición al fascismo y su promoción de un gobierno democrático. Esto se debe a que, en contraste con el cardenismo, rechazó las políticas favorables a las clases trabajadoras, obreras y campesinas y asumió valores conservadores. Esto era propicio, pues se hizo indispensable alcanzar la estabilidad política para impulsar el desarrollo económico. La conciliación de las clases sociales, en lugar del conflicto, permitió la adopción de elementos que se alineaban con la renovación cultural y la construcción de una identidad homogénea, que enfatizaba aspectos del racialismo mexicano y los valores familiares y religiosos como parte del nacionalismo revolucionario.

El periodo avilacamachista, en la versión de Blanca Torres, aprovechó el conflicto bélico europeo para detonar el fortalecimiento del mercado interno y la industrialización. La retórica presidencial convocó al pueblo mexicano a redoblar esfuerzos en la producción, sacrificando sus demandas laborales en nombre de la defensa de la soberanía nacional[4]. Así, se combinan dos fenómenos que podrían parecer opuestos: por un lado, la exaltación de valores tradicionales que apelaban a una renovación espiritual, tradicionalista y conservadora de la patria; por otro, el impulso modernizador.

La forma en que el relato histórico representa este periodo, es que el tránsito a la modernidad implicó juzgar ciertos aspectos tradicionales como obsoletos, especialmente aquellos relacionados con la vida rural. Posturas como la de Blanca Torres presentan un escenario en el que el ímpetu modernizador se frustró debido a un efecto inesperado: ciertos valores conservadores fueron revalorizados como parte de la identidad nacional. Aunque la producción se modernizó, el sistema de costumbres tradicionalistas resurgió, creando algo similar a lo que Jeffrey Herf denominó "modernismo reaccionario" para caracterizar a la Alemania nazi, dónde "se combinaba la reacción política con el avance tecnológico"[5] (1990, p. 18). Aunque la producción se modernizó durante el alemanismo, el resurgimiento de un sistema de costumbres tradicionalistas creó una paradoja en la que los avances tecnológicos y las estructuras modernas coexistieron con valores conservadores. Jeffrey Herf acuñó el término "modernismo reaccionario" para describir esta combinación en la Alemania nazi, donde el progreso técnico fue instrumentalizado al servicio de una agenda política profundamente reaccionaria y antiliberal (1990, p. 18).

En México, sin embargo, el escenario difería sustancialmente. A pesar de las similitudes en cuanto a la utilización de la modernización como herramienta política, el régimen mexicano no fue antiliberal. Implementó un sistema político autoritario que, al menos en apariencia, operaba bajo principios democráticos, como la alternancia en el poder y la conciliación con diversos sectores sociales y productivos. Este sistema buscaba integrar a las

[4] El año de 1942 fue incluso bautizado por el gobierno como "El año del esfuerzo", exhortando a los mexicanos a trabajar para su patria: "La victoria de México depende de su producción de campos y talleres" (Torres, 1979, p. 104).

[5] Este modernismo reaccionario que plantea Herf, se origina en círculos intelectuales de conservadores alemanes que, sustentan el nacionalsocialismo motivado primordialmente por el rechazo a la modernidad, a los valores de la ilustración y adoptaron la valorización de un romanticismo que apelaba a la renovación espiritual de Alemania por sobre la razón. Lo paradójico de esto, apunta Herf, es el rechazo a la razón ilustrada y la aceptación de la tecnología; sin embargo, nos dice que los modernistas reaccionarios reconocieron que no podían construir un Estado fuerte y la vez atrasado tecnológicamente.

clases medias y trabajadoras en un proyecto nacionalista, mientras reprimía a aquellas fuerzas consideradas contrarias al consenso de la Unidad Nacional.

Por ello, preferimos para este caso el término “modernismo autoritario”, que es más adecuado para describir el modelo mexicano, ya que combina elementos de modernización económica y tecnológica con un control político centralizado, pero sin oponerse al discurso liberal-democrático. A diferencia del caso alemán, el régimen mexicano no solo buscó excluir a ideologías extremistas, sino también consolidar un pacto social que fortaleciera la legitimidad del Estado revolucionario. Este pacto, sin embargo, era altamente selectivo, limitando la participación de quienes no se alinearan con el discurso oficial, como comunistas o sectores más críticos del agrarismo.

Este análisis no solo enmarca el contexto mexicano dentro de un modelo político singular, sino que también destaca cómo el concepto de “modernismo autoritario” ayuda a entender la interacción entre modernización tecnológica, control político y tradiciones culturales en un periodo clave de la historia mexicana.

La política económica del gobierno de la “Unidad Nacional” rechazó que el campo y el ejido fueran fuentes de progreso para el país, y en cambio, le apostó a la vida urbana, la industria y la sustitución de importaciones. Según Torres, el sistema ejidal fue erróneamente calificado como improductivo, relegando el sistema agrario a un nivel secundario. La investigadora afirma que “al existir la convicción de que la propiedad privada era más productiva que el ejido, se eligió sin reflexionar sobre posibles efectos sociales y económicos a largo plazo” (Torres, 1979, p. 303).

Estos posibles efectos a largo plazo podrían referirse al propio contexto de la investigadora, en el que el agotamiento del Estado benefactor se visibilizaba como el desenlace trágico de una política industrializadora, que buscó impulsar una economía en próspera expansión. El agotamiento del Estado benefactor, hacia la década de 1970, se hizo evidente en el deterioro de los programas sociales y en la incapacidad del gobierno para sostener las políticas redistributivas implementadas en décadas anteriores. Mientras que el modelo había buscado integrar a los diversos sectores productivos como en el sistema económico y político, la dependencia de sectores industriales privados y extranjeros debilitó esta relación, erosionando la legitimidad del proyecto estatal.

La crítica de Torres señala cómo estas decisiones políticas, marcadas por un enfoque cortoplacista, no solo perjudicaron al sistema agrario, sino que también contribuyeron al agotamiento del modelo de desarrollo estabilizador, dejando al país en una situación de fragilidad económica y social para las décadas posteriores.

En 1942 se anunció oficialmente un tratado comercial bilateral con Estados Unidos, a través del cual se pudieran encontrar mercados para los productos mexicanos y para la adquisición de insumos industriales (Torres, 1979, p. 157). Este tratado llegó, durante el periodo de guerra, a representar hasta el 90% del comercio que tuvo México con el exterior. Sin embargo, la expansión industrial obligó a reducir el gasto público y a transformar las formas de vida tradicionales de muchos mexicanos, lo que acumuló inconformidades y resultó en episodios de represión.

Por ejemplo, en el estado de Morelos, durante la década de 1940 se dieron exigencias campesinas en busca de mejores precios para los productos agrícolas, continuidad de la reforma agraria y subsidios para el campesinado, dando lugar al movimiento jaramillista que fue reprimido en diversas ocasiones. En 1943 el gobierno movilizó al ejército, la policía judicial y a las defensas rurales del estado, hasta cerca de diez mil hombres para perseguir, capturar o matar a Rubén Jaramillo (Ravelo, 2007, p. 53), hostigando constantemente a las comunidades que se negaban a dar información sobre el líder campesino.

El agotamiento del modelo llevó a que el intento estatal de generar una mayor distribución de la riqueza provocara inflación y devaluación de la moneda nacional, lo cual puso en crisis el impulso modernizador del Estado posrevolucionario. José Agustín (2013a, pp. 24-25) señala como el presidente Luis Echeverría (1970-1976), quiso dar un aire progresista a su gobierno, satisfaciendo algunas necesidades populares, y logró que patrones, obreros y gobierno formaran una Comisión Tripartita, con la que no logró que los empresarios hicieran concesiones sustanciales, aunque sí obtuvo la creación del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit), y el Fondo de Fomento y Garantía para el Consumo de los Trabajadores (Fonacot) y elaboró una nueva Ley del Seguro Social. Así mismo sugirió la semana de 40 horas para los obreros. Esas peticiones fueron consideradas como excesivas e injustificadas por los empresarios y comenzaron a acusar al presidente de ser populista y simpatizar con el comunismo, y comenzaron a presionar para frenar dichas políticas, comenzando una fuga de capitales, la dolarización de la economía, la contracción de

inversiones y una constante exigencia de alzas en los precios de bienes y servicios. Con ello se dio una caída del salario real, una inflación del 5.4 por ciento y un déficit público de 31.7 por ciento.

Así, la interpretación de Torres sugiere que la política de Unidad Nacional, con su exaltación de valores conservadores y su impulso a la industrialización, constituyó una fórmula en la que el tradicionalismo moral se combinó con la modernización material. Después de algunos años, al final del desarrollo estabilizador, ambos aspectos contribuyeron a una crisis de legitimidad del PRI en la década de 1970. Los movimientos sociales, como el movimiento estudiantil y el movimiento feminista, influido por la segunda ola del feminismo a nivel mundial, cuestionaron los valores religiosos y patriarcales, lo que obligó al Estado a buscar alternativas en su estrategia política.

### 1.3. La consolidación del estado posrevolucionario

La crítica historiográfica sobre la consolidación del Estado posrevolucionario plantea que el prolongado dominio del PRI se desvió de los ideales maderistas originales a partir de 1940 en adelante. El enfoque sugiere que, en lugar de considerar los avances logrados en términos de estabilidad política, construcción institucional y modernización económica, se pone un énfasis crítico en los aspectos que se perciben como fallos, traiciones o retrocesos. Por ejemplo, la transformación del PNR en el PRI podría interpretarse como una institucionalización que sofocó los impulsos revolucionarios genuinos, convirtiendo al partido en un instrumento de control más que en un motor de cambio social y democrático. Esta interpretación también tiende a señalar cómo la centralización del poder y la incorporación de diversos sectores al corporativismo priista resultaron en una pérdida de las demandas sociales originales, como la justicia agraria o la libertad sindical, en favor de un modelo que priorizó la estabilidad.

En relación con el proceso de inhibición de la ciudadanía el texto pionero fue el del politólogo Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada* (1982). Este texto de Garrido es fundamental, ya que fue el primer libro dedicado al estudio del PRI bajo métodos de la sociología y teoría política que estaba en boga en los años de 1970, y en la actualidad se le considera una obra fundamental para el estudio del Priato durante la era “alemanista”.

Cuando el libro fue publicado, el "desarrollo estabilizador" había concluido y las consecuencias sociales de la política económica iniciada en el sexenio de Miguel Alemán se estaban haciendo evidentes en la creciente inflación y la devaluación de la moneda que se dio durante el sexenio de José López Portillo, cuando en febrero de 1981 se dio una brutal compra de dólares y la cotización del peso cayó de 28.50 a 46 por cada dólar (José Agustín, 2013a, p. 151). Aunque el modelo de sustitución de importaciones seguía vigente en términos de proteccionismo y fuerte intervención estatal, éste coexistió con un modelo basado en la explotación de petróleo, pero estaba en crisis y en proceso de agotamiento.

Asimismo, en las elecciones de 1976, un sexenio antes de la publicación de Garrido, López Portillo llegó al poder sin contrincante alguno en las elecciones, lo que evidenciaba la pérdida de vigencia del sistema "democrático" instaurado en la década de 1940, dado que el PRI se presentaba en las elecciones como partido único. Esta situación se contraponía a la forma en cómo el discurso presidencialista había presentado a la política nacional como una continuidad revolucionaria. Las crisis económicas y políticas de las décadas de 1970-2000 permitieron a los intelectuales de la época, como Luis Javier Garrido, construir una narrativa de la realidad que no coincidía del todo con el discurso hegemónico autoritario que buscaba proyectar una identidad nacional en torno al partido. De ese modo se construyeron narrativas disociadas de la idea de la “Revolución permanente” que en suma con los problemas económicos y políticos propiciaron una crisis identitaria con respecto al mito revolucionario y al PRI como organismo en el que la Revolución se habría encarnado.

Al politólogo mexicano le había tocado vivir la “era dorada” del PRI: un México estable, bajo una política económica desarrollista, de economía mixta y sustitución de importaciones, durante un periodo prolongado de la Guerra Fría. A ese mismo periodo se le ha conocido también como del “milagro mexicano" (1950-1976). Dicho milagro fue posible bajo el monopolio del poder por un mismo partido político con episodios de represión y autoritarismo, lo que contrastaba con la imagen proyectada al exterior por el Priato y “su retórica democratizante”.

Por ello, Luis Javier Garrido forma parte de esa generación de ruptura intelectual con el sistema político del Priato. Por sus críticas se le llegó a conocer como el “Antipristo”. Paradójicamente, tenía un linaje “alemanista”. Era hijo del abogado y filósofo, Luis Garrido Díaz, quien fungió como rector de la UNAM durante los años de 1948-1952. Garrido estudió

la licenciatura en Derecho y ejerció la docencia en teoría política desde mediados de los años de 1960 en la UNAM. Durante su formación académica se dieron una serie de inconformidades sociales, específicamente estudiantiles, en contra del régimen. Entre dichas formas de protesta tenemos que, en 1960, cuando Garrido estudiaba la preparatoria, la estatua de Miguel Alemán, inaugurada en 1952, en Ciudad Universitaria, fue dinamitada por estudiantes que apoyaban los movimientos populares que estaban siendo reprimidos, como los de los ferrocarrileros y el magisterio (De Alba, 2019).

Dicho monumento se volvió objeto de la inconformidad estudiantil, más aún porque se rumoraba que el expresidente era candidato a la rectoría universitaria en las elecciones del Consejo Universitario en 1961 (La Jornada, 2008). La estatua fue cercada para su protección, pero eso no evitó que en 1966 fuera dinamitada nuevamente, lo que obligó a removerla definitivamente. Este es un ejemplo de la falta de identificación de las nuevas generaciones universitarias con la estatuaria del civilismo autoritario. Es por lo menos un indicio de cambio en la percepción juvenil del presidencialismo de los años de 1956-1966.

La obra de Garrido que aquí analizamos fue producto de su doctorado en ciencias políticas, asesorado por Maurice Duverger en la Universidad de la Sorbona, en París, y que obtuvo en 1980. Su investigación puso las bases para un estudio profesional del sistema político mexicano desde la columna vertebral del partido “casi único”. Lo que Garrido plantea es el proceso de fusión entre la presidencia de la república y el control piramidal del PRI, de tal manera que, mediante diversos mecanismos como la negociación y la represión, implantó la estabilidad política como parte de la cotidianidad mexicana.

Como sabemos, la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), en 1929, fue llevada a cabo por Plutarco Elias Calles para neutralizar a la oposición conservadora al grupo gobernante. Por ello, Garrido se remonta a los antecedentes históricos de la competencia política electoral donde presenta un pasado político bipartidista. La lucha por el poder en México Independiente se había disputado entre dos posturas que se fueron nombrando de diferente manera a lo largo de los años: monárquicos y republicanos, centralistas y federalistas, conservadores y liberales, reaccionarios y revolucionarios.

El discurso político del partido expresaba la necesidad de acabar con las tomas violentas del poder para organizar a la sociedad mexicana en un régimen moderno. La narrativa historiográfica identifica a los grupos que dieron forma al PNR como “liberales” en

oposición a los "conservadores". Al mismo tiempo apareció en la retórica gubernamental otro término que se contraponía al de “revolucionarios”: los "reaccionarios", los nuevos partidarios del inmovilismo. Por ejemplo, en el *Primer Manifiesto del Comité Organizador de Partido Nacional Revolucionario*, Plutarco Elias Calles (1928) señalaba que

> la lógica rudimentaria nos permite considerar que de las múltiples tendencias y opiniones que dividen actualmente a la nación, deben organizarse dos corrientes poderosas que las canalicen y encausen: la tendencia innovadora, reformista o revolucionaria, y la tendencia conservadora o reaccionaria.

Desde una postura liberal, el cambio se considera positivo, mientras que lo estático es visto negativamente, ya que niega el progreso, esto es, el futuro. Garrido plantea que la nueva clase gobernante que toma el poder al final del movimiento armado, equiparó las tesis del liberalismo a los nuevos principios revolucionarios nacionalistas. El liberalismo, entendido como una tendencia al cambio, fue reinterpretado en el discurso político para alinearse con el concepto de "revolución". Sin embargo, esta reinterpretación presentaba una tensión conceptual importante. Según Koselleck (2012, p. 162), la idea de revolución en su sentido clásico implica cambios estructurales profundos que alteran de manera significativa las bases sociales, políticas y económicas, proyectándose hacia el futuro con efectos duraderos. En contraste, el liberalismo se orienta más hacia transformaciones graduales y reformistas, centradas en preservar y expandir las libertades individuales dentro de un marco institucional existente (Bobbio, 1996, p. 1).

En este contexto, la identificación entre liberalismo y revolución parece más un esfuerzo por legitimar el modelo político del régimen del PNR que una correspondencia real entre ambos conceptos. Al redefinir la "revolución" como una serie de ajustes progresivos en lugar de cambios radicales, el régimen podía reivindicar su continuidad histórica con los ideales de la Revolución Mexicana mientras implementaba políticas que privilegiaban el desarrollo económico y la estabilidad institucional. De este modo, el liberalismo se convirtió en una herramienta discursiva que permitía justificar reformas políticas y sociales sin cuestionar la estructura de poder ni el marco corporativista que definía al Estado posrevolucionario.

En el contexto mexicano de principios del siglo XX, algunas corrientes políticas oponían el liberalismo con la Revolución, como la del general Bernardo Reyes, quien hacía propuestas de limitación del sufragio, además de rechazar los levantamientos de Emiliano Zapata y Pascual Orozco. El historiador Rafael Rojas señala a esta corriente como un antijacobinismo, una tradición liberal que entroncó con las teorías eugenésicas y racistas del positivismo, provocando un verdadero desprecio por las causas populares de la Revolución (2022, p. 66); sin embargo, el grupo vencedor logró crear un discurso que hermanó ambos conceptos.

Garrido interpreta que la idea de un Estado liberal emanado de un proceso revolucionario no correspondía con la realidad en México durante la época de investigación, ya que el Estado, y en particular la figura presidencial, parecían dominar la vida pública por completo. En su texto *El Ogro filantrópico*, Octavio Paz (1978, p. 19) hace una revisión de algunas de las características del Estado mexicano en el que el presidente en turno tiene un control casi absoluto. Menciona que se trata de un régimen en el que el presidente considera al Estado como su patrimonio personal. “El patrimonialismo es la vida privada incrustada en la vida pública” en donde lo que cuenta es la voluntad del “Principe” y de sus allegados. El escritor mexicano señala una gran contradicción en el interior del Estado mexicano que se asume a sí mismo como moderno, y que sin embargo, “son una supervivencia del patrimonialismo”, en donde el cuerpo de tecnócratas y administradores, la burocracia profesional, comparte los privilegios de la administración pública con los amigos, los familiares y los favoritos del presidente en turno. Además, el régimen, ensimismado y aferrado al poder, no mostraba signos de transformación social. En este sentido es que Garrido satiriza la representación democrática del partido como mera retórica de sus dirigentes que reprodujeron las prácticas autoritarias, paternalistas y centralistas que derechizaban al régimen posrevolucionario.

Si en su momento las rebeliones maderista, zapatista, villista o constitucionalista parecían una dispersión de facciones, la narrativa sobre “la Revolución” las unificaba en la búsqueda de un programa nacional a seguir. El discurso de la Revolución como sujeto era parte de la narrativa política desde la década de 1910. Sin embargo, durante los años de 1970-1980, estas tesis son cuestionadas.

Los grupos intelectuales universitarios, principalmente, ya no se identificaban con esa idea del pasado revolucionario. La "identidad anterior", como señala Ankersmit (2011, p. 362), "debió ser comprendida a fondo y estar presente en la nueva autoconsciencia como una realidad objetivable". Esta objetivación del pasado abrió posibilidades de cuestionamiento y disociación del desarrollismo autoritario. Tomemos en cuenta que, la ideología rechazada por el nacionalismo revolucionario y la historiografía oficialista, desde Álvaro Obregón hasta Lázaro Cárdenas, fue siempre el Porfiriato, además del periodo virreinal, que había sido principalmente rechazado por el liberalismo triunfante de 1867. Por otro lado, en la etapa del modernismo autoritario el nuevo pasado rechazado fue el Cardenismo por su agrarismo radical y defensa de los derechos de las clases trabajadoras. Pero el rechazo fue temporal, y duró hasta los años de 1970. La generación posterior a 1968, que marcó a politólogos como Arnaldo Córdova (1937-2014), y Luis Javier Garrido, comprenderá al periodo de Cárdenas como una etapa de izquierda, lo cual nos permite observar que, en la historia académica, así como en la ideología, han existido varios periodos rechazados.

En el caso de Córdova, no analizamos ninguna obra de su autoría, pero consideramos importante mencionarlo, ya que fue un crítico del régimen priista y estudió la evolución del Estado mexicano, la relación entre poder y sociedad, y la conformación de la democracia en el país. Su trabajo ha sido clave para entender la transición política y el desarrollo del nacionalismo revolucionario. Córdova fue un historiador, politólogo y ensayista mexicano especializado en el análisis del Estado y la política en México. Su obra más influyente es *La ideología de la Revolución Mexicana* (1973), donde analiza cómo el Estado posrevolucionario construyó una ideología oficial basada en la Revolución para consolidar su hegemonía, y también hizo la primera sociología de la política de masas de Cárdenas en su obra *La política de masas del cardenismo* (1974).

Garrido destaca la producción de los relatos heroicos de la patria, mecanismo a través del cual el Estado adaptó la figura de héroes revolucionarios a su propio relato. La interpretación de Garrido indica que se le dio un uso político a la historia con el fin de disciplinar la memoria. La idea de continuidad revolucionaria se desmoronó y el poder presidencialista comenzó a desgastarse debido a episodios de represión contra quienes defendían conquistas sociales o exigían democratización en el país.

El mito de la revolución permanente perdió peso, a pesar de la visión del partido con profundas raíces históricas en México (Loaeza, 1984). El PRI se había representado como la continuidad de las conquistas históricas que significaron la edificación nacional, con los revolucionarios proyectados como herederos del poder. "El ejercicio de la autoridad con el desempeño de una misión tutelar sobre la sociedad" (Loaeza, 1984) suponía una vuelta tradicionalista a una etapa de minoría de edad de la sociedad, en términos kantianos, una sociedad premoderna en la que los valores de libertad e igualdad, característicos de la modernidad, aún estaban ausentes.

Consideramos importante citar a Soledad Loaeza ya que estas referencias refuerzan un par de aspectos clave en el análisis sobre el giro a la derecha en los años de 1940 y la continuidad del control político en México. Soledad Loaeza (nacida en 1950), licenciada en relaciones exteriores y doctora en ciencias políticas, se especializa en el estudio del Estado, los partidos políticos y la transición democrática en México. Es investigadora emérita de El Colegio de México y ha sido una de las principales analistas del sistema político mexicano, con especial énfasis en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la historia política del país en el siglo XX.

Hacer referencia a su trabajo de investigación nos permite reforzar en primer lugar, como el ejercicio de la autoridad con una misión tutelar se vincula con la noción de un Estado paternalista que centraliza el poder y justifica su control sobre la sociedad en nombre del desarrollo y el bienestar. Esto resuena con el alemanismo y su modelo de modernización, en el que la industrialización se presentó como un camino inevitable hacia el progreso, pero sin desmontar las estructuras autoritarias.

En segundo lugar, nos permite asimilar la continuidad del linaje en el poder, pues podemos ver, de acuerdo con la siguiente cita, como el PRI, en sus distintas etapas, funcionó como una estructura que garantizaba la permanencia de las élites gobernantes bajo un discurso de continuidad revolucionaria, que en realidad formaba parte de una línea de desarrollo dentro de la misma estructura de poder, consolidando una forma de gobernar que combinaba elementos del pasado con nuevas estrategias de legitimación.

> El PNR-PRM (Partido Nacional Revolucionario=Calles-Partido de la Revolución Mexicana=Cárdenas) surge como prolongación de una de las continuidades más

> sobresalientes de nuestro desarrollo político, esa que permite identificar a todos los hombres que en México han accedido al poder como miembros de un mismo linaje (Loaeza, 1984).

Garrido pone especial atención en cómo el partido estaba tan arraigado en la identidad nacional que, a pesar de su autoritarismo, logró mantenerse en el poder durante cincuenta años continuos, que era aproximadamente lo que llevaba cuando Garrido realizó su investigación. El partido apelaba constantemente a sus orígenes revolucionarios y controlaba, a través de sus diversos órganos corporativos a los grandes sectores productivos. En la década de 1970, este control seguía fuertemente afianzado, con los sindicatos oficiales estrictamente sometidos a la autoridad gubernamental. Este periodo se interpreta en la narrativa como un momento en el que se intentó convertir a las masas trabajadoras en el sostén principal del gobierno. De este modo, el cardenismo ha sido representado en la narrativa historiográfica crítica como una política popular "de izquierda", a pesar de que la figura presidencial, con un carácter paternal, ocupaba la cúspide de las confederaciones. Esta caracterización, en contraste con la política de los años cuarenta, permite a la historiografía empezar a distinguir una bifurcación en el camino revolucionario, con opciones de "izquierda" y "derecha", aunque en ambos casos la figura presidencial prevalece sobre la sociedad[6].

Si prestamos atención a la constante intención de someter al mexicano a la autoridad estatal, como si fuera incapaz de tomar decisiones acertadas, podemos observar que esto coincide con las caracterizaciones de Samuel Ramos. En su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*, Ramos describe al ser nacional como un sujeto que no utiliza la razón, sino únicamente el instinto, lo que lo convierte en una persona “temerosa de todo y siempre alerta” (1951, p. 60), lo que impide al mexicano planificar el futuro.

Desde esta perspectiva, un gobierno como el cardenista, ya sea considerado paternal o popular, no podía permitir que el pueblo mexicano actuara a su libre albedrío, sino que debía guiarlo a través del corporativismo tutelar, a cargo de un Estado preocupado por el bienestar social. Esto se refleja en la interpretación de Garrido, quien presenta al gobierno cardenista como un firme promotor de la creación de organizaciones nacionales de obreros y campesinos,

[6] De esas vías, la narrativa historiográfica señala que la política de la unidad nacional fue el cambio de agujas que permitió el desvío a la derecha, una derecha orientada por el mismo carril “revolucionario”. Lo que no señalan es la idea de la mexicanidad como “tercera vía”, cuando la primera pudo ser la continuidad del radicalismo y la segunda una derecha reaccionaria.

las cuales debían ser organizadas por la burocracia partidista. Aunque Garrido también observa un giro a la derecha hacia el final del sexenio cardenista, su análisis sugiere que el populismo del sexenio fue parte de la construcción del Estado autoritario en el que finalmente devino la Revolución. Lo "popular" como categoría política, se define como "lo propio del pueblo", siendo este último, "el bloque social de los oprimidos y excluidos"[7] (Dussel, 2007, p. 8).

De acuerdo con Garrido, un aspecto característico de la política cardenista era su estrategia controlar a las organizaciones de masas a través del partido. Considerando la filosofía de Samuel Ramos, esto se puede interpretar como un intento de canalización mediante la cooptación de diversos sectores en el partido, lo que podría propiciar una transformación en la mentalidad del sujeto nacional. Ramos identifica en el mexicano un sentimiento de inferioridad que se manifiesta en resentimiento, susceptibilidad, explosiones violentas de carácter, indiferencia ante las leyes e instituciones, y desconfianza hacia ideas y acciones transformadoras (Santos, 2015, p. 210). Ramos argumenta que la moral de los mexicanos "se rebajaba hasta el grado de que la sociedad, no obstante su apariencia de civilización semeja una horda primitiva en la que los hombres se disputan las cosas como fieras hambrientas" (Ramos, 1951, p. 60). En este sentido, Garrido presenta la formación del PNR por el grupo sonorense como una solución a la disputa violenta del poder, un intento de civilizar al sujeto mexicano mediante la creación de instituciones modernas.

Es interesante explorar cómo las representaciones de la intelectualidad de la época coinciden con las prácticas políticas. Estas narrativas sobre la esencia de lo mexicano pueden considerarse formas en que se plasman identidades e intentan imponer su reconocimiento a los demás. Un punto importante es que muchos intelectuales de la época, como Ramos, así como Antonio Caso, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, ocuparon cargos públicos que permitieron la reproducción de sus representaciones en el ámbito académico y la prensa.

Cabe considerar que propuestas abiertamente racistas, como las de los integrantes del Ateneo de la Juventud o las de Ramos, fueron siendo relegadas en favor de una ideología nacionalista que se adaptaba mejor a la propuesta del grupo filosófico Hiperión. Aunque la filosofía de la mexicanidad tiene una fuerte influencia de aquellos pensadores, no excluyó completamente a quienes históricamente habían sido marginados. La inclusión de indígenas y

[7] Aunque pueblo podría tener otras acepciones entre las que podrían considerarse la totalidad de sujetos de una nación, Dussel sugiere no confundir "pueblo" con "la mera comunidad política", como el todo diferenciado de la población o de los ciudadanos de un Estado (Dussel, p. 6).

campesinos como parte de la identidad nacional permitió una mayor legitimación entre aquellos que constituían la mayor parte de la población del país.

### 1.4. La derrota de la izquierda comunista

El impulso colaborativo que la llamada "izquierda comunista" tuvo durante el cardenismo fue cuestionado por el proyecto político modernizador. En los albores de la Guerra Fría, cualquier alianza con los comunistas representaba un obstáculo en las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. Los intereses y objetivos del régimen desarrollista ya no coincidían con los del ala radical de la izquierda en la política nacional. Una de las primeras investigaciones rigurosas sobre el papel de la izquierda comunista en el México posrevolucionario es la del historiador australiano Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, publicada originalmente en inglés, en 1982, posteriormente traducida al español en 1996. Esta obra se publica cuando el neoliberalismo aparecía en el firmamento como una opción alternativa al estado benefactor.

Barry Carr es profesor en el Centro Nacional Australiano de Estudios Latinoamericanos (ANCLAS) de la *Australian National University*, ANU y miembro senior del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad La Trobe. De 1964 a 1967 realizó sus estudios de licenciatura en historia y de 1967 a 1973 realizó su doctorado en filosofía. Historiador de la América Latina Moderna, ha investigado y publicado ampliamente sobre el desarrollo de México y Cuba en el siglo XX. Se interesa también por los movimientos sociales, la izquierda y las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Ha estado adscrito como investigador visitante en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México del 2007 al 2008. El trabajo de Carr, en cierto modo, ofrece una interpretación de la Guerra Fría desde una perspectiva mexicana, al mostrar, según su análisis, las consecuencias de la exclusión de las izquierdas no oficialistas, como las de los comunistas y anarcosindicalistas del sistema partidista.

Carr argumenta que la izquierda mexicana del período consideraba que la industrialización capitalista era el camino más adecuado para México, que necesitaba independizarse económicamente del imperialismo norteamericano. Esta interpretación abarca a diversas izquierdas existentes en México en la época en cuestión, como la comunista y

también la lombardista. En este sentido, consideramos pertinente señalar la existencia de una pluralidad de corrientes políticas de izquierda. Hablaremos entonces de “izquierdas” para referirnos a esa diversidad entre las cuales podemos nombrar, como señala el historiador Ariel Rodríguez Kuri (2021, p. 19), la comunista, la anarquista, la nacional-popular, la reformista y la guerrilla, quien define como izquierda a “aquellos grupos, partidos, gobiernos, corrientes ideológicas y formas de pensamiento que postulan derechos y luchan para que más personas los tengan”.

La izquierda lombardista, en especial, fue la vertiente encabezada por Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), a través del Partido Popular Socialista (PPS), en los años de 1950-1980. Lombardo Toledano fue un destacado político, intelectual y líder sindical que introdujo una primera concepción marxista en el movimiento obrero en México. El PPS jugó el rol d ella izquierda oficialista. Para esta corriente las metas se dirigían hacia el “antiimperialismo y la consecución de las metas del programa democrático nacional, burgués, inclusive” (Rodríguez, 2021, p. 18).

Lombardo Toledano, de acuerdo con Rodríguez Kuri, percibía al Estado como “un principio de orden y la condición de posibilidad de la historia”, del cual, su ideación reunía a la sociedad y a la autoridad en un todo integrado (2021, pp. 53-54). La postura izquierdista de Lombardo se alejaba de liberalismo, ya que su idea abogaba por un sistema en donde las organizaciones y los grupos como los sindicatos, las cooperativas y las organizaciones de clase estuvieran por encima de los intereses individuales de los ciudadanos.

Con la creación del Partido Popular, en 1947, Lombardo afirmó la necesidad de un partido independiente del gobierno, al cual puso el adjetivo de “popular”, en parte como herencia de la Revolución mexicana, presentando a lo popular como algo diferenciado del Estado y los partidos políticos.

En el caso del comunismo, habrá que tomar en cuenta que su ideología y dirección estuvo orientada, en parte por la III Internacional de Moscú:

> a partir de consignas que iban de la promoción de la revolución mundial a la defensa de los intereses inmediatos del propio gobierno sovietico. Pero el comunismo, al penetrar y establecerse en las culturas y prácticas políticas de

naciones, etnias y clases, adquirió rasgos propios de cada sociedad" (Rodríguez, 2021, p. 59).

Los comunistas en México se adjudicaban el liderazgo de la clase obrera, por ello en el VI Congreso (enero de 1937), insistieron en que "el partido oficial no debería ser un partido obrero, sino un partido de «alianzas populares»", en donde su autonomía con respecto al oficialismo quedara definida. Barry Carr (1996, p. 21) señala que tanto Lombardo y sus seguidores, el Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda, se dedicaron a la búsqueda obsesiva de convergencias (e incluso fusiones) con el partido oficial y su base de masas, sobre todo durante las décadas de 1930-1940.

Este interés de las izquierdas por el acercamiento al oficialismo fue utilizado para mantener el control de las organizaciones de masas, pero en la medida en que el disciplinamiento de las clases fue la prioridad del gobierno mexicano, las izquierdas incómodas fueron excluidas, reprimidas y condenadas, sobre todo a partir del sexenio alemanista, lo cual la izquierda no detectó hasta que era demasiado tarde para su causa.

Barry Carr cuestiona los valores deshonestos de los políticos que se aprovecharon de la supuesta "inocencia" de las izquierdas para engañarlas y utilizarlas. Aunque la izquierda abogaba por la industrialización, según Carr, su objetivo era impulsar la organización proletaria, pero sus intereses fueron traicionados por la tendencia derechista dentro del mismo aparato gubernamental.

Esto muestra una desviación de los principios revolucionarios hacia una política de modernismo autoritario, que dejó atrás el agrarismo revolucionario. Sin embargo, la estrecha relación internacional fortalecida con Estados Unidos no implicó la adopción de un modelo puro de liberalismo clásico, ya que se continuó con un sistema de relaciones y negociaciones con "elementos de izquierda", lo que permitió un equilibrio entre el socialismo y el imperialismo.

Barry Carr caracteriza al gobierno de Cárdenas como populista radical[8] y antimperialista. Entre las acciones que Carr asocia con la izquierda en el cardenismo están la expropiación petrolera, los experimentos de autogestión obrera y campesina, la expansión de

[8] Podemos ver que la caracterización de "populista" de la interpretación de Barry Carr, se apega al enfoque economicista-estructural de comprender este fenómeno, en el que "los elementos centrales para entender al populismo son los denominados en la jerga marxista como estructurales: la industrialización, la creación de una burguesía incipiente y la transición a una sociedad de clases" (Aldao y Damin, 2013, p. 155).

la reforma agraria, y la tolerancia hacia los militantes comunistas en el país (Carr, 1996, pp. 61-62). Las ideas “populares” y “paternalistas” del cardenismo, centradas en la redistribución de propiedad rural comenzaron a desdibujarse durante el periodo del alemanismo. El progreso, entendido como un avance continuo hacia un futuro de desarrollo económico y social, chocaba con un discurso que intentaba recuperar elementos simbólicos y culturales de la mexicanidad premoderna.

La necesidad de industrializar el país y proyectarlo como una economía competitiva en el escenario internacional requería adoptar tecnologías modernas y transformar las estructuras económicas tradicionales. Al mismo tiempo, el gobierno buscaba consolidar una identidad nacional que fuera coherente con las demandas de unidad y estabilidad política. Este intento de combinar dos tendencias aparentemente opuestas —la modernización económica y la recuperación de un pasado simbólico— configuró lo que definimos como un "modernismo autoritario". En este régimen de historicidad, el tiempo histórico se reconfigura: el pasado se instrumentaliza como recurso para legitimar políticas del presente, mientras que el futuro se presenta como la culminación de un progreso controlado y dirigido desde el Estado, en el que las tradiciones culturales se reinterpretan para encajar en la narrativa del desarrollo capitalista. Este doble movimiento permitió al régimen priista consolidar su hegemonía ideológica al integrar elementos aparentemente dispares: una narrativa de modernización económica y política, junto con un discurso cultural que apelaba a lo “auténtico” de la mexicanidad. Sin embargo, esta amalgama no estuvo exenta de contradicciones, pues el regreso al pasado podía leerse como una forma de resistencia frente a las transformaciones que la industrialización y la urbanización traían consigo. La relación contradictoria entre modernidad y tradición no era exclusiva de México. En realidad, había sido una de las características principales en la formación de los estados nacionales occidentales y postcoloniales en el transcurso del siglo XIX. La Antigüedad grecolatina y la llamada Edad Media formaban parte del sustrato histórico y cultural de la identidad europea. La singularidad del caso mexicano recae en su vía al capitalismo autoritario sin renunciar a la herencia liberal republicana: ni fascismo, ni comunismo soviético. Pero tampoco el modelo estadounidense donde el estado ocupaba un papel secundario en la relación entre capital y trabajo.

Entre las políticas “autoritarias” que se promovieron durante la década de 1940 están las modificaciones a La legislación agraria de 1942-1943, la cual frenó el reparto de tierras y

fortaleció la propiedad privada, promoviendo la tecnificación del campo en beneficio de los grandes productores; La reforma a la Ley Federal del Trabajo en 1943, que restringió el derecho a huelga, reforzó el papel del Estado como mediador y favoreció la estabilidad laboral para impulsar la producción industrial; el Pacto Obrero-Patronal de 1946, que consolidó la paz laboral al subordinar los sindicatos al gobierno, garantizando aumentos salariales moderados a cambio de limitar la agitación sindical. Todas estas, a la vez que neutralizaron los movimientos obreros y campesinos, pusieron en el primer lugar de orden de prioridades la intensificación de la producción a través de la modernización del campo y la fábrica. Es decir, los cambios estructurales llevados a cabo por los gobiernos de estos periodos, promovieron una modernización material e ideológica a través del discurso de la "paz entre las clases", que sacrificaba su capacidad organizativa en nombre, primero de la unidad nacional, y luego de la mexicanidad.

El gobierno alemanista adoptó la mexicanidad como doctrina de Estado, una ideología que definió un esencialismo nacional en el ámbito cultural, que debía integrarse como parte del "patrimonio" histórico. El grupo filosófico Hiperión propuso transformar al indio en un sujeto productivo e integrarlo al proyecto capitalista. De igual manera, el mestizo debía reeducarse para estar a la altura de un proyecto modernizador que atendiera las necesidades de la mexicanidad y rechazara las ideas polarizadas. Todo lo que oliera a comunismo debía ser eliminado, lo cual llevó a la exclusión progresiva de las izquierdas bajo el argumento del exotismo.

Al mismo tiempo, fueron excluidas las propuestas del intelectualismo hispanista, ya que al igual que el comunismo, el hispanismo fue representado como una corriente ideológica extrema que impedía la homogeneización en un proyecto de unidad. El hispanismo era propio de una ideología ibérica que tenía una fuere influencia en el país por la época colonial; sin embargo, México no era exclusivamente hispano, sino que sus rasgos comprendían una amplia gama de elementos identitarios propios de la época prehispánica que se mezclaban con los procesos históricos de lucha por el progreso. El hispanismo se asociaba con la derecha tradicional, que sugería una democracia humanista como la que podría "reconstruir la vida del mundo sobre los seculares soportes de la cultura grecolatina, sobre los que México, como precursor y vanguardista, elabora su constitución de 1917: Hombre, Familia, Patria" (Urías, 2017, p. 129).

La Revolución mexicana no era comunista ni hispanista, sino nacionalista, una visión que promovía una práctica civil acorde a "lo propio de la mexicanidad". Estas propuestas fueron definidas por autores como Barry Carr como "derechistas", ya que "traicionaron" a la izquierda comunista.

Estas ideas se reflejaron en el gobierno avilacamachista que se dio a la tarea de "rectificar" algunas de las políticas del gobierno cardenista, por ejemplo: limitó acción independiente de los sindicatos y estableció mayores restricciones, a las huelgas; cambió la orientación de la reforma agraria, reduciendo drásticamente la dotación de tierras que había llegado a su máxima expresión con Cárdenas. Así también, neutralizó al ejido colectivo, por considerarlo una fuente de agitación política, y eliminó la terminología socialista del artículo tercero de la Constitución. En contraste, impulsó a la industria nacional en estrecha colaboración con los Estados Unidos, expresado especialmente en el Acuerdo Comercial de 1942. Todo ello, acompañado del fortalecimiento del poder presidencial neutralizando al PRM, que le daba mucha importancia a los sectores obrero y campesino (Medin, 1990, pp. 13-15).

Utilizando la "doctrina de la mexicanidad", el gobierno alemanista, ya con el apoyo del PRI, se deshizo de cualquier alternativa ideológica que se le opusiera, centrando los ataques en el comunismo y otras propuestas de izquierda que resultaban incómodas para el desarrollo del proyecto modernizador. Según Carr, "ni Lombardo ni el PCM [Partido Comunista de México] podían detener la retórica anticomunista cada vez más estridente de la CTM y del general Sánchez Taboada, presidente del PRI[9]" (1996, p. 175). Por su parte, Ana Santos (2015, p. 272) considera que la filosofía y la doctrina de la mexicanidad sirvieron como una herramienta útil para someter a la disidencia y garantizar un orden social en el que se contara con la cooperación de las diversas fuerzas productivas. En una versión propia de la Guerra Fría en México, la mexicanidad es identificada con el anticomunismo, por aquellas acciones gubernamentales que neutralizaron los movimientos disidentes de obreros, campesinos y clases medias urbanas. A la vez el gobierno utilizó la mexicanidad como modelo que se ajustaba a lo esencial de la cultura mexicana: una combinación de elementos de los diferentes procesos históricos con la ideología "universal" del liberalismo.

[9] En el año de 1947.

Barry Carr vio en el alemanismo una desviación de los principios de la revolución porque la encarriló por un camino en el que las confederaciones obreras abandonaron sus reivindicaciones en nombre del desarrollo industrial y traicionaron sus principios fundamentales de clase:

> En oposición al PP, el PRI se definía como un partido que respondía a la realidad mexicana, que era fiel imagen de la nación […], que había sabido interpretar los anhelos del pueblo a lo largo de la historia, pues este mismo partido había sido "insurgente en la lucha de Independencia, republicano y federalista en nuestro proceso de integración patriótica, liberal en la etapa de la Reforma y revolucionario desde el movimiento de 1910" (Santos, 2015, pp. 278-279).

Cada gobierno se proyectaba a sí mismo como el principal portador de la identidad nacional, estableciendo una relación estructural entre identidad, instituciones y formas de organización política. Ana Santos señala que la literatura de lo mexicano "contribuyó a la configuración de este discurso al apuntar la existencia de un modo originario de ser que se desenvolvía inmutable a lo largo del tiempo y que imprimía su huella indeleble a todo aquello que fuera realizado por los miembros de la comunidad nacional" (2015, p. 390).

En este escenario, la filosofía de lo mexicano estaba en una posición más favorable para ser adoptada como doctrina nacional frente a las ideas que se percibían como exóticas. Estas últimas eran consideradas experimentos ajenos a las circunstancias nacionales, ya que sus fundamentos se encontraban en los problemas sociales de Europa, lo que no tenía relación con la realidad nacional y, por lo tanto, sus doctrinas no podían resolver los problemas del país. Así, se habla de "una versión de la Guerra Fría en México" en el contexto de este debate ideológico entre comunismo y mexicanidad.

La filosofía de lo mexicano concentró en la Revolución el fundamento ideológico a seguir, pues ésta conducía a los mexicanos a descubrir su identidad. "Mientras que el comunismo era considerado como algo venido de afuera, el proyecto económico alemanista se presentaba como una versión naturalizada de la revolución" (Santos, 2015, p. 372). Los postulados del grupo intelectual se alineaban con los intereses y necesidades anticomunistas del gobierno de Miguel Alemán. Por ejemplo, Leopoldo Zea indicaba que la teoría socialista

“no había surgido de las entrañas de la patria, sino que procedía de la evolución de la conciencia europea, razón por la cual no podía ofrecer una solución válida a los problemas del país” (Santos, 2015, p. 370).

Por el contrario, el filósofo mexicano afirmaba que la mexicanidad surgía del escepticismo hacia doctrinas extranjeras, ayudando al ser nacional a reconocerse a sí mismo y a su historia. A partir de ello, el país debía avanzar hacia una emancipación liberadora de esas ideas que, como mencionaba Ramos años antes, “pretenden convertir al hombre en un animal de rebaño, anulando su libertad” con ideas exóticas que no respondían a las necesidades del país y “sí pueden contrarrestar los impulsos elevados del alma mexicana” (Santos, 2015, p. 370).

El análisis de Barry Carr refleja una tensión entre su intento de objetividad histórica y los sesgos ideológicos derivados de su militancia comunista. Carr no logra desprenderse completamente de las concepciones sobre lo que define a la izquierda y la derecha dentro del partido revolucionario, interpretando los eventos históricos como un conflicto ideológico interno en el que la izquierda, particularmente el Partido Comunista de México, fue traicionada y marginada por los partidarios de la doctrina de la mexicanidad. Para Carr, esta doctrina representó la consolidación de una hegemonía que se alejó de los ideales revolucionarios en favor de un proyecto político que excluyó a los sectores más radicales.

Sin embargo, es importante señalar que esta interpretación de Carr se inscribe en su propia transición como intelectual. Al igual que otros historiadores como Luis Medina y Blanca Torres, Carr intentó distanciarse de la polarización ideológica característica de la Guerra Fría, un contexto que marcó profundamente las narrativas historiográficas de la época. Su análisis busca posicionarse como objetivo, pero lleva consigo las huellas de un pasado inacabado, donde los conflictos entre izquierda y derecha aún resuenan en la construcción de su relato histórico. Esta tensión evidencia cómo las interpretaciones históricas, aunque pretendan ser neutrales, a menudo están influenciadas por las experiencias y convicciones personales del investigador.

### 1.5. La corrupción como factor del desarrollo

En la última década del siglo XX, Stephen Niblo llevó a cabo una investigación sobre el periodo que nos interesa. Su trabajo, *México en los cuarenta: Modernidad y corrupción*, analiza la relación entre estos dos fenómenos que convergieron durante la década de 1940 en México. Stephen R. Niblo estudió economía en la Universidad de Colorado y obtuvo un doctorado en historia de Latinoamérica en la Universidad de Illinois en 1972. Escribió libros como *War, Diplomacy, and Development: The United States and Mexico*, 1938-1950 (1995), y *Andrés Molina Enríquez* (1975). Su trayectoria como escritor e investigador se enfocó en las relaciones entre México y Estados Unidos, además de que se desempeñó como profesor en la Universidad de La Trobe, en Melbourne, Australia y dictó conferencias en diversas universidades en México.

La investigación de Niblo proporciona datos provenientes de fuentes no consultadas por otros historiadores, como documentos diplomáticos relacionados con las relaciones entre México y Estados Unidos, así como de organismos gubernamentales estadounidenses, incluyendo el Departamento de Estado, la *Central Intelligence Agency* (CIA), la Secretaría de Estado, la Secretaría de Economía, la embajada en México, el senado estadounidense, el Consejo de Comercio Exterior y el Comité Especial de Planificación y Política Económica de posguerra de los EE.UU., entre otros. La recopilación de estas fuentes permite a Niblo integrar nuevas variables en su relato histórico, a la vez que se ajusta a los datos ya conocidos.

La edición original en inglés de este estudio fue publicada en 1999, al final del periodo en que el PRI estuvo en el poder. Su enfoque se centra en cómo el Estado mexicano y su órgano partidario construyeron su poder y hegemonía autoritaria durante la década de 1940, especialmente durante el sexenio presidencial de Miguel Alemán. Niblo describe diversos mecanismos, a los que denomina “formas de corrupción” o “prácticas corruptas”, que frecuentemente “se confundían con negocios sagaces” (2008, p. 215). El crecimiento urbano y la construcción de infraestructura daban la impresión de progreso, pero en realidad, beneficiaron considerablemente a los allegados del presidente en turno.

Niblo sugiere que la corrupción no debe considerarse un problema menor al estudiar una sociedad con problemas sociales como la pobreza, la desigualdad y el autoritarismo. Más aún, después de más de cincuenta años desde el periodo investigado hasta el momento de la investigación, estas prácticas corruptas seguían vigentes y probablemente contribuyeron a la permanencia del partido en el poder.

El estudio realizado en una nueva época de desarrollo económico muestra cómo, a pesar de la pérdida de credibilidad del PRI como partido dominante, este seguía en el poder. Además, Estados Unidos había emergido como la gran potencia mundial tras su victoria al final de la Guerra Fría, en 1991. El neoliberalismo se instauró en todo el hemisferio occidental como el único modelo a seguir por todo aquel país que quisiera integrarse al nuevo orden mundial. La globalización como fenómeno mundial impregnó el discurso político de finales de siglo: libre mercado, apertura económica, privatización y Tratado de Libre Comercio. Estos conceptos fueron ejes centrales en la retórica estatal durante el periodo en el que Niblo realizó su investigación.

En esta época, gran parte de las izquierdas en el país se identificaba con la política del Estado benefactor y con una economía proteccionista, mientras que la derecha se orientaba hacia el libre mercado. Este contraste es notable si lo comparamos con la interpretación historiográfica de que, en la década de 1940, se comenzó a adoptar el modelo económico desarrollista sin renunciar a la intervención estatal como reguladora de una economía mixta entre el interés privado y el interés colectivo.

Stephen Niblo presenta su narrativa historiográfica sobre la década de los cuarenta como un desplazamiento hacia la derecha de la Revolución, la cual abandonó el nacionalismo radical de principios del cardenismo y se orientó hacia un programa de desarrollo ortodoxo (Niblo, 2008, p. 81). Esto plantea la pregunta de cómo un modelo considerado derechista en la década de 1940 llega a ser visto como de izquierda a finales de siglo.

Para entender este cambio, es necesario considerar el viraje que tomó la política “revolucionaria” en la década de 1980 con la llegada de los tecnócratas al poder. En 1946, civiles universitarios le dieron un impulso desarrollista al nacionalismo revolucionario, mientras que en los años ochenta, un grupo de hombres formados en universidades estadounidenses accedió a puestos gubernamentales. Estos tecnócratas favorecían el libre mercado, la reducción del papel del Estado y las privatizaciones. Cuando Miguel de la Madrid asumió la presidencia, estableció un gabinete de jóvenes que desplazó a los políticos de carrera del PRI. Según el escritor José Agustín, “la base del reclutamiento se había desplazado del PRI hacia el sector financiero de la alta burocracia” (2013b, p. 8). Estos economistas tenían aversión al populismo y al estatismo, percibiendo estas ideologías como anticuadas, “lo

out,” lo "démodé" (2013b, p. 8). Este cambio representa un segundo viraje hacia la derecha, similar al de médicos, ingenieros y contadores.

Entre las características del desplazamiento que analiza Niblo en la década de 1940 se encuentran el freno a la reforma agraria y obrera, el deterioro del salario real, la concentración de la riqueza en pocas manos y la domesticación de los sindicatos. Niblo identifica el “cardenismo” como una política de izquierda por su apoyo a demandas obreras y campesinas; sin embargo, el desarrollo del estado benefactor concretó algunas “conquistas” sociales que aseguraron derechos laborales a los trabajadores del Estado. Estos beneficios fueron amenazados cuando el Estado dejó la regulación económica al libre mercado. Así, el modelo de Estado benefactor se vio como una política de izquierda en contraste con el neoliberalismo, que puso en riesgo aquellos derechos.

Según Niblo, cuando Ávila Camacho realizó su campaña en 1940, “parece haber impresionado a sus contemporáneos con un aura de tranquilidad y equilibrio” (2008, p. 81). Por ello fue descrito como "el presidente sereno", ya que su carácter templado lo convirtió en una especie de mediador entre “la extrema derecha” y “la extrema izquierda”. El PRI logró mantener su apariencia de organismo político de centro al abandonar el radicalismo cardenista, pero promovió cambios estructurales en la organización política del país. El impulso desarrollista en México podría haberse presentado como una postura liberal-revolucionaria que apostaba por el cambio y el progreso.

Los automóviles y sus carreteras, los nuevos medios de comunicación, la tecnificación del campo, la industrialización de la producción y los electrodomésticos, entre otros factores, representaban emblemas del progreso y destacaban en contraste con un pasado difícil de comparar. Como señala Koselleck, “la transformación del mundo estamental, fundamentalmente agrario, en una sociedad industrial moderna, conformada por la técnica, era algo único comparado con toda la historia previa” (2012, p. 110).

Para la época del neoliberalismo, se pudo aplicar una fórmula similar. El neoliberalismo representaba el cambio, mientras que el nacionalismo se asociaba con la inmovilidad y la tradición. El nacionalismo proteccionista fue defendido por el “ala izquierda” del aparato oficialista del PRI.

La noción moderna de progreso no permite pensar en un desgaste o “decadencia” del estado de cosas, porque el progreso se considera constante. Los cambios hacia finales de siglo

representaban un avance, un paso más hacia adelante. La crisis se percibía como un episodio de retroceso, que en términos conceptuales su propósito es “avanzar después el doble de rápido y el doble de lejos” (Koselleck, 2012, p. 104). Las distinciones entre izquierda y derecha, por tanto, son coyunturales, según las condiciones de cada contexto político.

El historiador norteamericano sugiere que la postulación de Ávila Camacho como candidato de las confederaciones obrero-campesinas estuvo más relacionada con negociaciones para obtener curules en el Congreso y otras recompensas gubernamentales, que con una defensa ideológica. Según Niblo, la designación de Ávila Camacho por Lombardo Toledano y Graciano Sánchez como candidato de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC), respondió a intereses personales de los dirigentes, no a los de sus representados (2008, p. 86).

Estos “dirigentes” obrero-campesinos constituyeron una especie de izquierda complaciente con el partido dominante. La “izquierda lombardista” fungió como una oposición leal que no representaba peligro alguno para la continuidad del “priato”. Fue percibida como una izquierda neutralizante que contuvo propuestas más radicales. Por ejemplo, en el contexto de la Guerra Fría, cuando la vida pública se caracterizaba por un fuerte anticomunismo, Lombardo Toledano convocó a una mesa redonda para formar el Partido Popular. “El adjetivo popular es un intento de poner a salvo el proyecto de las sospechas de marxismo” (Rodríguez Kuri, 2021, p. 87). En esta reunión, se presentó al Partido Comunista como el partido del proletariado, excluyendo a otros sectores necesarios para resolver lo que Lombardo consideraba una necesidad histórica: “la consumación de todo el programa de la revolución democrático-burguesa que tenía en la industrialización la llave de un proyecto nacional” (Rodríguez Kuri, 2021, p. 92).

Niblo cuestiona las prácticas corruptas no solo de políticos y empresarios, sino también de líderes obreros, quienes, según su narrativa, traicionaron los principios sociales de sus gremios. Niblo también considera que existió una derecha internalizada en el partido de la Revolución, una derecha discreta y “moderada” que fue la vía elegida frente a una derecha extrema como la de Juan Almazán o un radicalismo de izquierda como el cardenismo agrarista. La política derechista del gobierno revolucionario se caracterizó, para Niblo, por una corrupción omnipresente en todas las secretarías, gobiernos locales, confederaciones y sindicatos.

Ávila Camacho, al negociar tanto con grupos de izquierda como de derecha, dio la impresión de conciliación desde el inicio, mejorando las relaciones con “las fuerzas contrarrevolucionarias” (Niblo, 2008, p. 89) sin enemistarse con “las izquierdas” (nacionalistas, populistas, comunistas, etc).[10]

Mientras que el cardenismo es visto como la época del auge revolucionario, los sexenios de Ávila Camacho y Miguel Alemán son identificados como la época de la institucionalización de la corrupción. Esto indica una cierta “romantización” del cardenismo a finales del siglo XX, en el que el “radicalismo revolucionario” fue el refugio de varios grupos de “izquierda”.

El tratamiento de la corrupción en el sexenio alemanista que ofrece el historiador es minucioso. Busca explicar las diversas formas en que se manifiesta este fenómeno y los grados de corrupción que pueden existir en las prácticas. Esto está relacionado con factores contextuales, y aunque Niblo señala que "hay un inevitable estrato de corrupción en toda sociedad" (2008, p. 212), los niveles de corrupción dependen del espíritu de la época, que establece normas, grados y parámetros de tolerancia. Por esta razón, su texto tiende a idealizar el cardenismo, presentándolo como un periodo en el que el espíritu estatal fue más popular y menos corrupto.

Un aspecto fundamental para entender el desarrollo de la corrupción en el periodo alemanista es la relación entre esta corrupción y “la posibilidad de incitar proyectos bajo el precepto del desarrollo” (Niblo, 2008, p. 227). El progreso desarrollista muestra un desequilibrio en su impacto sobre la vida de una sociedad. Por un lado, se asume que el progreso obliga al ser humano a dirigir todos sus esfuerzos hacia el dominio de la naturaleza para mejorar sus condiciones de vida; por otro, “el desarrollo significa la transformación de culturas orientadas hacia la subsistencia y su integración a un sistema económico” (Illich, 2008, p. 435). La industrialización de una sociedad, mediante el creciente uso de la razón, implica que las culturas de subsistencia se sometan a nuevas reglas económicas o que desaparezcan.

Así, Niblo presenta un enfoque historiográfico en el que los gobernantes de este periodo, al girar su perspectiva política hacia la derecha y al aliarse con el sector empresarial,

[10] En este caso, Niblo se refiere a grupos empresariales como el Grupo Monterrey como las fuerzas contrarrevolucionarias, las de derecha, conservadoras, mientras que a los sectores populares y sus confederaciones las ubica en la izquierda política, entre quienes el gobierno avilacamachista mediaría con su política conciliadora.

encontraron en los negocios una forma rentable de impulsar el desarrollo económico del país. La investigación sugiere que la profesionalización de la política nacional también profesionalizó la manera de hacer “negocios redondos”, a través de los cuales los gobernantes en turno se enriquecieron mediante fórmulas académicas que presumían como símbolo de su “estatus moderno”.

### 1.6. De la etapa revolucionaria destructiva a la constructiva

En este apartado, nos interesa analizar el enfoque con el que la socióloga Antonia Martínez aborda el sexenio alemanista en su libro *El despegue constructivo de la revolución* (2004), publicado después de que el PRI perdiera la presidencia ante el Partido Acción Nacional (PAN), que emergió en la época de la transición civilista y representaba abiertamente a la derecha conservadora.

Antonia Martínez Rodríguez es catedrática de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Murcia. Estudió su licenciatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, su maestría en el Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y su doctorado en el Departamento de Ciencia Política y Administración de la Universidad Complutense de Madrid. Su tesis doctoral, *El sexenio alemanista, modernización económica y proyecto político* (1946-1952), es la base de *El despegue constructivo de la revolución*.

Como sugiere el título, el argumento central de Martínez es explicar cómo la política alemanista se basó en la idea de que la etapa violenta y destructiva de la Revolución llegaba a su fin, dando inicio a una era constructiva, caracterizada por la rápida expansión urbana y la industrialización del país. Martínez argumenta que la política posrevolucionaria, hasta el sexenio de Cárdenas, se había centrado en consolidar las instituciones y establecer un sistema electoral de carácter "democrático", proceso que culminó con la institucionalización de la presidencia durante el sexenio cardenista (Martínez, 2004, p. 8).

Martínez señala que muchas de las políticas del cardenismo generaron inconformidad en algunos sectores de la sociedad, y que al final del sexenio, esto colocó al país y a la estabilidad política en una crisis que amenazaba con desestabilizar el gobierno revolucionario.

Por lo tanto, Cárdenas tuvo que moderar sus políticas y transferir el poder a un sucesor capaz de conciliar estas divergencias sociales. Esto sugiere que, al igual que con Blanca Torres, Martínez considera que el cambio de rumbo de la Revolución fue circunstancial y parte de un destino inevitable.

El "despegue constructivo" del que habla Martínez se caracteriza por una política alineada con principios liberales que resonaban con las clases medias urbanas, en un periodo de pujanza económica, lo cual facilitó su inclusión en el proyecto político para obtener su apoyo. Todo esto se hizo sin enemistarse con las clases trabajadoras, quienes, bajo el discurso de la Unidad Nacional surgido de la situación de guerra, aceptaron la propuesta como una forma de representar una conciliación en nombre, no de una clase social, sino de la patria.

Esta retórica unitaria sugería que el proyecto desarrollista formaba parte de una política de izquierda debido a su anhelo de alcanzar el progreso material de la sociedad. El uso de la tecnología como elemento de la política económica resultó imprescindible. Desde su campaña, Miguel Alemán proyectó una política supeditada a la técnica, al sustituir "la participación de los diversos grupos en la redacción del plan [sexenal][11] mediante la realización de las denominadas mesas redondas"[12] (Martínez, 2004 P. 42). Estas mesas se caracterizaron por su enfoque técnico y se buscaba que el plan, al aplicarlo, fuese respaldo de las fuerzas económicas importantes (Martínez, 2004, p. 43).

Estos elementos pueden reflejar propuestas ideológicas reaccionarias, como las de Chico Goerne, quien, según Urias (2017, p. 112), fue uno de los principales promotores ideológicos de la candidatura de Miguel Alemán. Goerne veía en la educación y en la técnica las bases de la transformación hacia la modernidad, aunque asociaba estas con "un conjunto de valores tradicionales como la persistencia de la familia patriarcal, una visión de la estratificación social basada en el criollismo y la reintroducción de lo religioso en la concepción de lo social" (Urias, 2017, p. 110). Aunque el aspecto ideológico del proyecto alemanista no siguió estrictamente estas ideas conservadoras, sí hubo ciertos elementos del intelectualismo conservador en la doctrina mexicanista, como la continuidad paternalista del Estado ante sus súbditos o la falta de democracia en los distintos niveles de gobierno, en

[11] El Plan de Gobierno Sexenal.

[12] Estas mesas suponían la participación de los sectores industriales productivos más importantes del país, quienes crearían el programa de gobierno alemanista dejando de lado a los grupos revolucionarios que habían participado con anterioridad en los programas de gobierno.

donde el actuar del PRI como partido único acaparaba todas las victorias electorales, además de imponer líderes coorporativos en las organizaciones obreras y campesinas.

Así mismo, el enfoque técnico en las mesas redondas y la exclusión de sectores populares en la toma de decisiones reflejan un estilo autoritario que resonaba con el conservadurismo. La preponderancia de las clases empresariales implicaba una jerarquización del conocimiento y un distanciamiento de las demandas populares, priorizando las decisiones de las élites. También podemos observar que aunque el alemanismo se presentó como un proyecto secular, hubo una creciente reconciliación con sectores religiosos. Por ejemplo, la promoción de valores "morales" alineados con la tradición católica, como la educación moral y la importancia de la fe, se integraron implícitamente en algunas políticas públicas, marcando un giro respecto al laicismo radical del periodo cardenista.

Teniendo esto en cuenta, podemos entender mejor la conjunción del desarrollismo industrial impulsado por Alemán, según el relato de Martínez, con ciertos aspectos autoritarios y conservadores en la dirección política. Como afirma Mary Midgley, “un sistema bastante intrincado que por lo general pasa inadvertido” (2005, p. 13). Se trata del conjunto de valores y conceptos fundamentales que sustentan las formas de vida y organización en una sociedad, y que rara vez relacionamos.

Estos aspectos dieron lugar a que, hacia finales de siglo XX, el intelectualismo cuestionara la política progresista. Urias (2017) se pregunta por las coincidencias entre el nacionalsocialismo alemán y el gobierno del sexenio alemanista, ya que Jeffrey Herf señala al modernismo reaccionario como un “conjunto coherente y significativo de metáforas, palabras familiares y expresiones emocionalmente cargadas que convirtieron a la tecnología, de un componente de la *Zivilisation* occidental ajena, en una parte orgánica de la *Kultur* alemana” (1990, p. 18).

En el “alemanismo mexicanista”, la política supeditada a la técnica hacía a esta última, parte de la cultura nacional, que permitiría al país conducir el nuevo rumbo constructivo de la Revolución. La técnica moderna en la fábrica, pero también en la producción agrícola, se convertía en una parte fundamental del desarrollo nacional, y ligando esto con los valores tradicionales, hacían como en el país europeo, una “combinación peculiar del desarrollo

industrial y una débil tradición liberal"[13] que daba como resultado un país industrializado, y a la vez, autoritario y conservador (Herf, 1990, p. 36).

En dicha visión, las formas productivas marginadas, es decir, las que no estaban supeditadas a la técnica moderna, son representadas como la oposición a la síntesis progresista del desarrollismo, y sus actores, como sujetos obsoletos que estorban al desarrollo de la humanidad, y deben ser quitados del camino a cualquier costo en el "impulso de crear un entorno homogéneo, modernizado en el que el viejo mundo desaparezca sin dejar huella" (Berman, 1989, p. 60).

En este punto, encontramos una contradicción entre dos vertientes de la modernidad: la modernización y el modernismo[14]. Las voces que difieren de la perspectiva modernizadora son silenciadas, excluidas o ignoradas, lo que impide la posibilidad de una sociedad inclusiva y democrática capaz de escuchar y considerar la diversidad de opiniones de sus miembros. Por ello, Marshall Berman afirma que "cuando el desarrollista ha destruido el mundo premoderno, ha destruido su razón de estar en el mundo" (1989, p. 62).

El análisis historiográfico revela que el gobierno alemanista no ordenó directamente la desaparición de los campesinos tradicionales, pero la falta de apoyo a estos, la priorización de la industria sobre el campo, la promoción de la propiedad privada en lugar del ejido, y la condena de las economías de subsistencia como obsoletas para el nuevo modelo económico, llevaron a la exclusión de aquellos apegados a estos sistemas. En la narrativa de Antonia Martínez, el enfoque se dirige hacia la noción de modernidad en términos desarrollistas, un ámbito que parece inalcanzable con el paso del tiempo, dado que en la etapa neoliberal desde donde Martínez escribe, la promesa del desarrollo sigue vigente.

---

[13] Aunque los gobiernos revolucionarios se autodenominaban herederos de las luchas nacionales entre las que figuraban "la Reforma", con lo que se autodefinían como continuadores de los liberales, hemos visto como las formas de organización política no se habían logrado desprender de la tradición autoritaria-tutelar que el país venía arrastrando desde los inicios del México independiente, y que la institucionalización de la revolución a través del partido siguió practicando. Esto lo podemos ver mejor en el primer apartado respecto al análisis de *El partido de la revolución institucionalizada* de Javier Garrido.

[14] La primera, referente a lo material, a la capacidad del capitalismo de construir y destruir con la que ha hecho y desecho ciudades enteras a imagen de su idea de modernización; y en segundo lugar, el modernismo, que hace referencia a las cuestiones espirituales e ideológicas de la sociedad, en el que podrían converger las diferencias subjetivas de la opinión pública. Ambas ideas son producto de un mismo impulso, el del cambio permanente, la innovación, y la libertad completa de los ciudadanos modernos para ser parte de la sociedad artificial creada para el constante mejoramiento de la vida en la ciudad (o en la comunidad); sin embargo, en la praxis, en la realidad las cosas no funcionan así. Los dueños del capital, promotores de la modernidad, controlan perfectamente la máquina de la producción. La libertad e igualdad como posibilidades de la retórica liberal no se encuentran a sí mismas en su práctica cotidiana. Hay quienes no encajan en el nuevo mundo, en el que si no produces, si no generas capital, no eres rentable y por lo tanto, en dicha condición, no eres útil para el sistema.

La tesis historiográfica señala que la política constructivista del alemanismo consideró las formas de producción tradicionales como una forma de estancamiento. El discurso político relacionó estas formas con el conservadurismo. Martínez interpreta esto como un cambio de prioridades, ya que, aunque el discurso alemanista seguía defendiendo el ejido como un logro de la revolución, su acción prioritaria se enfocaba en la pequeña propiedad (Martínez, 2004, p. 72).

La llamada "vida moderna", es definida por Berman (1989, p. 1) como un conjunto de experiencias vitales compartidas por todas las personas en el mundo hoy en día. Esta definición incluye grandes descubrimientos, industrialización, alteraciones demográficas, crecimiento urbano y sistemas de comunicación de masas.

Ciertos aspectos de esta definición se alinean con los cambios que impulsaron los gobiernos de Ávila Camacho y Miguel Alemán por el desarrollo industrial. Martínez construye su relato a partir de datos estadísticos sobre las obras de infraestructura realizadas durante el sexenio alemanista, a través de los cuales hace conjeturas y produce una narrativa que da sentido específico al periodo. De esta manera, la modernidad llega a México de forma inevitable, pero, según la historiografía, esta modernidad implicó el sacrificio de las clases trabajadoras en nombre del progreso constructivista.

El aspecto constructivo de la revolución también se alinea con la filosofía de la mexicanidad. Esta etapa se representaba como "el ímpetu constructor del régimen alemanista: carreteras, aeropuertos, líneas ferroviarias, presas, refinerías y oleoductos, complejos residenciales, multifamiliares y nuevas industrias" (Santos, 2015, p. 294).

La modernización e industrialización se convirtieron en las nuevas prioridades de la Revolución, con la incorporación de las clases medias como actores activos del proceso revolucionario. Esto permitió dar continuidad al relato nacional, integrando un nuevo semblante como parte de una misma trama que entrelazó aspectos tradicionales con características modernas. El México del pasado “superó” su situación de atraso mediante diversos retos y “llegó” a su etapa constructiva, la cual, sin embargo, resultó adversa para el pueblo mexicano, según la interpretación de Martínez.

La formación de una clase media no fue casual. La clase media en México evolucionó desde un grupo reducido de pequeños comerciantes y empleados públicos durante el Porfiriato hasta un sector clave en el proyecto modernizador del alemanismo. La Revolución afectó su

crecimiento, pero la reconstrucción posrevolucionaria fortaleció a burócratas, maestros e intelectuales ligados al Estado. Durante el cardenismo, la expansión de la industria y la expropiación petrolera impulsaron a sectores sindicalizados y a una incipiente burguesía nacional. Finalmente, en la década de 1940, la industrialización y el auge del sector privado consolidaron a la clase media urbana como un actor fundamental en la economía y la sociedad mexicana. Esta clase se había forjado a lo largo del tiempo y, durante la época de la política de Unidad Nacional, se encontraba bien posicionada en ámbitos académicos, políticos y burocráticos. Intelectuales como Chico Goerne, que asimilaron a las clases medias y a los empresarios a través de iniciativas como la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), promovieron la política de Unidad Nacional que iría posicionando a esa misma clase cada vez más, hasta sobreponerse a los obreros y campesinos en áreas de influencia (Urias, 2017, pp. 109-110).

El ascenso al poder de la nueva clase media universitaria no significó un reemplazo total de las oligarquías, sino una reconfiguración del equilibrio de poder. Si bien esta clase media, formada por profesionistas, burócratas e intelectuales, logró mayor influencia en la administración pública y la toma de decisiones, las élites económicas tradicionales mantuvieron su dominio en sectores clave como la industria y las finanzas. Más que una sustitución, se dio una cohabitación donde la clase media universitaria aportó legitimidad y un discurso modernizador, mientras que las oligarquías adaptaron sus estrategias para seguir conservando privilegios dentro del nuevo modelo de desarrollo.

Este sujeto de clase media, mestizo, burócrata y universitario, encarnaba las características de la "transición civilista". Este perfil simbolizaba el alejamiento del caudillismo militar y el avance hacia un Estado moderno y tecnocrático, donde la gestión política se basaba en la administración y la institucionalización del poder. Su formación universitaria le otorgaba legitimidad intelectual, mientras que su posición burocrática lo convertía en el operador clave de las reformas y programas de desarrollo impulsados por el gobierno. Así, este sujeto encarnaba el proyecto de modernización del México posrevolucionario, alineado con el discurso del progreso y la estabilidad. Representaba una forma diferente de entender el mundo, donde las características del mundo indígena-campesino, como la falta de compromiso social, eran superadas por una nueva población instruida para una vida moderna. El debate académico y ciudadano sobre responsabilidades

sociales se posicionó como una necesidad esencial, permitiendo a intelectuales como “los hiperiones” integrarse al régimen gubernamental.

Esta visión del progreso es similar a la forma en que la historiografía percibe el giro constructivo de la revolución. La modernidad apela a cambios que buscan dejar atrás la tradición estática y adoptar alternativas políticas capaces de transformar la sociedad, especialmente en términos materiales. La modernidad, caracterizada por una epistemología cientificista que cuantifica el mundo natural, se reflejó en las expectativas de cambio durante el periodo alemanista.

La filosofía de lo mexicano influyó en la legitimación de un régimen social autoritario y represivo. Estas teorías representaban al "mexicano" promedio proyectado en la figura del campesino del altiplano central, caracterizado como "inmóvil, pasivo, silencioso y desinteresado", una metáfora de cómo este sujeto se relacionaba, o más bien no se relacionaba, con la realidad (Santos, 2004, p. 327).

Esta comprensión de civilización y no civilización, deriva de la noción de "cultura" del pensamiento ilustrado, el cual concibe a las sociedades en función de sus valores y grado de avance tecnológico para clasificarlas como civilizadas o atrasadas (Lillo, 2017, p. 66). En este contexto, los grupos que no cumplen con ciertos parámetros de civilización son percibidos como sujetos que necesitan ayuda para modernizarse. Por ejemplo, en el México posrevolucionario, las políticas educativas y culturales promovieron la idea de integrar a los pueblos indígenas y campesinos a la sociedad "moderna". Esto se veía reflejado en la alfabetización masiva y la eliminación de tradiciones indígenas consideradas "atrasadas", bajo la dirección de la Secretaría de Educación Pública liderada por José Vasconcelos. Vasconcelos veía en dichos sectores una minoría que representaban un problema. Debían asimilarse al resto de la nación y pretendía imponer a dicha minoría la idea de que “primero son mexicanos, y luego indios”; sin embargo, para principios del siglo XX, los indígenas y campesinos en territorio mexicano no eran una minoría, sino que eran la mayoría de la población del país (Nuñes Tapia, 2024).

La filosofía de la mexicanidad proponía la necesidad imperiosa de cambiar la mentalidad del mexicano por una más dinámica y responsable. La guía del desarrollo nacional recaería en una clase social formada por valores modernos, representada por el mestizo desapegado de los vicios heredados de la tradición indígena. Esta propuesta intelectual, que

dominó los debates académicos de la época, se presentó como hegemónica frente a otras posturas, como la neokantiana, que no tuvo un impacto significativo en comparación con sus ideas. Agrupados en el "Circulo de Amigos de la Filosofía Crítica", los neokantianos fueron señalados como una postura metafísica, contemplativa y dogmática, ajena a la realidad humana. Eran calificados como "positivistas disfrazados" por plantear verdades únicas susceptibles de ser conocidas. De ese modo, según los hiperiones, los oponentes teóricos sostenían una ética ajena a la realidad histórica y a los compromisos morales del hombre (Santos, 2015, p. 158).

La crítica de los hiperiones a los neokantianos no solo se limitó a señalar su supuesto carácter metafísico y contemplativo, sino que también los acusaron de perpetuar una visión filosófica ajena a las necesidades históricas de México. Desde su perspectiva, el neokantismo mantenía una adhesión excesiva a principios abstractos y universales, lo que los hacía incapaces de comprender la especificidad del sujeto mexicano y su contexto social. Para los hiperiones, esta corriente reproducía los errores del positivismo al asumir que el conocimiento podía alcanzar verdades absolutas, sin considerar el papel de la historicidad y la cultura en la formación del pensamiento.

Además, los hiperiones argumentaban que el neokantismo promovía una ética desligada de los compromisos políticos y morales que demandaba el México posrevolucionario. En su afán por establecer un conocimiento supuestamente puro y objetivo, los neokantianos habrían desestimado la necesidad de una filosofía arraigada en la realidad concreta del país. Para los hiperiones, esta postura resultaba anacrónica y contraria a la urgencia de construir una identidad filosófica propia, que no dependiera de los modelos europeos. Así, la filosofía de la mexicanidad se erigía como una respuesta a lo que consideraban un pensamiento desvinculado de la praxis y de los desafíos nacionales, posicionándose como la corriente que debía guiar la transformación del mexicano y su desarrollo en la modernidad.

Por eso, el sexenio de Miguel Alemán es crucial para entender la noción de modernidad en México, ya que se ha descrito como un periodo de transición civilista que deja de lado las políticas agrarias para centrarse en el desarrollismo como una nueva fase revolucionaria. Se buscaba una ruptura con el pasado para adoptar lo nuevo en detrimento de lo viejo. Sin embargo, lo que fue nuevo en los años cuarenta resultaba obsoleto hacia finales

del siglo XX, y Martínez ve una especie de degeneración en el progresismo nacionalista, a pesar de que, conceptualmente, la noción moderna de "progreso" se ha desvinculado de "retroceso" en términos metafóricos, en que la naturaleza del mundo pasa de la juventud a la vejez (Koselleck, 2012, p. 102).

La investigación de Martínez se caracteriza por identificar en las transformaciones económicas del alemanismo una forma en que la sociedad mexicana visualizó un avance progresivo hacia el futuro, resultado de la noción de progreso fundada en la Ilustración. Su narrativa presenta una perspectiva en la que el periodo se refiere al desarrollo urbano-industrial como una nueva etapa de la revolución, que, con el tiempo, resultó adversa al resultado que sus protagonistas sugerían.

### 1.7. Consideraciones finales

En este primer capítulo, hemos observado cómo diversos enfoques caracterizan el período denominado transición civilista como un punto de inflexión en la historia contemporánea del país. Los investigadores coinciden en que durante este periodo se produjo un giro en la dirección de la política nacional, cambiando de una política popular de izquierda a una impopular de derecha.

Garrido sí se alinea claramente con el esquema, ya que en sus estudios sobre el PRI documenta cómo el partido transitó de ser una organización con retórica revolucionaria hacia una maquinaria política autoritaria, alineada con intereses empresariales y alejada de las políticas sociales del cardenismo. Medina también interpreta este periodo como una ruptura al señalar el distanciamiento del régimen hacia las clases trabajadoras y campesinas, consolidando un modelo que favorecía la industrialización y el capitalismo como eje central. Blanca Torres también ve en las políticas implementadas durante el periodo avilacamachista un viraje hacia un modelo de desarrollo que priorizó intereses privados y empresariales. En el caso de Barry Carr, su enfoque está más relacionado con los conflictos internos contextualizados en la Guerra Fría, con la exclusión del comunismo en este periodo. Carr destaca cómo estas decisiones formaron parte de un giro político hacia la derecha que favoreció a los sectores empresariales y reprimió las movilizaciones sociales vinculadas a las izquierdas.

Martínez podría ajustarse al esquema de cambio de políticas populares a impopulares, ya que su obra analiza cómo las políticas del cardenismo fueron gradualmente desplazadas por las del alemanismo, priorizando sectores empresariales y marginando las demandas campesinas e indígenas. Sin embargo, su enfoque está más matizado en términos de los impactos sociales y no exclusivamente ideológicos. Stephen Niblo argumenta que el cambio hacia una política "de derecha" estuvo fuertemente influido por intereses económicos y presiones estadounidenses, especialmente en el contexto del alemanismo. Su análisis enfatiza la consolidación de un modelo que profesionaliza la corrupción, pero no necesariamente enmarcado explícitamente como un giro de "izquierda a derecha". Estos dos últimos, aportan perspectivas valiosas que complementan esta narrativa, aunque no siempre en términos estrictos de una transición ideológica binaria.

Las condiciones del país en la época de estudio, es decir, a partir de los años setenta, cuando comenzó la crisis del modelo de sustitución de importaciones y se introdujo un nuevo orden mundial, resultaron fundamentales para que los investigadores consideraran problemática la situación en la que la figura presidencial parecía fusionarse con el Estado y el PRI, formando un régimen autoritario con rasgos conservadores, a pesar de proclamarse como el legado viviente de la Revolución.

En el enfoque presentado en este trabajo, se analiza cómo una parte de la historiografía producida entre las décadas de 1970 y 2010 recurre a la dualidad izquierda-derecha como marco conceptual para interpretar las fuerzas sociopolíticas de la época posrevolucionaria en México. Esta dualidad, más que ser una descripción objetiva de los hechos, actuó como una herramienta narrativa que permitió a los historiadores construir imaginarios ideológicos sobre los conflictos y las alianzas que moldearon al sistema político mexicano. En este contexto, el régimen priísta no sólo representaba una institución política dominante, sino que también encarnaba un campo de tensiones ideológicas donde coexistían y competían estas fuerzas. Los autores analizados en este estudio, al estar inmersos en las dinámicas culturales y políticas del régimen priísta, adoptaron y reprodujeron esta dualidad como un marco interpretativo clave, lo que les permitió explicar los procesos históricos desde una perspectiva que, al mismo tiempo, estaba influenciada por las condiciones de su propio contexto temporal.

Consideramos fundamental examinar el contexto en el que los historiadores construyen su narrativa, ya que las condiciones de producción influyen en los factores que estos

consideran esenciales sobre el período que estudian. El modelo económico implementado, el sistema político, el contexto cultural y social, y los efectos de cada uno de estos aspectos sobre la sociedad son componentes clave para entender cómo cada sujeto percibe su realidad.

En la década de los setenta, el PRI y el Estado revolucionario enfrentaron una crisis de legitimidad que los llevó a intentar realizar diversos cambios estructurales, incluyendo un cambio en el enfoque económico del "desarrollo estabilizador" al "desarrollo compartido". Aunque el primero se había representado como una época de gran crecimiento para el país, se fundamentaba en la reducción del gasto público, el sacrificio de las clases trabajadoras, sus derechos laborales y el valor del salario real. En cambio, se otorgaba más apoyo a la iniciativa privada y a la inversión en obras de industrialización.

Esta situación llevó a que a partir de la década de 1970 se implementara un modelo que proponía un reparto más equitativo de la riqueza y un aumento del gasto público para controlar el descontento social que se había acumulado durante los años setenta, expresado en diversas protestas y episodios de represión. Sin embargo, el intento "populista" de distribuir la riqueza entre la población derivó en inflación y devaluación de la moneda, lo que exacerbó la crisis económica y las inconformidades sociales, a menudo reprimidas. Además, en las elecciones presidenciales de 1976, José López Portillo, candidato del PRI, apareció como candidato único, lo cual puso en cuestión la perpetuación de ese partido en el poder.

Este es el contexto en el que nuestros autores comienzan sus investigaciones: una situación de crisis política y económica que probablemente influyó en sus intereses. Es probable que se preguntaran sobre los orígenes de aquel régimen "revolucionario" que mostraba pocos signos de serlo y que además parecía desmoronarse, a pesar de que en su juventud pudieron haber experimentado la época de auge del llamado "milagro mexicano". Por ejemplo, el escritor José Agustín (2013a, p. 5) señala que, a pesar de la dura prueba de 1968, desde la primera mitad de la década de 1970 se hallaban intactos el presidencialismo, el partido de Estado, las grandes corporaciones oficiales y los mecanismos de control. Sin embargo, existía la impresión de poder enfrentar esa realidad; las grietas del sistema se percibían y las huellas negativas del “desarrollismo” o “milagro mexicano” eran ya perceptibles.

Gobiernos que se autodenominaban "de izquierda" pero que presentaban estas características parecían cuestionables a los ojos de estos autores. Sumergiéndose en el análisis

de la década de 1940 desde enfoques específicos, construyeron un canon conceptual sobre las nociones de "izquierda" y "derecha" que inaugura la discusión sobre estos términos que perdura hasta hoy.

La situación del país por parte de los investigadores se entiende como una política de derecha, basada en la represión, el autoritarismo, la proliferación de valores conservadores y la prioridad otorgada a las clases altas, sacrificando a las mayorías que, con cada crisis, recibían la peor parte. Esto probablemente condujo a la revalorización de la noción de izquierda, ubicándola en la política inmediata anterior a la institucionalización de la Revolución. Así fue como el periodo de Cárdenas se ha concebido como de una política que daba prioridad a las clases trabajadoras, manifestándose abiertamente nacionalista y antiimperialista. También intentó basar su economía en el impulso del ejido y la reforma agraria, y amplió la tolerancia política. Con estos aspectos, el cardenismo se representa como el ejemplo de una política de izquierda en la historiografía de las décadas de 1970-1990.

Como consecuencia de las tensiones entre los principios revolucionarios proclamados y las acciones del gobierno que decía representarlos, el intelectualismo comenzó a distanciarse progresivamente del Estado. Este distanciamiento permitió a los intelectuales formular críticas más incisivas hacia el llamado "mito revolucionario", es decir, la narrativa oficial que idealizaba los logros y valores de la Revolución Mexicana. Estas críticas surgieron desde la subjetividad de quienes no encontraban una correspondencia entre los ideales revolucionarios —como justicia social, igualdad y progreso— y las políticas concretas implementadas por el gobierno. En este contexto, los intelectuales asumieron un papel crítico que cuestionaba la legitimidad del discurso oficial, al mismo tiempo que intentaban redefinir la relación entre la sociedad, el Estado y los ideales revolucionarios que habían sido fundamentales en la construcción del México posrevolucionario.

En las narrativas historiográficas de los autores analizados, se observa una marcada disociación con el régimen del PRI, fundamentada en la percepción de que este partido no cumplió con las promesas sociales y económicas que había proclamado como herencia de la Revolución Mexicana. Esta crítica trasciende los aspectos materiales de los resultados del "priato", como las políticas económicas y sociales, para adentrarse en una desilusión más profunda de carácter ideológico. Los autores destacan una desconexión entre el discurso revolucionario oficial —que exaltaba ideales como la justicia social, la equidad y el bienestar

colectivo— y las acciones concretas llevadas a cabo por los gobiernos priístas, que muchas veces priorizaron intereses políticos o económicos particulares. Esta tensión entre la narrativa revolucionaria y la práctica política generó un desencanto en aquellos sectores que esperaban una continuidad más acorde a los ideales radicales de la Revolución Mexicana.

Los historiadores, politólogos y escritores analizados objetivaron la experiencia histórica vivida entre los años cuarenta y setenta, interpretándola desde una perspectiva crítica que busca comprender y explicar las razones detrás de este aparente desvío de los principios revolucionarios. En sus análisis se percibe la valoración de las políticas gubernamentales de los años de 1930, las cuales consideran más fieles con los ideales revolucionarios, como la justicia social, el apoyo al campesinado y la equidad económica.

El análisis de las narrativas permite explorar y reflexionar sobre las limitaciones inherentes a cada investigación histórica, así como sobre las formas en que estas investigaciones abordan las coyunturas específicas de una época. En particular, observamos que la escritura de la historia del “tiempo presente” está permeada por completo de valores y certidumbres ideológicos. Es crucial examinar los conceptos empleados por los autores para caracterizar ciertos periodos o procesos como "sociales y populares" o como "conservadores y de derecha", debido a que están mediados por la narrativa que cada autor utiliza para construir su relato. Esto requiere considerar el componente ideológico de dichas narrativas, el cual, aunque se sustenta en principios cientificistas y pretende alcanzar la objetividad, no está exento de influencias subjetivas derivadas de las perspectivas y contextos de los investigadores. Como sujetos históricos no podemos escapar de nuestro contexto y los valores imperantes en cada época. El presentismo de esas narrativas es su principal limitación. La inmediatez de sus juicios junto con la estrechez de sus fuentes (en su mayor parte hemerográficas y de índole administrativa) nos plantean la cuestión de la validez de la historia del presente.

Además, es relevante identificar lo que los análisis presentados aquí no consideran como parte fundamental de sus investigaciones. Es necesario preguntar por qué se opta por consultar archivos gubernamentales o partidistas, por qué se analizan los diarios de la denominada “gran prensa”, por qué se entrevistan a dirigentes de grandes confederaciones o sindicatos nacionales, o por qué se examinan archivos diplomáticos. Estas elecciones no son neutrales, ya que conducen a una construcción de la historia centrada en lo que los

documentos revelan sobre figuras prominentes y excepcionales, como si en sus decisiones y voluntades residiera la totalidad de los procesos históricos. Este enfoque, al priorizar ciertas fuentes, refleja cómo cada autor selecciona y organiza la información para determinar qué aspectos o acontecimientos considera primordiales en su interpretación histórica.

De acuerdo con lo anterior podemos decir que la especificidad de la parcela historiográfica llamada “historia reciente” consiste en su propósito de investigar un presente que es el de los propios historiadores, en un contexto donde el pasado del modernismo autoritario no ha terminado aún. En consecuencia, el sujeto de la narración historiográfica sigue activo y no hay un final definitivo. De ahí que la distinción binaria entre izquierda y derecha esté en continuo movimiento. Propongo una aproximación a la comprensión de las categorías ideológicas de ‘izquierda y derecha’ conforme a la semántica de su contexto de producción. Al aceptar su dinámica cambiante, sus contradicciones y movimientos, hace posible la comparación entre narrativas historiográficas del mismo régimen de historicidad en momentos cronológicamente distantes. El régimen político del Priato sembrado entre 1946-1952, vive su declive entre 1980-2018. Las bases epistemológicas de la historia del presente son frágiles e inestables y afrontan un desafío: la conversión del presente en un pasado que se manifiesta, a la vez, en el presente. La simultaneidad del pasado inacabado quizá sea un problema digno de una mayor investigación conceptual.

## Capítulo II. El esencialismo mexicanista en la narrativa filosófica de la década de 1940

En el primer apartado de este capítulo analizamos la noción de “nacionalismo revolucionario” a partir de una idealización del pasado. En el segundo, observamos el proceso de resignificación de la noción de 'revolución' asociada con el reformismo, la democracia representativa y el civilismo. Finalmente, en el tercer apartado se reflexionará sobre cómo el desarrollismo alemanista se consolidó como el aterrizaje material del impulso optimista de la revolución hecha gobierno

El grupo Hiperión se distanció de “ideologías radicales”, situando a la mexicanidad al margen de posturas políticas extremas, tanto del conservadurismo reaccionario como de las posturas radicales de izquierda. La mexicanidad se promovió como una tercera vía original, ajustada a las necesidades fundamentales del país. Ni izquierda, ni derecha, esta “neutralidad” fue la bandera de la doctrina de Estado, diseñada para mediar entre liberales y conservadores, entre izquierdas y derechas.

La pugna entre “izquierda” marxista leninista y “derecha” católica y antiliberal fue neutralizada tanto por la filosofía de la mexicanidad, como por el nacionalismo revolucionario. Este aspecto, como vimos en el primer capítulo de esta investigación, fue cuestionado por los intelectuales de los años 1970-1990 quienes caracterizaron a la política civilista de 1946-1952 como un giro a la derecha del aparato burocrático estatal.

### 2.1. La configuración del nacionalismo revolucionario

En la década de 1940, el grupo filosófico Hiperión emergió como un referente filosófico y sociológico sobre la mexicanidad. Integrado por figuras como Leopoldo Zea, Ricardo Guerra, Jorge Portilla y Emilio Uranga, este colectivo buscó articular una filosofía que, desde una perspectiva existencialista (sartreana), interpretara "lo mexicano" como una síntesis original que superase la imitación de modelos extranjeros. Su propuesta resonó con el discurso gubernamental hegemónico, que promovía el nacionalismo revolucionario como doctrina de Estado.

El grupo Hiperión puede vincularse con la tradición intelectual que sugiere la existencia de una "revuelta letrada"[15] "paralela y, a la vez, coincidente con la Revolución social y política que tuvo lugar en México entre 1910 y 1917" (Rojas, 2022, p. 140). Al comienzo de la nueva gobernabilidad posrevolucionaria, en 1924, el escritor Pedro Henríquez Ureña escribió un artículo titulado "La Revolución y la cultura en México", en el que establecía una conexión entre una crítica al positivismo, lanzada por el Ateneo de la Juventud antes de 1910, fundamentada en las lecturas del idealismo griego y alemán, desde Platón y Plotino hasta Kant, Schopenhauer y Nietzsche, y la caída del régimen porfirista. En dicho artículo, Henríquez Ureña identificaba que, a partir de 1920, después de la "agitación política de la Revolución", veía la fundición de las revoluciones política y la letrada, gracias a la emergencia de una generación intelectual que aportaba a la reorganización del país nuevas ideas. Por ejemplo, estaban Manuel Gómez Morín que presentaba una reformulación de los estudios jurídicos, Vicente Lombardo Toledano que redefinía el derecho público, Daniel Cosio Villegas, en sociología, José Vasconcelos en la teoría del monismo estético o Manuel Gamio en la antropología. Henríquez Ureña leía en estos intelectuales la máxima expresión intelectual del nuevo orden revolucionario, mismo que debía guiar a la revolución política (Rojas, 2022, pp. 159-161). Eso era a lo que el escritor dominicano denominada "la revolución letrada".

El concepto de "nuevo orden revolucionario" hace referencia a la reconfiguración del Estado posrevolucionario, donde las estructuras de poder dejaron atrás el caos de la lucha armada para consolidar un régimen institucional que promoviera la estabilidad y el desarrollo económico. Este nuevo orden implicaba un desplazamiento del radicalismo social y una redefinición de los ideales revolucionarios en favor de un proyecto de modernización, donde el Estado se erigía como el principal agente de cambio. En este marco, la filosofía de la mexicanidad heredaba un papel central al proponer una nueva identidad nacional basada en la superación de lo que se consideraban atavismos del pasado, en particular las tradiciones indígenas y campesinas. Así, este discurso filosófico no solo justificaba la transición hacia un modelo desarrollista, sino que también legitimaba la concentración del poder en el Estado bajo el argumento de que era necesario para guiar la transformación del país.

[15] Uno de los primeros en introducir dicha noción al vocabulario intelectual-revolucionario en México fue el dominicano Pedro Henríquez Ureña como parte del Ateneo de la Juventud, y que se encontraba en México durante el estallido del conflicto armado.

Por otro lado, la “revolución letrada” alude al papel de los intelectuales en la configuración de este nuevo orden. Desde la década de 1920, los intelectuales señalados participaron activamente en la construcción de una narrativa nacionalista que servía para cohesionar ideológicamente a la sociedad. A diferencia de la revolución armada, que había sido protagonizada por caudillos y movimientos populares, la revolución letrada fue impulsada desde la academia, los medios de comunicación y los espacios culturales, donde se definieron los valores que debían orientar la evolución del país. La filosofía de la mexicanidad fue un producto de esta revolución letrada, pues ofreció un marco teórico que justificaba la sustitución de una identidad rural y tradicional por una más acorde con las necesidades del desarrollo industrial y urbano.

En síntesis, el “nuevo orden revolucionario” estableció las condiciones para la institucionalización del poder, mientras que la “revolución letrada” suministró los argumentos ideológicos necesarios para consolidarlo. La filosofía de la mexicanidad, con su énfasis en un mestizo moderno y alejado de lo indígena, fue una pieza clave en este proceso, ya que ofreció una visión del progreso alineada con los intereses del Estado.

Al mismo tiempo, esto conducía a una acción cultural secular que extendía los derechos educativos al pueblo a la vez que las expresiones artísticas y plásticas “alcanzaban una modernidad autóctona” (Rojas, 2022, p. 161). El rechazo a la imitación de lo extranjero era el punto de partida para la construcción de una imagen ideal de lo mexicano, que los núcleos intelectuales propdujeron desde Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, hasta Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Luis Villoro, Octavio Paz y Carlos Fuentes, entre otros.

Los miembros de Hiperión, alternaron su propuesta intelectual con los cambios de la “nueva etapa de la Revolución”. Mientras el país se transformaba hacia la modernización industrial, su filosofía buscaba transformar las conciencias. El grupo se asumió como una especie de “élite ilustrada” capacitada para definir e identificar lo propio de lo mexicano, así como las necesidades y deseos de la población que analizaban. Separándose de su objeto de estudio y situándose fuera del escenario analizado, el grupo Hiperión asumió su tarea como objetiva, realizada desde el espacio académico. En el régimen alemanista, el ámbito académico constituía el elemento fundamental que dotaba de cientificidad al conocimiento emergido desde su seno. A la vez, el discurso gubernamental instaba a los académicos del país a

“identificar, discutir y encontrar soluciones a los problemas de México, siempre dentro de los marcos de la identidad nacional” (Santos, 2015, p. 137).

La participación de Samuel Ramos en la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM, le abrió al grupo Hiperión las puertas a congresos y conferencias. Ramos justificó su acción como un grupo consciente de los problemas de su tiempo, en contraste con los neokantianos, quienes, según él, “se movían en la pura abstracción y eran portavoces de verdades únicas” (Santos, 2015, p. 137). El grupo filosófico Hiperión tenía una propuesta práctica, situada en su propio tiempo.

Los hiperiones construyeron una autoridad intelectual en la comunidad académica, posibilitando la exclusión de otras corrientes de pensamiento. Leopoldo Zea, miembro activo del grupo, “fue secretario general de la facultad de 1948 a 1953” y puso a disposición los recursos necesarios para visibilizar al grupo en revistas académicas y suplementos culturales. Su órgano de difusión fue la revista *Filosofía y Letras*, que a finales de la década de 1940 se concentró en temas como el existencialismo, la fenomenología, el pensamiento hispanoamericano y la filosofía de lo mexicano, temas recurrentes del grupo Hiperión. La revista también publicitaba continuamente las actividades del grupo dentro y fuera de la universidad.

Leopoldo Zea recibió un impulso considerable en su carrera académica por parte de José Gaos, quien fue su maestro e influyó en sus ideas sobre el advenimiento del positivismo en México.[16]. Sin embargo, al paso del tiempo, el filósofo transterrado español se alejó de la postura de su discípulo, Leopoldo Zea. Este defendía, junto con Samuel Ramos, la postura de una armonía entre filosofía y política. Gaos, por el contrario, era más un liberal que un demócrata, tal y como lo analiza la filósofa Aurelia Valero (2015, pp. 273-274). El liberal a ultranza desconfiaba del “mundo libre” estadounidense que de la “cortina de hierro” de la URSS. La filosofía, debía estar por encima de intereses y pugnas ideológicas, debía aspirar a una utopía.

También es importante señalar los intereses y necesidades que el gobierno alemanista promovía para entender la importancia y el impacto que la filosofía de la mexicanidad tuvo como corriente de pensamiento hegemónico en esa época. Estos pensadores consideraban

[16] Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. Esta primera crítica historicista del uso político del positivismo durante el Porfiriato, había sido editada por El Colegio de México, originalmente en dos tomos separados en 1943 y 1944. La edición que usamos (FCE) los publicó en un solo volumen.

necesario definir una doctrina política que otorgara un nuevo sentido a la Revolución en el periodo de la segunda posguerra. Percibían una decadencia y descomposición social y política, además de un distanciamiento respecto a "lo propio" como consecuencia de experimentos ajenos que habían desviado erróneamente el curso de la nación (Urías, 2017, p. 126).

A principios de los años de 1940, surgieron suplementos culturales que se destacaron como "medios prestigiosos para la difusión cultural" (Santos, 2015, p. 154). El grupo filosófico Hiperión tuvo una participación importante en la *Revista Mexicana de la Cultura* del periódico oficial, *El Nacional*, como en *México en la Cultura* del periódico *Novedades*, dos de los suplementos más influyentes en el ámbito cultural de mediados del siglo XX. El gobierno alemanista otorgó gran importancia a los suplementos culturales durante su sexenio. Los suplementos creados por Fernando Benítez en *El Nacional* y en *Novedades*, *Revista mexicana de la cultura*[17] y *México en la cultura*[18], respectivamente, fueron espacios donde los hiperiones tuvieron múltiples oportunidades para publicar.

A través de diversas formas de difusión, relaciones académicas, políticas y empresariales, el grupo Hiperión se posicionó en el ámbito público y tuvo la posibilidad de reproducir sus ideas en diversos medios, bajo el patrocinio de intelectuales, suplementos e incluso del gobierno. Es importante destacar que *El Nacional* era un órgano dependiente de la Secretaría de Gobernación, y *Novedades* tenía accionistas, entre los que se encontraban prestanombres del presidente Miguel Alemán.

Aunque los hiperiones no lo expresaron explícitamente, sus narrativas sugieren que se asumían como "revolucionarios culturales" que, junto con la transformación material del país, buscaban una renovación espiritual entre los mexicanos. La mexicanidad, como filosofía, sirvió para crear una identidad homogénea que influyó significativamente en la configuración

---

17 La *Revista mexicana de la cultura* comenzó a publicarse en abril de 1947 bajo la dirección de Fernando Benítez y del refugiado español Juan Rejano. Contaba con 16 páginas dedicadas de lleno a temas filosóficos, artísticos, científicos e históricos, toda una novedad si se toma en cuenta que los suplementos dominicales de los periódicos mexicanos con mayor tiraje (*Excélsior* y *El Universal*) tenían apenas cuatro planas y se orientaban sobre todo al mundo del espectáculo. […] Los hiperiones entraron al suplemento en mayo de 1948 en el marco de una polémica que sostuvieron Samuel Ramos y Leopoldo Zea con filósofos neokantianos (Santos, 2015, p. 156).

18 La aparición de *México en la cultura* coincidió con el despunte de la carrera del Hiperión. Desde el primer número se publicaron los artículos del grupo, además de entrevistas a sus miembros y reseñas de sus conferencias y libros. […] La columna «Notas de cultura» se encargó de registrar el calendario de actividades organizadas por el Hiperión, mientras que «Autores y libros» comentó los ires y venires de los hiperiones. Algunos números del suplemento fueron encomendados a la dirección de Leopoldo Zea, lo cual aprovecho para imprimirle una orientación afín a los temas de su interés. Por si fuera poco, el periódico *Novedades*, y particularmente *México en la cultura*, contaron con sus propios programas radiofónicos durante el año de 1949: "¡El público pregunta!… *Novedades* contesta". Los hiperiones fueron invitados a participar en estos programas en calidad de colaboradores del suplemento, pero sobre todo de especialistas y promotores tanto del polémico existencialismo como de la filosofía de lo mexicano(Santos, 2015, p. 163).

de una doctrina de Estado. Esta filosofía utilizó diversos elementos para formar un nacionalismo revolucionario que funcionó como fórmula identitaria para una población bajo un régimen surgido de una revolución. Este régimen, aunque era parte del pasado inmediato, seguía rigiendo el presente y proyectaba su continuidad hacia el futuro.

La mexicanidad, como representación simbólica, se basó en la idea de desarrollar un modelo cultural que reflejara la esencia del ser mexicano y promoviera la unificación nacional. Si históricamente el mexicano había imitado modelos ajenos en busca de progreso, y si México había vivido dividido por diversas ideologías que frenaban su prosperidad, la filosofía de la mexicanidad sugería abandonar esas fórmulas "exóticas" que segmentaban al país y esforzarse por la unificación en un proyecto nacional original.

Uno de los elementos esencialistas que la filosofía de la mexicanidad aportó al nacionalismo revolucionario fue la propuesta de impulsar una comunidad nacional dinámica y optimista. En este modelo, el quietismo no tenía cabida, y el esfuerzo individual y el sacrificio colectivo se consideraban beneficiosos para la nación. Emilio Uranga, filósofo y catedrático de la Universidad Nacional, argumentó que el mexicano había experimentado episodios de pesimismo que, en determinado momento, fueron superados por otros de optimismo, lo que permitió avanzar y superar situaciones de atraso sociocultural.

Emilio Uranga fue filósofo, ensayista y parte del grupo Hiperión. Nació en la Ciudad de México en 1921. Realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde coincidió con Leopoldo Zea, Jorge Portilla, Luis Villoro y Ricardo Guerra. Posteriormente, continuó su formación en Europa, estudiando filosofía en la Universidad de París (la Sorbona).

Adoptó un enfoque existencialista-fenomenológico, influido por pensadores como Martin Heidegger, Jean-Paul Sartre y Edmund Husserl. Al igual que otros miembros del grupo Hiperión, participó en el análisis de las características del ser mexicano, explorando aspectos culturales, históricos y psicológicos. Su obra más conocida y discutida fue *Análisis del ser del mexicano* (1952), además de una serie de artículos publicados en revistas académicas y culturales del la época como *Filosofía y Letras* y el suplemento *México en la Cultura*.

Influenciado también por el pensamiento de Samuel Ramos, Uranga construyó una narrativa en la que el mexicano aparece como un protagonista colectivo que, a lo largo de su historia, ha atravesado numerosos sucesos. Estos sucesos han llevado al mexicano a superar

adversidades en momentos de vitalidad, solo para enfrentar obstáculos nuevamente, pero siempre encontrando fuerza para superar los desafíos.

La estructura de la narrativa de Uranga tiene un carácter heroico, aunque el héroe no es un individuo específico, sino un ente colectivo e indeterminado. A veces se refiere a “los mediadores” que históricamente han caracterizado al mexicano, y ese sujeto colectivo se balancea entre dos polos opuestos: el auge y la crisis.

La propuesta de esfuerzo y autoconfianza promovida por Uranga se refleja en el discurso político de la época, lo que muestra una convergencia entre filosofía y doctrina de Estado. En el informe presidencial de 1948, Miguel Alemán (2006, p. 90) señalaba que era necesario “templar nuestra decisión ante las circunstancias adversas y fortalecer nuestra nacionalidad y nuestras instituciones, trabajando sin descanso y poniendo una inquebrantable fe en nosotros mismos”.

En ambas narrativas se percibe la construcción de una noción de “nacionalismo” sustentada en la actividad creadora, el trabajo y el dinamismo de la comunidad como formas de superar las dificultades históricas que habían obstaculizado el desarrollo. Las narrativas se centran en el fortalecimiento de la nacionalidad, objetivo que se esperaba alcanzar mediante el esfuerzo colectivo.

Aunque el nacionalismo mexicanista presente en los discursos filosóficos y gubernamentales se sustentaba en una memoria histórica que apelaba a los eventos pasados del país, esa relación con el pasado no estaba exenta de tensiones y momentos traumáticos. El nacionalismo buscaba construir una identidad cohesionada, basada en un relato épico de resistencia y superación; sin embargo, este relato debía enfrentarse a un pasado lleno de episodios de esclavitud, engaño, opresión y deshumanización que habían despojado al pueblo mexicano de su dignidad. En este contexto, el mexicano “moderno” promovido por el civilismo del periodo buscaba distanciarse de ese pasado doloroso, construyendo una narrativa que enfatizaba el progreso, la industrialización y la integración colectiva al proyecto modernizador del Estado.

Esta disociación, sin embargo, no eliminaba el peso de la memoria histórica, que seguía latente como un recordatorio de las injusticias y desigualdades no resueltas. Así, el trauma colectivo de un pasado marcado por la explotación, el despojo y la violencia se reconfiguraba en el discurso nacionalista como una fuente de orgullo y resiliencia, mientras se

trataba de borrar o reinterpretar aquellos aspectos que no encajaban en la narrativa de modernidad y unidad nacional. Este complejo juego de memoria y olvido refleja cómo el proyecto civilista intentó proyectar una imagen de modernización sin confrontar de manera plena las heridas históricas del pueblo mexicano.

Sin embargo, la experiencia traumática se perpetúa en el tiempo. Desde el discurso mexicanista, se produjo una conciencia de sociedad moderna caracterizada por el desarrollo industrial y el civilismo, en contraste con un pasado categorizado como “no moderno”. Este pasado representaba, en términos políticos, la opresión y adoctrinamiento del mexicano, y en términos económicos, la improductividad, el atraso, el hambre y la miseria.

Emilio Uranga construyó una noción del pasado tipo dialéctico, representando discursos que, aunque sugieren olvidar algunos aspectos del pasado, en realidad generan una memoria inconsciente. En el contexto de Uranga, por ejemplo, el porfiriato es cuestionado por la Revolución, y estos dos episodios se sintetizan en el alemanismo, una época que da continuidad a la Revolución pero que también integra al porfirismo como una etapa necesaria para conferir verosimilitud al relato. Sin el porfiriato no habría habido revolución, y sin revolución no habría habido civilismo alemanista. Cada proceso está vinculado causalmente con el siguiente, construyendo una narrativa coherente.

En este sentido, la estructura narrativa utilizada por Uranga también tuvo que adaptarse para hacer su relato creíble. Según el propio autor, el propósito era “calibrar una teoría ontológica del mexicano” (Uranga, 1952, p. 938). En este intento de calibración, Uranga propuso una oscilación de carácter que llegaba al presente de la década de 1940, identificándola como un momento de optimismo acentuado después de un periodo de pesimismo. La verosimilitud del relato se basa en hechos históricos, representando el pasado como un conjunto de procesos que permitieron al mexicano mejorar su condición y situarse en el presente.

De manera similar, Jorge Portilla, con una gran preocupación por la esencia de la mexicanidad, sugirió que el país se encontraba en “un enérgico esfuerzo de autognosis” (Portilla, 1984, p. 120). Este proceso de introspección no era un ejercicio meramente teórico, sino una herramienta para la construcción de un modelo de sociedad que equilibrara la tradición y la modernidad. En la filosofía de la mexicanidad, la autognosis no solo buscaba

responder a la pregunta sobre qué significa ser mexicano, sino también establecer un marco normativo que guiara el desarrollo nacional.

La narrativa de Jorge Portilla (1919-1963), al igual que la de otros miembros del grupo Hiperión, es de carácter heroico. Su pensamiento combina elementos del existencialismo con un enfoque crítico hacia la realidad mexicana. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde al igual que Leopoldo Zea, fue discípulo José Gaos, quien influyó profundamente en su pensamiento. Portilla fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y colaborador en revistas culturales como Filosofía y Letras. Sus principales obras fueron *Fenomenología del relajo* y *Notas sobre la cultura mexicana*.

Vivió en un período marcado por el auge del nacionalismo revolucionario. La filosofía de la mexicanidad, promovida por los hiperiones, buscaba responder a estos desafíos. Su pensamiento estuvo influido por corrientes existencialistas europeas, especialmente por autores como Heidegger y Sartre, pero lo adaptó al análisis de la realidad mexicana. Aunque crítico del gobierno en algunos aspectos, su trabajo formó parte de un movimiento intelectual que dialogaba con las instituciones, especialmente en el ámbito educativo.

Portilla considera que, después de una serie de eventos históricos que han degradado la moral del mexicano, la situación actual del país ha llegado a un punto en el que el desplazamiento del enfoque individual hacia el colectivo permite a la nación “realizar avances fructíferos” que antes le estaban vedados (Portilla, 1984, p. 120). Este cambio ofrecía la esperanza de un futuro mejor.

Aunque el pasado de la comunidad se presenta como doloroso, su inclusión en la narración es necesaria. Las dificultades superadas son esenciales para que el presente tenga verosimilitud, ya que la trama se construye a partir de un conjunto de relaciones causales que aportan coherencia y consistencia al relato. Jorge Portilla invitaba a los mexicanos a centrarse en su presente y a contemplar las transformaciones resultantes del cambio de rumbo de la Revolución, que prometía una mejor calidad de vida en el futuro. Si cada individuo se comprometía, cambiaba de actitud, se esforzaba por vivir en un sentido de comunidad y abandonaba la individualidad que “lo había caracterizado” en el pasado, ese futuro deseado se haría posible. El concepto de autognosis es quizá una genuina aportación en el campo epistemológico de la época. El “autoconocimiento” propone que a través de la filosofía

podemos alcanzar la verdad por nosotros mismos. Con esta herramienta conceptual la filosofía de la “mexicanidad” puede conducirnos a saber quiénes somos, de donde venimos y hacia donde queremos llegar. Es una propuesta cognitiva en favor de la apropiación del lugar, del terruño, para recuperar “lo propio” de nuestro lugar histórico y existencial en una modernidad avasallante que nos coloca continuamente como la extrañeza del pasado, o, inclusive, nos expulsa de su mundo del progreso permanente.

En su *Discurso de postulación por el PRI*, el 18 de enero de 1946, Miguel Alemán afirmaba que “la Revolución es un anhelo constante de mejoramiento y progreso del país. Sus principios, expresados en la Constitución y en las leyes que nos rigen, son instituciones que garantizan la vida de la República como nación soberana” (1946b). Esta soberanía se extendía a una identidad que, construida a partir del legado histórico, se visualizaba mexicana, no hispanista como el humanismo propuesto por Chico Goerne, ni soviética como el experimento cardenista. De este modo, se construía un engranaje bajo el cual se llamaba al pueblo mexicano a integrarse en un proyecto que se ajustaba a sus propios intereses, pero que sabía adaptarse al cambio en tiempos de progreso.

Portilla sostiene que la comunidad “representa una forma de asociación orgánica en la que el individuo no ingresa por decisión voluntaria, sino que se encuentra ‘siempre ya’ en ella y se desarrolla dentro de ella, ligado por una solidaridad de la que no es autor, movido por impulsos espontáneos, por una especie de voluntad esencial” (Portilla, 1984, p. 121). En dicho organismo, se deben realizar procedimientos contractuales para fines que el individuo sienta como propios y que coincidan con los objetivos de los otros integrantes.

Nuestro autor asume que no es posible situarse fuera de la comunidad nacional. Como mexicanos, cada acto individual afecta a toda la comunidad, ya sea positiva o negativamente, y también a lo largo del tiempo: “en cuanto mexicanos, somos corresponsables con todos nuestros compatriotas pasados y presentes de lo que México es, y con nuestros compatriotas pasados, presentes y futuros de lo que México será” (Portilla, 1984, p. 124). Portilla establece una responsabilidad compartida entre los mexicanos de diferentes épocas históricas, cuyas acciones trascienden el tiempo y moldean la estructura del país. Así, la historia es fundamental para comprender el presente. En Portilla, cada episodio histórico se vincula causalmente con otros, y lo que sucede en cada momento no es cuestión de azar, sino el resultado de acciones previas.

El discurso alemanista también alude a estos vínculos causales entre eventos:

> Nuestros principios revolucionarios entrañan lo que ahora es aspiración universal y son el camino certero que el mundo, en escenario más amplio, está tomando. La política agraria y las reformas sociales -como los contratos colectivos, el seguro social, los derechos sindicales- productos de la Revolución, son normas perfectamente justificadas y hoy constituyen objeto de respeto en nuestro país (Alemán, 1946b).

Alemán afirmaba que la situación actual era el camino hacia una aspiración universal, lograda gracias a la Revolución, que se consolidó en instituciones que continuaban la misma. El nacionalismo revolucionario se forjaba con un matiz en el que las reformas sociales eran la piedra angular del quehacer revolucionario. La Revolución ya no se caracterizaba por su radicalismo transformador, sino por el reformismo institucional.

Esta percepción de la Revolución puede vincularse al intelectualismo liberal antijacobino de los primeros años del conflicto armado, en donde funcionarios maderistas como Manuel Calero defendían “la legitimidad de una Revolución originaria, la maderista, que había intentado dar cauce constitucional a la caída del régimen porfirista” (Rojas, 2022, p. 27). Aquella Revolución originaria se caracterizaba por la demanda de una democracia efectiva, desviada por demandas de “aventureros” como Emiliano Zapata o Pascual Orozco. Otros intelectuales nacionalistas, como Jorge Vera Estañol, señalaban la Constitución de 1917 como “bolchevique” en lugar de “nacional” (Rojas, 2022, p. 83).

Los intelectuales del grupo Hiperión también vieron una desviación en el experimento cardenista, que fue corregida con un rumbo más acorde a aquella revolución originaria. En este punto, los intelectuales de finales de siglo vieron un giro hacia la derecha. A diferencia de la ideología de la mexicanidad, los autores revisados en el primer capítulo consideraron al cardenismo como la etapa más fiel a los principios revolucionarios, y su abandono por los gobiernos de Ávila Camacho y Miguel Alemán fue visto como una traición a dichos principios.

Sin embargo, la mexicanidad difería en diversos aspectos de una derecha tradicional, como la corriente hispanista o el fascismo internacional. No proponía la eliminación del “mexicano promedio” como el hispanismo, sino su transformación hacia la civilidad. La

mexicanidad no pretendía eliminar, sino adaptar al otro en una misión civilizatoria, llevada a cabo a través de la renovación espiritual promovida por el grupo Hiperión.

Para Leopoldo Zea, la Revolución mexicana dignificó el "alma" del mexicano, dando voz a quienes, desde la conquista, estaban sumidos en la explotación y exclusión por una burguesía sin sentido de pertenencia. Leopoldo estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde obtuvo su licenciatura y doctorado en filosofía. Fue alumno de Antonio Caso y José Gaos, y su pensamiento estuvo orientado hacia el estudio de la filosofía latinoamericana. Leopoldo Zea fue profesor e investigador en la UNAM y, fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CESLA) en la UNAM. Representó a México en foros internacionales como la UNESCO, impulsando el reconocimiento de la cultura y el pensamiento latinoamericano a nivel global. Además fue editor y colaborador en publicaciones como *Revista Mexicana de Filosofía* y *Cuadernos Americanos*.

Su trabajo anhelaba superar la subordinación cultural e intelectual de América Latina frente a Europa y Estados Unidos, promoviendo una reflexión desde la perspectiva de los problemas específicos del continente. Su pensamiento estuvo influido por el historicismo de José Ortega y Gasset, así como por las ideas de Hegel y el existencialismo. Abogó por una filosofía comprometida con la realidad social, política y cultural de América Latina, rompiendo con el eurocentrismo. Sus principales obras fueron *El positivismo en México* (1943), *Filosofía de la historia americana* (1948), *América como conciencia* (1953) y *Latinoamérica y el mundo* (1968).

Zea cuestiona la validez de la pregunta sobre el ser del mexicano, sugiriendo que el mexicano y su cultura se encuentran desprovistos de calidad humana según la cultura y filosofía occidental, que identifica como "la cultura universal". Esta filosofía, que hace referencia al hombre en general, excluye al hombre de América como propio de lo humano (Zea, 1953, p. 11).

Esta discriminación ha sido exacerbada por la modernidad occidental, que ha desprovisto de valores ilustrados al resto del mundo. Por ello, la mexicanidad busca integrar elementos propios de la cultura mexicana y dotarlos de dignidad humana, dado que los modelos occidentales no valoran lo mexicano. Según Zea, esta discriminación ha llevado al mexicano a afianzarse en sus tradiciones culturales, ya que la colonización ha arrebatado las

riquezas materiales, y la cultura ha permitido “defender el alma” de lo propio (Zea, 1953, p. 13). Partiendo de esta premisa de exclusión y discriminación, Zea propone una filosofía introspectiva que plantea la pregunta sobre la justificación filosófica o racional del empeño permanente en mantener la identidad cultural (Zea, 1953, p. 15).

Bajo este argumento de hegemonía cultural de un Occidente que humilla, discrimina y excluye a lo propio que caracteriza al *ser* del mexicano, “la filosofía de la mexicanidad”, desde la narrativa de Leopoldo Zea, hace un llamado a recuperar lo propio de la cultura nacional, y postula la defensa espiritual en el alma del mexicano que, “le ha hecho resistir y devolver los golpes” (Zea, 1953, p. 13). Esta inclusión de lo propio de lo mexicano fue adoptada por el nacionalismo revolucionario. La necesidad de una ideología nacionalista requería una propuesta teórica que afirmara una identidad propia; sin embargo, el hispanismo y el comunismo parecían negarla, además de polarizar ideologías políticas. De este modo, la adopción de la mexicanidad como doctrina de Estado se ajustó mejor a los intereses políticos del alemanismo.

Otra característica del nacionalismo revolucionario es que adoptó la mexicanidad como un elemento identitario específico de México. Así como el discurso intelectual se apoyaba en lo propio, la retórica política oficial también se basaba en este enfoque, en el que la Revolución se percibía como la solución doctrinaria del país, rechazando cualquier otra ideología ajena a México. Miguel Alemán, en su postulación como candidato a la presidencia, afirmaba: “La Revolución, en fin, ha mantenido en todas las épocas incólume la soberanía de la República; ha rechazado siempre ideologías e intromisiones ajenas a nuestra nacionalidad” (1946b).

Asimismo, la doctrina de la mexicanidad se apoyó en diversas expresiones culturales para destacar que la mexicanidad estaba constituida por un pasado glorioso que era importante recordar. Desde años antes, diversos escritores, periodistas académicos pretendían identificar y expresar los rasgos característicos del ser mexicano, marcando una continuidad entre el pasado indígena, el legado colonial y las aspiraciones revolucionarias del México moderno. Por ejemplo, Gregorio López y Fuentes, en su novela *El indio* (1935), presenta un retrato crítico de las condiciones sociales y culturales de las comunidades indígenas, pero lo hace bajo una óptica que subraya su potencial como símbolo integrador en el proyecto de unidad nacional.

La obra no solo ilustra la marginación histórica de los pueblos indígenas, sino que también los posiciona como parte esencial de una identificación compartida que debía reivindicarse.

De manera similar, las ideas de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) encuentran en Ermilo Abreu Gómez un portavoz comprometido con la popularización de los ideales revolucionarios. Sus folletos y escritos reflejan un esfuerzo por vincular la cultura y la literatura con las luchas sociales, enfatizando que el arte y las letras tenían un papel central en la formación de una conciencia nacional transformadora. En este contexto, los valores de la mexicanidad no solo remiten al pasado, sino que se proyectan hacia un futuro de justicia social y cohesión nacional.

Por su parte, Jorge Ferretis, en *Cuando engorda el Quijote* (1937), ofrece una crítica aguda a la adopción pasiva de filosofías extranjeras en México. Al insistir en la necesidad de pensar desde la realidad mexicana, Ferretis rechaza las imposiciones culturales que ignoran las particularidades históricas y sociales del país. Su obra puede interpretarse como un llamado a construir una mexicanidad arraigada en las experiencias locales, lejos de imitaciones externas que podrían desvirtuar la autenticidad del proyecto cultural nacional.

Estas expresiones culturales, como señalan Loyo y Aboites, ejemplifican cómo las artes y las letras se convirtieron en herramientas para explorar, definir y promover la mexicanidad en su dimensión histórica y política (2010, p. 638). En conjunto, estas contribuciones no solo reflejan el interés de la época por recuperar un pasado glorioso, sino que también destacan la importancia de la invención de raíces ancestrales como punto de partida de la nación imaginada. Un ejemplo rotundo de ello lo encontramos en las exposiciones de “arte prehispánico” que el gobierno mexicano promoverá internacionalmente, además de crear instituciones como el INAH (1939) y el INBA (1947) y consolidar su Museo Nacional de Antropología (1946-1964).

Esto también se refleja en el muralismo pictórico, que construyó una imagen estética que revaloriza “lo popular” de la mexicanidad, lo que dio visibilidad al campesinado y al proletariado principalmente. Las obras de David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera representaron un pasado prehispánico magnificente junto al heroísmo del pueblo mexicano para alcanzar su emancipación, desde la Independencia, hasta la Revolución. Así tenemos por ejemplo, los murales de Diego Rivera en el Palacio Nacional o en el Museo Regional Cuauhnáhuac (Palacio de Cortés), donde el pueblo, guiado por sus caudillos, muestra

una historia de superación de obstáculos en su camino hacia la emancipación. A través de su estilo característico, Rivera plasma una narrativa visual que enaltece el pasado indígena, critica la explotación colonial y celebra los ideales de la Revolución Mexicana como un parteaguas en la historia del país.

De manera similar, la retórica posrevolucionaria también llevó a una reconfiguración conceptual que otorgó un renovado sentido a la realidad de su tiempo presente. A su vez, el tiempo presente de la modernización provoca una resignificación del pasado. Se replanteó el papel del "pueblo" como el actor principal de la lucha revolucionaria, representando a los sectores mayoritarios del país, concebidos como el territorio de “los humildes”, “los pobres” y las mayorías (Pérez, 1999, p. 180). Así, el pueblo estaba principalmente representado por campesinos, indígenas y rancheros, lo que resultó en una propaganda muy efectiva a favor de la “integración” completa de los sectores históricamente excluidos de la construcción del proyecto nacional. De esta manera, la mexicanidad se diferenciaba claramente de propuestas más conservadoras que no contemplaban la inclusión de los indígenas en la nación moderna. En resumen, desde los ámbitos filosófico, cultural y político, se produjo una imagen gloriosa del pasado. Junto con la última y definitiva batalla por la justicia y la libertad, esta introspección consolidó la doctrina de Estado conocida como “nacionalismo revolucionario”.

### 2.2. El civilismo y la democracia modernista

Además de construir un pasado a su imagen y semejanza, el sexenio del desarrollo mexicanista forjó un retrato de su presente en términos modernistas, donde tanto el gobierno como los ciudadanos debían transformar su comportamiento para adaptarse al nuevo tiempo. La época de “la barbarie” de la lucha armada debía quedar atrás para resolver los conflictos de manera “civilizada” a través de las instituciones creadas por la Revolución.

La creación de la nueva Ley Electoral en 1946 buscaba proyectar esta imagen de civilidad, en la que, mediante una organización propia de las instituciones revolucionarias, las imposiciones y tomas violentas del poder quedaran en el pasado. Esta ley marcó un cambio importante en la centralización del control electoral en México, quitándoles toda intervención a las autoridades estatales y municipales, con la creación de la Comisión Federal de Vigilancia Electoral (CFVE). Este organismo regulador electoral quedó inserto en la Secretaría de

Gobernación. La Ley también estableció que los partidos políticos debían registrarse ante las autoridades gubernamentales, eliminando la posibilidad de que las entidades federativas determinaran las reglas para el reconocimiento de partidos locales en elecciones nacionales. Según Miguel Alemán, “el Partido Revolucionario Institucional no debe ser una máquina de imposición, sino un órgano con procedimientos de tal naturaleza que realice una auténtica función cívica y democrática” (1946b).

La concepción de la revolución como un proceso reformista será la tónica dominante en la época desarrollista. El civilismo y la emergencia democrática como sistema de gobierno fueron exaltados frente a otras formas de organización. La comunidad nacional tuvo que reconocer la nueva etapa como legítima, pues, en sintonía con otros procesos políticos vividos, la Revolución se presentó enmarcada dentro de un proceso progresista, en el cual el Estado amplía su control bajo una retórica integradora. En este sentido, se considera que la modernización del concepto de “revolución” “adquirirá un carácter instrumentalista para justificar fines preexistentes” (Zermeño, 2015, p. 72), como en este caso, para homogeneizar a la población en una identidad nacional centralista que favorecía la unificación cultural y política de la población, en detrimento de las diversidades étnicas, regionales y sociales.

Esto revela un proceso constitutivo en el que, nuevamente, el ciudadano común tiene en gran medida la responsabilidad de transformar su actitud hacia la civilidad para lograr los cambios deseados. A diferencia del pasado, en el que el mexicano vivía únicamente en el presente inmediato, la modernidad civilista le exhortaba a prever cómo sus acciones en el presente podrían transformar el futuro. Si estas acciones apoyaban el proyecto gubernamental de nación, se podrían evitar los obstáculos del pasado, donde la falta de confianza y la desunión habían impedido que cualquier proyecto prosperara y beneficiara a la nación.

Volviendo a Jorge Portilla, el filósofo aborda una responsabilidad comunitaria a lo largo del tiempo. Su premisa sugiere que, debido a la falta de apoyo comunitario hacia los proyectos nacionales, el progreso seguía estancado. Esto parece ser un llamado al pueblo mexicano para que, en su presente, apoyara la política estatal para superar el vicio por el cual el extranjero caracterizaba al mexicano como alguien que “deja siempre todo para mañana”. Portilla argumentaba que “nada refrena tanto el ímpetu activo como la incertidumbre sobre el modo en que será recibida la obra realizada” (Portilla, 1984, p. 130). Por ello, es fundamental este llamado a los mexicanos para expresar su apoyo total al proyecto modernizador del

gobierno, donde la nueva percepción de “revolución” se presenta como un instrumento ideológico crucial.

Según su perspectiva, mientras en el pasado no se sabía qué esperar respecto a la posición de cada uno en la comunidad, en su presente no había otra opción que confiar plenamente y entregarse al proyecto modernista. Mientras que en el pasado se formaron “camarillas” que, al no confiar en su país, priorizaron el beneficio individual sin considerar las necesidades e intereses generales, el presente se ofrece al intelectual como algo distinto, donde el accionar debía estar enfocado en los intereses de la nación colectiva.

Mientras que en el pasado la acción fue fallida, debido a que la desarticulación comunitaria hacía que el mexicano se volviera introvertido, melancólico y desesperanzado, el presente se ilustraba como dinámico, moderno y progresista gracias al trabajo conjunto. A diferencia del pasado, en el que solo quedaba "defender lo ya ganado" y "conformarse con lo que ya se tenía" (Portilla, 1984, p. 131), la situación de mediados de siglo apuntaba, según el filósofo, a un futuro prometedor. Para lograrlo, era necesario concentrarse en el presente, ser productivos y apoyar la política estatal.

La mexicanidad se desentendía de ideologías de izquierda o derecha, y apostaba por la unidad y el consenso entre los radicalismos. Los nuevos gobernantes tenían una visión nacionalista respaldada por su formación universitaria, que les confería un aura de "capacidad" y civilismo, en contraste con la barbarie violenta de los generales revolucionarios. El relato señala cómo, con el tiempo, la comunidad nacional vio que el funcionario no actuaba como representante del Estado, sino como representante de sus intereses personales. El horizonte comunitario estatal se desvaneció, dejando solo las relaciones con los particulares, que se convirtieron en relaciones personales. La etapa contemporánea logró superar estos vicios, brindando al país una luz de esperanza que le permitió desarrollarse como una nación moderna.

La forma en que Jorge Portilla representa el pasado del mexicano en su narrativa produce efectos en su presente al darle un nuevo sentido a la realidad. Si nos habla de la desconfianza y la desarticulación de la sociedad mexicana como causas principales del atraso social, entonces sugiere, la unión en el proyecto democrático-modernizador. Así, su propuesta implica un rompimiento con el pasado y un compromiso en el presente para mejorar el futuro.

El discurso político se apoya en ese relato de los intelectuales para dar coherencia a su pasado. El porfiriato resultó una mala experiencia, pero fue necesario para la gesta revolucionaria. La revolución armada había quedado obsoleta, aunque fue necesaria para llegar a la época del civilismo, que debía superar aquellos aspectos del pasado. La memoria obligaba a representar estos elementos de manera que su existencia tuviera sentido respecto a la situación que se pretendía legitimar.

La Revolución se presentaba como el vehículo ideal para conducir al país por el mejor camino. Miguel Alemán expresaba que "de la Revolución venimos y vamos con sus principios a abrir un nuevo capítulo en la historia de nuestro país" (1946a). Sin embargo, como puede leerse en las palabras presidenciales, la Revolución aparecía como legado de un pasado que había heredado valores que permitirían encausar el porvenir.

Este rompimiento con el pasado puede analizarse como una de las formas de olvido descritas por Frank Ankersmit, quien señala que "al entrar en un mundo nuevo, dejamos 'uno que hemos perdido'" (2010, p. 343), sugiriendo que el olvido es una condición para adquirir una nueva identidad colectiva. De este modo, el intelectualismo de los años cuarenta también se vio obligado a objetivar su pasado para disociarse de él y adoptar una nueva identidad.

En la narrativa de Leopoldo Zea también se puede identificar esta ruptura con el pasado, que, como hemos visto, se constituyó como fundamento de la filosofía de la mexicanidad. Aunque Zea presentó un relato histórico sobre el pasado de lo mexicano, este aspecto es contemplativo y no un ejemplo a seguir en el presente. La fórmula propone una ruptura en la que se debe dejar atrás lo ya hecho e iniciar un nuevo comienzo constitutivo. Zea conceptualiza el pasado como aquello que ha llevado al mexicano a ser lo que es, pero que no coincide con "lo que desea ser". En ese sentido, el mexicano niega su propio pasado en lugar de aceptarlo, lo que le impide superarlo. El pasado, que parece ser una carga para el mexicano, debe convertirse en soporte del proyecto mexicanista, en el que el sujeto tenga confianza en sí mismo y en su potencial para desarrollarse como un ser humano moderno.

Aunque se apela a la noción de progreso modernizador y a la activación de las fuerzas productivas de la sociedad para avanzar hacia un estado de cosas mejor, estas ideas "modernas" fueron identificadas por la historiografía de finales del siglo XX como derechistas, ya que cancelaban el radicalismo cardenista de 1935-1938[19].

[19] La renuncia a la identidad anterior, aquella referente al radicalismo cardenista, a la política agraria-popular, centrada en la vida campesina, tuvo un impacto a largo plazo. Fue objeto de una especie de “nostalgia” por parte del intelectualismo

Aunque el llamado a la renovación espiritual apelaba al pasado, el planteamiento no era reproducir un modelo, sino retomar ciertos aspectos culturales identificados como "propios" de la mexicanidad en su carácter ontológico, para darle forma a una identidad cultural que combinara esos elementos con otros tomados de la cultura universal. El modernismo de la propuesta del filósofo mexicano radicaba en fusionar la cultura local con aspectos de la cultura moderna para construir una identidad nueva acorde a la condición presente del mexicano. La posibilidad de ver en el desarrollo material del país nuevas tecnologías que comenzaban a inundar el mercado prometía un futuro esperanzador. No es de extrañar que se dijera que en esa época "la Revolución se baja del caballo y se sube al Cadillac", ya que los automóviles, emblemas del creciente capitalismo en el país, mostraban que "una nueva época" estaba adentrándose en la sociedad mexicana.

No obstante, la historiografía contemporánea coincide en que el crecimiento material y la industrialización de la producción no pudieron superar el subdesarrollo. Los estándares de calidad de vida de la mayoría de los mexicanos seguían siendo bajos, las desigualdades sociales crecieron, el campo fue abandonado y las prácticas corruptas se reprodujeron. Aunque se promovía una política proteccionista, el presidente Miguel Alemán otorgó generosas concesiones al sector privado en diversas áreas productivas (Padilla, 2015, p. 22). Sin embargo, es importante señalar que las propuestas de Leopoldo Zea y Jorge Portilla iban más allá de la cooptación ideológica del nacionalismo revolucionario. Zea emprende, por primera vez, una crítica al eurocentrismo de la filosofía occidental. Mientras que Portilla ahonda en la pregunta clave: ¿Qué significa ser mexicano? La crítica a Occidente debía asumirse como una autocrítica y un desafío epistemológico sobre la noción del “ser diferente”. Estas ideas deben comprenderse en su realidad histórica concreta: la etapa constructiva de la revolución avizoraba con optimismo el horizonte de expectativa del futuro exitoso.

En este contexto, los hiperiones contribuyeron a la construcción de representaciones hegemónicas de la mexicanidad, superponiéndose a otras perspectivas. Promovieron una visión predominante del pasado y el presente, interpretando tanto los vicios como las virtudes de la cultura mexicana. A través de su discurso, los hiperiones crearon un "común denominador de lo que la gente asocia habitualmente" (Ankersmit, 2011, p. 70) al reflexionar

que cuestionó el giro desarrollista. Podemos pensarlo en términos de Frank Ankersmit (2010, p. 343) como una forma de olvidar que tiene una relación traumática con su pasado, de modo que ésta seguirá manifestándose permanentemente. Es por ello por lo que el cardenismo permaneció como parte de la condición histórica y que en determinado momento fue rememorada como un momento histórico que no debió ser dejado de lado.

sobre el pasado y el presente. Su perspectiva estableció un marco de referencia único que delimitaba cómo la sociedad entendía y evaluaba su propia identidad cultural.

La trama anticolonialista de Zea y de otros hiperiones fijó el pasado del mexicano como una lucha por diferentes dimensiones de su conformación como sociedad en el que, a raíz de la revolución de 1910, el mexicano dignificó su existencia ante la cultura universal. "Múltiples libertades se hicieron patentes y, con ellas, las voluntades de hombres a quienes, hasta ayer, se les había venido negado tal calidad" (Zea, 1953, p. 68). Según este relato, la Revolución dotó al mexicano de humanidad y lo liberó del sentimiento de inferioridad que había albergado desde la Conquista española. Sin embargo, también glorificó a la nación y a sus integrantes, quienes tuvieron la oportunidad de romper con ese pasado y aspirar a un futuro mejor. En ello radica que los gobiernos abanderaran la Revolución como el fundamento máximo de la mexicanidad y que esta se convirtiera en el emblema de cada administración, con la idea de la revolución permanente y asignándole una diversidad de etapas y características cambiantes con el tiempo.

En su narrativa, Leopoldo Zea hace referencia a la Guerra Fría en su versión mexicana. Considera que la Revolución y la mexicanidad enfrentaban la amenaza de "teorías y doctrinas importadas, todos los modelos de soluciones sociales aprendidos en libros o vistos en tierras extrañas" (Zea, 1953, p. 68). Zea argumenta que durante esta etapa, se rechazaba el radicalismo cardenista, el cual era percibido como una versión del comunismo extranjero, una ideología ajena que buscaba imponerse en México. A su vez, la mexicanidad fue presentada como una alternativa viable para resolver los problemas nacionales, basada en la recuperación de las raíces filosóficas del pasado, pero adaptadas a los desafíos y cambios del presente.

El alemanismo fue concebido como una neutralización de la doctrina exótica que se había propagado durante el periodo anterior y como el medio por el cual el mexicano podría reconocerse a sí mismo, su pasado, su presente y sus aspiraciones futuras. Sin embargo, desde el análisis historiográfico de investigadores como Luis Javier Garrido, Blanca Torres, Luis Medina y Barry Carr[20], se ha señalado que ese sexenio presidencialista representó la victoria del ala derecha del Partido Revolucionario Institucional. Estos analistas destacan la neutralización de las izquierdas, pero no hacen lo mismo con las derechas “tradicionales”.

[20] Dicha historiografía que comienza a escribirse en menos de cuatro décadas a la época de la transición civilista fue una historiografía que no pudo desprenderse de sus ataduras temporales en las que, se ve en la necesidad de historizar un pasado del que sus autores son partícipes.

Ninguno de los textos historiográficos revisados en el capítulo I indica que el nacionalismo revolucionario haya mantenido a raya las propuestas explícitamente reaccionarias y conservadoras, como sí lo hizo con las propuestas radicales de izquierda.

El discurso de la mexicanidad se esforzó por presentar su narrativa como desprovista de ideologización política, tratando de contrarrestar y mediar los radicalismos y posturas ajenas. Los gobiernos de los años cuarenta y el PRI se presentaron a sí mismos como orientados hacia una política de centro, mediando entre el ala revolucionaria de la izquierda radical y la derecha conservadora de la época. No obstante, el alemanismo y su política modernizadora son percibidos por la historiografía de finales de siglo como "otra derecha" que se camufló entre los ideales revolucionarios.

Lo que se puede entender es que, con este intento de mediación entre ideologías, el régimen trató de proyectar una imagen más democrática e inclusiva. El mismo Miguel Alemán afirmaba que "la libertad política era otro fruto revolucionario", precisando que solo a través de la democratización de un gobierno ajeno a las ideologías podría llevar a cabo su misión, y que también se habían logrado realidades emanadas de la Revolución, como "la libertad de expresión, de pensamiento, de prensa, de creencias, de trabajo y de producción" (Alemán, 1946b).

Aunque en su propuesta, Zea sugería dejar de imitar modelos ajenos, también proponía tomar de "la cultura universal", la occidental, los elementos necesarios para construir un modelo original que permitiera al mexicano desarrollarse plenamente. Los valores democratizadores y modernos de la civilidad parecían ser los que, tanto en el discurso filosófico como en la retórica política, se adoptaron como parte de la mexicanidad.

La narrativa de Zea, como representación, satisfizo criterios de verosimilitud, pues en su trama épica, el mexicano era, "en su mente y consciencia, aquel que se asentaba sobre un mundo ajeno e imponía sus propios puntos de vista" (Zea, 1953, p. 69). Así, emprendía un nuevo rumbo hacia la grandeza espiritual. Después de haber permanecido al margen de las imposiciones occidentales y de ser rechazado por la historia, la ciencia y la cultura ilustrada, la conciencia de los hombres marginales "se proyectaba sobre el mundo que se les había querido imponer, adaptándolo a sus necesidades" (Zea, 1953, p. 69). La propuesta de Zea no solo plantea una narrativa en la que todos los individuos, sin importar su condición previa, pueden contribuir al desarrollo nacional, sino que también define una ontología –una concepción del

ser– que busca integrar y democratizar a la sociedad. Lo que observamos en consecuencia es que más que una filosofía metafísica, se trata de una filosofía de “la acción”, es decir, de llevar a cabo una práctica de superación de los atavismos y traumas históricos de México. Este enfoque resulta funcional para las necesidades del gobierno, ya que fomenta un sentido de unidad y pertenencia que refuerza la legitimidad de las reformas en el proceso revolucionario. De esta manera, el discurso de Zea no solo articula una filosofía incluyente, sino que también opera como un mecanismo para consolidar el apoyo popular hacia los cambios promovidos por el Estado. Y qué mejor manera que proyectar a las clases trabajadoras como parte de esa transformación.

La Revolución le había dado al mexicano un principio creador, a partir del cual el indio representó el espíritu de lo propio y matizó “todas las expresiones culturales, sociales, políticas y económicas del país” (Zea, 1953, p. 69). Esta trama heroica se adaptó a una serie de relatos sobre el pasado, proporcionando coherencia a la narrativa filosófica de la mexicanidad. Como representación, esto tiene “coherencia” y “consistencia”, aunque no se refiere a la veracidad en la realidad, sino en el relato.

La filosofía de la mexicanidad promovió esta representación de lo mexicano, donde la identificación con el gobierno alemanista resultó fundamental para impulsar el proyecto modernista. Emilio Uranga identifica este proyecto como “el desarrollo material del país y la confianza en la labor del gobierno” (1952, p. 398), un gobierno que se apegaba a la mexicanidad en oposición a fórmulas exóticas que nada tenían que ver con la realidad propia.

Es importante no pasar por alto que esta retórica democratizadora, tanto en el ámbito intelectual como en el discurso cotidiano de los políticos, generó fuertes críticas que cuestionaron el carácter civilista y moderno representado por otros sectores como demagogia gubernamental. En gran medida, se acusó al régimen de haber abandonado “los verdaderos principios revolucionarios” por un teatro montado sobre el mito revolucionario.

Si por un lado se afirmaba que la esencia de las instituciones públicas era la democracia, en donde el principio gubernamental reside en el beneficio de la vida común (Alemán, 1946a), por otro lado, se sugería que esto funcionaba más bien como retórica de una revolución traicionada. Algunas obras literarias de la época, como *El Gesticulador* de Rodolfo Usigli, presentan esta crítica. Publicada en 1938 y censurada en su estreno en 1947, esta obra denuncia la hipocresía y el vacío de las promesas revolucionarias en el México

posrevolucionario. A través de la figura de César Rubio, el protagonista, Usigli expone cómo los discursos revolucionarios han sido transformados en herramientas de manipulación y legitimación del poder.

En el drama, César Rubio, un académico fracasado, asume una identidad falsa como héroe revolucionario para obtener poder político. Esta construcción de una identidad ficticia simboliza el vacío y la falta de autenticidad en la representación política de la época. Rubio se convierte en una alegoría de los líderes que utilizaban la retórica revolucionaria para justificar sus acciones, aunque estas estuvieran desconectadas de los ideales originales. Usigli retrata un México en el que la historia gloriosa de la Revolución se reduce a un recurso simbólico, manipulado para mantener el control sobre la población y perpetuar un sistema corrupto.

La obra también destaca cómo la falta de una identidad genuina afecta no solo a los individuos, sino al proyecto nacional. La historia es evocada únicamente como una memoria funcional, seleccionada y reinterpretada para legitimar el presente, en lugar de servir como un punto de reflexión crítica. En este contexto, Usigli articula una crítica al gobierno federal y, específicamente, a los líderes que, a pesar de su elocuencia y habilidad política, carecen de "verdaderos principios revolucionarios" y traicionan los ideales de justicia, igualdad y democracia que dieron origen al movimiento revolucionario.

Por lo tanto, *El Gesticulador* no solo es una denuncia de las traiciones a los ideales revolucionarios, sino también un examen profundo de cómo la identidad nacional y política se construyen a partir de representaciones ficticias, donde la memoria histórica es manipulada para sostener narrativas de legitimación del poder. La censura de la obra refleja el rechazo oficial a cuestionamientos que ponían en evidencia las contradicciones y los fallos del régimen.

La Revolución como legado, apelada para obtener aceptación social, solo se manifestaba como discurso, ya que sus principios estaban siendo sepultados, olvidados o reformulados con un enfoque completamente distinto. Los héroes de esa lucha eran utilizados simbólicamente como figuras representativas que justificaban las políticas del partido en el poder. También se puede observar una crítica semejante en los cuentos de Juan Rulfo. En *Nos han dado la tierra*, un funcionario de la burocracia gubernamental se presenta con un grupo de campesinos solicitantes de tierras y les entrega su dotación, un llano estéril en donde no sería

posible la siembra de ningún tipo de cultivo, y aunque “los beneficiados” intentan establecer un diálogo, el funcionario no tiene la disposición.

“Del pueblo para acá es de ustedes” (Rulfo, 2004, p. 26), les dijo el delegado del gobierno a los hombres, para que firmaran los papeles de su dotación, y no tuvieron oportunidad de decir que esa no era la parte que querían, sino lo que estaba junto al río, donde sí había agua. “El delegado no venía a conversar” (Rulfo, 2004, p. 26), no venía a negociar, sino a entregar lo que ya estaba decretado, lo que el gobierno revolucionario les estaba “entregando paternalmente”.

Estas características “civilistas” definían el carácter democratizador del gobierno. Ya no eran los caciques locales quienes controlaban las tierras y aguas de las comunidades, sino el gobierno revolucionario y su gestión “imparcial” de los beneficios nacionales. Cualquier reparto o dotación se realizaba a través de la reforma agraria y las instituciones correspondientes, y la inconformidad parecía inconcebible. ¿Quién podría oponerse a un gobierno que atiende las solicitudes del pueblo?

### 2.3. La modernización desarrollista del alemanismo

Otro de los elementos integrados al imaginario social a través de diversas narrativas fue la modernización desarrollista, que se estableció como una necesidad de primer orden durante los gobiernos de la década de la década de 1940. La política desarrollista se centraba en el porvenir, en la imagen de un país próspero que solo podría edificarse mediante la industrialización de México.

El desarrollismo es una corriente teórica y política que surgió en el contexto de la posguerra como respuesta a los desafíos económicos y sociales que enfrentaban los países en desarrollo. Influenciado por las teorías económicas de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), liderada por Raúl Prebisch, este enfoque propuso estrategias para superar la dependencia económica de las naciones latinoamericanas respecto a los países industrializados.

Desde una perspectiva teórica, el desarrollismo sostiene que existe una división internacional del trabajo que ubica a los países en desarrollo como proveedores de materias primas y bienes de bajo valor agregado, mientras que las economías industrializadas se

especializan en la producción de bienes manufacturados y tecnología avanzada. Esta dinámica perpetúa térmcimentando las posibilidades de ese futuro en el desarrollo material del país. Así, el nacionalisinos de intercambio desfavorables para las economías periféricas, limitando su capacidad de crecimiento autónomo y exacerbando las desigualdades globales.

En este contexto, la CEPAL propuso políticas de industrialización por sustitución de importaciones como estrategia central del desarrollismo. Este enfoque buscaba promover el crecimiento económico mediante la diversificación productiva, la inversión en infraestructura, el fortalecimiento de las capacidades tecnológicas locales y la protección de la industria nacional frente a la competencia extranjera. Además, la intervención estatal era considerada fundamental para coordinar y dirigir el desarrollo, rompiendo con las limitaciones impuestas por el mercado.

El desarrollismo no solo tenía implicaciones económicas, sino también sociales y políticas. Abogaba por la modernización de las instituciones, la urbanización y la integración de las masas campesinas al mercado laboral formal. En el caso del alemanismo, estas ideas se tradujeron en políticas orientadas a consolidar un proyecto modernizador que promoviera tanto el crecimiento económico como la estabilidad social, enmarcado en un contexto de legitimación del Estado posrevolucionario.

Las condiciones económicas de la época fueron presentadas en el ámbito intelectual como un optimismo inherente al carácter del mexicano, lo cual brindaba la posibilidad de un futuro con mejores condiciones de vida. Emilio Uranga, por ejemplo, afirmaba que, en su presente, “teoría del mexicano y teoría optimista del mexicano equivalen ilimitadamente” (1952, p. 389). No se trataba del optimismo estético del siglo XVIII, que él describe como “de posición y disfrute de algo que se dispone”, sino de un optimismo basado en los recursos minerales que podrían haber significado un crecimiento económico para el país. Uranga también hacía referencia a la cultura, concebida en aquella época como un acervo de conocimientos que permitía “inventariar semejantes bienes materiales”. Era un optimismo basado en “lo dado”, que encabezado por los criollos, solo necesitaba ser socializado (Uranga, 1952, p. 407).

Superando esta noción de optimismo, Uranga integró en su relato el trabajo, con el fin de reemplazar la idea de “lo dado”. Según su propuesta, la falta de trabajo había impedido que la riqueza natural permitiera al sujeto mexicano alcanzar el estatus social deseado, llevándolo

al pesimismo por su desventura. Sin embargo, el contexto en el que los universitarios fundamentaban su actuar en la técnica moderna creó un ambiente en el que el optimismo tenía "mejores bases" para la superación material y espiritual.

El relato de Uranga permite identificar una trama épica en la que él definió su propio presente como una época que requería una confianza en la que "hayamos de realizar un trabajo que no se puede permitir desmayo y abandono" (1952, p. 408). Después de una serie de procesos en los que el país había oscilado entre "la pena y la gloria", se había llegado a un momento de esplendor en el que el héroe, el sujeto mexicano, no solo tenía todo a su alcance, sino también un líder que lo exhortaba a aprovechar la riqueza material y cultural, dedicando todo su esfuerzo al desarrollo del país.

El relato asegura que "lo que cuenta es el trabajo en vías de realización, 'la pluma en la mano'. Estamos en un periodo de forja y ejecución. Se bocetan grandes proyectos de obra, y asistimos cada día al levantamiento de esa obra" (Uranga, 1952, p. 408). Esta narrativa romantiza el presente, dotándolo de un estatus superior y sugiriendo que los tiempos de optimismo debían aprovecharse para que la obra de la mexicanidad sobresaliera como nunca.

El discurso gubernamental también llamaba a enfrentar los problemas nacionales a través de la cooperación decidida y sincera de todo el pueblo mexicano. El presidente Miguel Alemán expresaba la necesidad de elevar la capacidad de México en la producción, impulsando la "Campaña de Recuperación Económica de México", y exhortando "a todos los mexicanos para que la respalden con energía y entusiasmo" (Alemán, 1947). Esta campaña buscaba la integración de los mexicanos en la producción y el engrandecimiento industrial.

Esto se traducía en grandes obras de infraestructura e industrialización que el gobierno realizaba para impulsar el crecimiento económico del país. Por ejemplo, mientras que hasta la década de los treinta el país estaba principalmente conectado por ferrocarriles, se dio paso al predominio de las carreteras, que conectaron grandes ciudades y polos desarrollados (Martínez, 2004, p. 197). Las redes carreteras en expansión y la velocidad a la que permitían trasladar mercancías ofrecían una visión del futuro en el presente. La perfección de los trazos que atravesaban ejidos a grandes velocidades representaba el progreso frente al atraso de las comunidades que las carreteras cruzaban. Por ejemplo, se inauguró el tramo más largo de la carretera Panamericana, que recorría desde Ciudad Juárez, Chihuahua, hasta Ciudad Cuauhtémoc (antes El Ocotal) en Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala (UNAM, s/f).

En su Segundo Informe de Gobierno, Alemán detallaba diversas carreteras construidas, reparadas, pavimentadas, terminadas o revestidas, como la Carretera Nogales-Guadalajara, pavimentada hasta Hermosillo en doscientos noventa y seis kilómetros, o la Carretera México-Ciudad Juárez, cuya pavimentación se completó en un 90%. El presidente también señalaba que “el Departamento de Planeación y Fomento de Carreteras Vecinales inició sus actividades con miras a ligar, con los grandes caminos federales, las regiones más aisladas de las vías de comunicación” (Alemán, 2006, p. 64).

Además del aspecto desarrollista, este último punto revela el interés gubernamental por “integrar” a cada comunidad y a cada ciudadano en el proyecto nacional. En el contexto de la modernización alemanista, se percibía la necesidad de que la mano de obra de cada rincón del país estuviera al servicio de los grandes proyectos desarrollistas, ya que, como señalaba el presidente, “cada mexicano debe ser un soldado en la gran batalla por el engrandecimiento industrial de México, única forma en que podremos abatir el alto costo de la vida y fortalecer nuestra independencia económica” (Alemán, 1947).

El optimismo del mexicano en esa época se basaba en la confianza en los avances técnicos que mejorarían la vida, en la aceleración de la producción y en la confirmación de su estatus como país moderno. El desarrollo material y la confianza en el gobierno fueron los ejes sobre los cuales se construyó un porvenir prometedor, y que la filosofía de la mexicanidad utilizó teóricamente para producir una ruptura con el pasado, la tradición y lo antiguo en favor de un mañana esperado.

Leopoldo Zea presenta una visión del desarrollo que toma elementos del modelo occidental, pero ajustándolos al contexto latinoamericano. En este sentido, sugiere, aunque integrando algunos aspectos espirituales relacionados con “lo propio”, seguir un camino similar en lo que respecta al desarrollo material. Solo de esta manera el desarrollo del país tendría sentido, ya que coincidiría con la conceptualización que se tiene sobre el mismo. Además, dado que Occidente se ha establecido hegemónicamente como la cultura “universal”, muchas otras culturas han reconocido en ella una “superioridad” en ciertos aspectos de la existencia. En consecuencia, han intentado imitar, ya sea, las técnicas industriales, las formas de entretenimiento o el modo de vestirse (Levi-Strauss, 1999, p. 11).

La propuesta de desarrollo de Leopoldo Zea sugiere asimilar lo necesario de la cultura occidental, pero conservar algunas características tradicionales que definen la mexicanidad.

Además, proponía considerar las condiciones sociales del país a partir de la revolución para edificar una identidad original. De esta manera, se busca distinguir lo propio de la mexicanidad respecto a los rasgos “universales” de la cultura. Así, el pasado se integra en el presente al retomar elementos funcionales de forma superestructural en la configuración de una nueva identidad, que proyecta una expectativa de futuro en cuanto al desarrollo material. Para lograr esto, los esfuerzos debían centrarse en el presente, el cual ofrecía las posibilidades necesarias para alcanzar la meta del futuro deseado.

A la vez, dichos elementos esencialistas debían construirse a partir de la situación en la que se encontraba el país. El existencialismo de Leopoldo Zea se articula en torno a la idea de que la identidad del mexicano no es una esencia predefinida ni una abstracción universal, sino una construcción histórica determinada por sus propias circunstancias. A diferencia de los enfoques esencialistas que buscaban definir la mexicanidad a partir de rasgos fijos heredados de la tradición indígena o hispánica, Zea propuso que la identidad debía entenderse desde la experiencia concreta de la posrevolución, un periodo marcado por el conflicto entre tradición y modernidad, entre el pasado rural y el proyecto de industrialización del Estado.

> La filosofía, en su fondo, siempre ha sido pragmática, ya que, aunque no se lo admita a sí misma, siempre ha andado en busca de orientaciones para el actuar en el mundo: su conclusión última no es un bello silogismo, sino un principio de acción. (Dicho sea de paso, este pragmatismo, este propósito de generar y guiar prácticas concretas, estaba muy en consonancia con las filosofías de Caso y Ramos). (Cuéllar, 2020, p. 8).

Desde esta perspectiva, la filosofía de la mexicanidad no podía limitarse a reproducir los modelos europeos de pensamiento, sino que debía apropiarse críticamente de ellos para responder a las problemáticas propias del país. La noción sartreana de que la existencia precede a la esencia encuentra eco en la propuesta de Zea: el mexicano no es algo dado de antemano, sino que se define a través de sus acciones y de la manera en que asume su circunstancia histórica. Esto implica que su identidad se construye en el proceso de modernización impulsado en la posrevolución, donde la clase media urbana, la burocracia

estatal y la tecnocracia emergente fueron vistas como los sujetos llamados a liderar el destino nacional.

Sin embargo, este enfoque también tuvo implicaciones ideológicas. Al concebir la identidad como un proyecto en construcción, Zea contribuyó a justificar el giro desarrollista de los años cuarenta, donde la transformación del país se entendía como un deber histórico. La mexicanidad, entonces, no era un retorno al pasado, sino una apuesta por el futuro, un ideal que legitimaba la modernización del Estado y la centralización del poder en la nueva élite universitaria y burocrática. Así, el existencialismo de Zea, aunque crítico de las imposiciones externas, terminó alineándose con una visión del progreso que, en nombre de la autenticidad, consolidó un discurso que excluía otras formas de identidad y resistencia dentro de la nación.

Un ejemplo que ilustra esta combinación de tiempos históricos, material y culturalmente, es la modernización del puerto de Acapulco durante el gobierno de Miguel Alemán. De ser una comunidad rural, esencialmente agraria y rústica, Acapulco se transformó rápidamente en un puerto turístico durante la segunda mitad del sexenio de Alemán. En el lugar se mezclaban elementos del pasado colonial, ya que “en sus calles se respiraba la tradición y la historia mexicanas”, pero también era un lugar moderno, con “construcciones que podían competir con las de Miami o cualquier otro puerto estadounidense o europeo” (Lemus, 2016, p. 222). Este representaba el México del futuro al que Zea y su grupo intelectual se referían.

La vida pueblerina del puerto de Acapulco fue relegada al pasado para dar paso a un lugar que combinaba un espíritu tropical y una cultura exótica, pero moderna, que había superado el atraso social de la rusticidad. El puerto se transformó en un lugar de grandes residencias y hoteles lujosos, adecuados para zonas turísticas de primer mundo. La vida del pasado, predominantemente campesina, que exigía el traslado de los habitantes locales en burros y caballos debía desaparecer para dejar lugar al transporte motorizado. Todo rastro de “fealdad” y “suciedad” tuvo que ser eliminado. No debía haber perros callejeros, banquetas sucias ni borrachos en las bancas de las avenidas. Acapulco tuvo que transformarse para presentar una imagen atractiva al público nacional e internacional, como un símbolo del México del futuro.

Durante el sexenio alemanista, se hizo un gran énfasis en el puerto de Acapulco. En su primer informe, el presidente anunció la construcción del camino de Acapulco a Zihuatanejo y

diversas obras marítimas, incluida la terminación del malecón y la continuación del varadero de Icacos (Alemán, 2006, p. 35). En el segundo informe, se destacó la ampliación del aeropuerto y una serie de obras valoradas en ocho millones de pesos, con cuatro millones más destinados durante el año en curso. Entre las obras mencionadas se encontraban la reparación del Hospital Civil, la construcción del malecón de turismo, la instalación de alumbrado en la calzada costera, la construcción de la carretera costera, el acueducto y el estacionamiento Caleta (Alemán, 2006, p. 68). En el tercer informe se reportó la culminación de la calzada costera, la conclusión del acueducto y un tanque de almacenamiento de agua, además del inicio de un edificio comercial y un estacionamiento (Alemán, 2006, p. 119).

Sin embargo, parece que mientras algunos lugares estaban siendo transformados por completo, como Acapulco con su notable infraestructura, otros lugares con menor interés económico solo necesitaban ser conectados mediante carreteras a los principales caminos federales. Incluso, para transformar el puerto completamente, el gobierno federal expropió los ejidos de la zona costera, reubicando a los afectados en las afueras de la costa, otorgándoles vivienda y diez mil pesos para iniciar un nuevo negocio (Lemus, 2016, p. 216), cambiando su forma de subsistencia, ya que su ocupación anterior como campesinos había desaparecido.

El Acapulco del pasado ya no existía, y se convirtió en un modelo a seguir para todo el país. En los lugares donde el gobierno decidía intervenir para transformar los espacios, era en nombre del progreso. La fuerte inversión en infraestructura y la venta de terrenos permitió la construcción rápida de hoteles para el turismo nacional e internacional. Junto con un intenso programa de propaganda, se proyectó una imagen del puerto que atrajo rápidamente a numerosos visitantes, quienes encontraron en Acapulco el exotismo y la modernidad de un México “ideal” en construcción.

La modernización implementada por el alemanismo se percibe como un adelanto del futuro cercano, siendo la espera del presente lo que otorga vigencia a esta posibilidad, en gran medida influenciada por el “American way of life”. En el artículo “La construcción visual de la felicidad y la convivencia familiar en México”, Sosenski y López León ilustran cómo el consumo es proyectado por diversos medios de comunicación, desde carteles hasta radio, televisión y prensa, como “un conjunto de prácticas a través de las cuales se aspiraba a satisfacer deseos y necesidades, denotar estatus o distinción” (2015, p. 194).

Uno de los ejemplos más recurrentes de la época es la publicidad para adquirir una casa en algún fraccionamiento, lo que no se percibía como un gasto, sino como una inversión. La adquisición de una vivienda aseguraba el futuro de la familia en un lugar “seguro”, “cómodo” y, sobre todo, “moderno”. Los anuncios mostraban a familias disfrutando de espacios de esparcimiento dentro de los fraccionamientos, con los padres descansando en una banca mientras los niños jugaban en áreas verdes o espacios de juegos (Sosenski y López León, 2015, p. 205).

Es importante señalar que Miguel Alemán fue el político que inauguro el primer conjunto habitacional en el país: El Centro Urbano Presidente Miguel Alemán, también conocido como CUPA, que se ubica en el cruce de la avenida Coyoacán y la calle Félix Cuevas, de la alcaldía Coyoacán. Su inauguración aconteció el 2 de septiembre de 1949; sin embargo, aunque esta obra se presentaba como una alternativa para cumplir con el derecho a la vivienda, la obra sólo benefició a trabajadores del Estado. Aun así, la obra reflejaba la pretendida modernidad, dado que la ciudad no había albergado hasta entonces estructuras de dicho tipo, basado en el modelo funcionalista de Le Corbusier (Aguilar, 2024).

Esa imagen, presentada por los medios de comunicación, reflejaba la aspiración social del mexicano que se veía a sí mismo como parte del progreso nacional. La fórmula necesaria para obtener comodidades personales era el trabajo y sacrificio en comunidad. El aspecto “comunitario” es destacado en el pensamiento de Jorge Portilla como un punto fundamental del nacionalismo revolucionario, y la integración de cada mexicano al proyecto desarrollista pasaba a formar parte de la mexicanidad como ideología. Así, quien no se alineara al esquema político modernizador, o quien reprodujera ideas ajenas, quedaba inmediatamente excluido del proyecto nacional (Portilla, 1984, p. 130).

En contraste con la etapa destructiva anterior, donde muchos pueblos y ciudades quedaron devastados y los caudillos se disputaban violentamente el poder, la nueva etapa constructiva tenía la mirada puesta en el futuro. Un futuro anhelado, en el que el desarrollismo buscaba acelerar el progreso en una sociedad obsesionada con el tiempo. La institucionalización de la Revolución permitiría realizar esas transformaciones de manera “civilizada”.

El llamado a un proyecto civilizatorio permitió identificar el carácter progresista del alemanismo, en oposición al inmovilismo. Sin embargo, el desplazamiento de poblaciones

enteras hacia las periferias, como en el caso de Acapulco, permitió a la historiografía crítica del sexenio alemanista calificar estos cambios como parte de una política de modernización autoritaria. Como se ha visto en el capítulo I, el desarrollo económico y las grandes obras de infraestructura del proyecto modernizador se entienden como una fachada para una política de corrupción, donde dichas obras se tradujeron en grandes ganancias para los concesionarios, generalmente funcionarios públicos y empresarios allegadosal poder. Por ejemplo, en el territorio de Baja California Norte el gobernador Alberto Aldrete, designado por el presidente Alemán, al haber contribuido con tres millones de pesos a la campaña presidencial, estuvo en posición de formar una compañía constructora que se llamó "Constructora de Baja California", la cual recibía los principales contratos del territorio, a pesar de que no contaba con equipo suficiente para realizar las obras, además de que desviaron fondos de obra pública para la adquisición del hotel Playa Casino Ensenada (Niblo, 2008, pp. 222-223).

El gobierno alemanista también promovió programas como la Campaña de Recuperación Económica de México, que instaba a los mexicanos no solo a esforzarse en el trabajo, sino a participar activamente en la dinámica económica, consumiendo productos nacionales y, dentro de lo posible, viajar a lugares impulsados por la modernización, como Acapulco, o adquirir viviendas en fraccionamientos recientemente construidos.

En su *Llamado a la nación*, Miguel Alemán (1947) solicitaba al pueblo mexicano "tener presente que somos los mexicanos, con nuestros propios recursos, quienes hemos de forjar una patria próspera y feliz", un deber a realizarse con patriotismo y en comunidad, en apoyo total al proyecto modernizador del régimen y al nacionalismo revolucionario, bandera de todo esfuerzo de cada mexicano. Cada peso invertido en productos hechos en México era "una importante aportación en esta lucha para acrecentar la riqueza de México" (Alemán, 1947). Sin embargo, esta riqueza, reflejada en el crecimiento económico de las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, no se distribuyó equitativamente.

La concentración de la riqueza en pocas manos fue una causa de la descomposición político-económica del "priato" desde las décadas de 1980-1990. Además, el sector intelectual empezó a desvincularse del gobierno, como se analiza en el capítulo I, al percibir una falta de moral en los gobernantes, quienes ocultaban sus intereses personales bajo el discurso revolucionario, y las malas decisiones que resultaron en crisis económicas.

La filosofía de la mexicanidad argumentaba que la inactividad y desgana del mexicano del pasado se debían a la falta de apoyo comunitario, lo que posponía indefinidamente la acción. Esto llevó a que el individuo actuara solo cuando las exigencias se volvían inaplazables, resultando en una acción marcada por la improvisación (Portilla, 1984, p. 130).

El Estado sostuvo la doctrina de la mexicanidad, permitiendo que la política implementada se representara como una nueva etapa de la Revolución, "la etapa constructiva", según el análisis de Antonia Martínez en el capítulo I. Esta etapa se caracterizaba por un sacrificio colectivo para el país, aunque el trágico destino de esta política resultó en una política autoritaria en la que las grandes mayorías de los sectores productivos no vieron reflejados los beneficios en sus propias vidas.

## 2.4. La coyuntura de los tiempos históricos en la filosofía de la mexicanidad

La filosofía de la mexicanidad se constituyó como una narrativa hegemónica a mediados del siglo XX en México. Su impacto político, social y cultural fue determinante en la búsqueda de un esencialismo de la mexicanidad. Se edificó una trama histórica sobre el pasado del país, glorificándolo como una historia heroica en la que México superó dialécticamente diversas situaciones adversas. Sin embargo, ¿en qué medida las narrativas de los filósofos y del Estado reflejan fielmente los hechos del pasado? El historiador Hayden White sostiene que "se supone que los acontecimientos son narrables porque contienen una historia vivida, y que se justifica tramar la historia como una novela porque de hecho fue vivida como una historia de tipo romántico" (White, 2011, p. 478). La verosimilitud del relato se representa en el sentido de que la historia contada tiene referencia en los hechos históricos. El pasado, según la filosofía del grupo Hiperión, se representa como un conjunto de procesos en los que el mexicano ha superado etapas de su construcción social, permitiéndole situarse en el peldaño de su presente a través de una serie de sucesos que mejoraron su condición.

Los Hiperiones produjeron una historia épica de batallas y sacrificios que culminó en un momento ideal desde el cual se podía contemplar un futuro más próspero, producto de la premeditación de las acciones. La fatalidad de la leyenda mexicanista fue construida por el discurso esencialista de los filósofos, quienes, como expresa Guillermo Zermeño, "al observar

que algunos pueblos avanzaban con mayor celeridad y menos ataduras, nuestra ‘leyenda’ se fue tiñendo de fatalidad y victimismo” (Zermeño, 2015, p. 63).

Según los relatos, el sólido desarrollo material del país y la confianza en la labor del gobierno del presente, junto al despliegue de la cultura y el avance en la investigación, “nos inclina a pensar con optimismo en el ser del mexicano” (Uranga, 1952, p. 398). A dicho periodo de optimismo lo antecede uno de pesimismo, y se hace explícito cuando filósofos como Uranga se refieren a Samuel Ramos como aquellos que han puesto mayor énfasis en el aspecto pesimista del mexicano.

La construcción de la trama es fundamental y muy interesante, ya que dota de consistencia al relato y organiza los tiempos históricos para traer el pasado y el futuro al presente. Desde un punto de vista aristotélico, el filósofo griego consideraba un arte a esta acción compositiva, donde la verosimilitud del relato se define por la sucesión de eventos ordenados lógicamente por un vínculo de causalidad, que los organiza y les da coherencia para que su impacto en el espectador sea más efectivo.

Según la narrativa de la mexicanidad, la instauración del radicalismo cardenista entró en crisis debido a su apego a modelos “ajenos” a las necesidades del país. Esta crisis llevó a Lázaro Cárdenas a replantearse sus políticas hacia finales del sexenio y cambiar de estrategia con la sucesión presidencial. En esta narrativa, nada sucede por azar; la trama está construida bajo una estructura en la que los acontecimientos tienen un encadenamiento lógico que dota de consistencia al relato, típico de una historia vivida.

El nacionalismo revolucionario se reconfiguró a partir de estos relatos sobre el pasado, glorificado como esencial en el presente de la mexicanidad. Aunque el pasado estaba presente como memoria, no podía considerarse ya como *magistra vitae*, sino como una pieza simbólica de la identidad nacional que proporcionaba al presente un pilar ideológico. El pasado, aunque debía comprenderse, también debía superarse. Tanto la teoría mexicanista como el nacionalismo revolucionario se enfocaron en el presente con miras a lo que ese presente podría construir para un futuro mejor.

Esta intención de priorizar el presente dirigido hacia el futuro sobre cualquier episodio pasado nos permite entender que, para pensadores como los filósofos de la mexicanidad, el pasado debía ser superado porque no tenía nada nuevo que aportar; no había nada en él que

imitar. Podemos pensar en un régimen de historicidad del “modernismo autoritario”, en el que, con vistas a un futuro prometedor, el presente es sacrificable.

Esta perspectiva puede verse como una variación del “régimen de historicidad moderno” en el que la historia se hace en nombre del porvenir. Es futurista porque el presente se encuentra futurizado: “gracias a la velocidad, el presente se transforma en eternidad” (Hartog, 2007, p. 134). Esta velocidad se refiere a la tecnificación de la sociedad industrializada, donde el progreso esperado está a la vista y las nuevas tecnologías transforman la vida de manera tan rápida que se puede aspirar a un mañana mejor.

Durante el alemanismo, la Revolución fue resignificada para adaptarse a las necesidades y aspiraciones del proyecto desarrollista que marcó la época. Guillermo Zermeño, especialista en historia cultural y conceptual, explora cómo la noción de “revolución” ha cambiado a través del tiempo y ha adquirido un carácter mayormente reformista en la modernidad. Con el triunfo del liberalismo y la hegemonía de la democracia como el sistema político más justo, las revoluciones se apartaron de demandas de justicia social y cambios estructurales radicales para centrarse en el reclamo por una democracia electoral efectiva (Zermeño, 2015, p. 72).

Esta conceptualización coincide con la dirección que tomó la Revolución mexicana en la época del civilismo, cuando la narrativa revolucionaria del alemanismo se enfocó en enaltecer la democracia electoral y sus beneficios como forma de organización política. En el contexto del fin de la Segunda Guerra Mundial, la democracia liberal se presentó como opuesta a los gobiernos totalitarios, convirtiéndose en el emblema de la política del pensamiento ilustrado frente a los absolutismos.

La construcción de una democracia formal y efectiva se delineó como la legítima continuidad revolucionaria, que aseguraba la protección de las conquistas sociales alcanzadas y permitía el paso de una etapa “destructiva” a una “constructiva”. Esta situación fue representada en la narrativa del grupo filosófico Hiperión como un momento de auge en el carácter del mexicano, una etapa que exaltó el optimismo después de un periodo de estancamiento económico, político y social.

El futuro, en la filosofía mexicanista, tiene una realidad abierta, como una posibilidad de superación, y el mito hace el llamado a ir en busca de ese futuro esperado. Los hiperiones dotaron de un carácter conceptual a la sociedad mexicana de su época describiéndola

temporalmente como superior, moral y técnicamente, a los episodios pasados de México. La mira, desde el presente del modernismo autoritario está puesta en el futuro, y para reflexionar sobre ello, quizá conviene recurrir a las reflexiones de San Agustín en torno a la noción de "tiempo". No es posible percibir imágenes de cosas que todavía no existen, pero lo que sí se hace siempre es, premeditar las acciones futuras (San Agustín, 2010, p. 565).

### 2.5. Conclusiones

A través de estas narrativas, el país buscó consolidar su identidad y proyectarse hacia un futuro más prometedor.

El concepto de "tiempo" se vuelve fundamental en el discurso mexicanista. Los hechos narrados como procesos que ocurren a través del tiempo no son aislados, sino que están conectados causalmente para dotar de sentido a la realidad. Cada acción realizada por la comunidad tiene implicaciones en el espacio que la memoria del pasado impulsa hacia el futuro. La Revolución surgió como una exigencia para "acabar con la dictadura porfirista". A partir de 1921, su institucionalización requirió de la memoria histórica para legitimarse y dotar de consistencia a las transformaciones del progreso.

A diferencia del pasado tradicionalista en el que el mexicano vivía únicamente en el presente, la modernidad de su tiempo lo conducía a prever y planificar su futuro. En el régimen de historicidad del modernismo autoritario, todo es superable si se atiende el llamado revolucionario, y los individuos tienen la capacidad de cambiar, superarse a sí mismos, evolucionar su carácter para hacer sus acciones más efectivas en la transformación de su realidad y en la creación de un futuro premeditado, diferente y mejor que el pasado.

Por ello, usamos la noción de regímenes de historicidad como herramienta para comprender la narrativa de la mexicanidad, ya que la filosofía de los Hiperiones articula el presente con el pasado y el futuro para dotar de sentido a la realidad a través de su discurso. Como señala Guillermo Zermeño, "a través de la historia podemos establecer relaciones creíbles entre un discurso y lo real histórico" (Zermeño, 2016, p. 66). Así, los intelectuales del alemanismo establecieron una narrativa verosímil sobre la mexicanidad y su historicidad. "La realidad se adapta en consecuencia" a lo representado en el relato, el cual ha dado coherencia y consistencia a la narrativa histórica.

En el régimen del modernismo autoritario, la Historia no solo se presenta como un devenir, sino que también se enmarca dentro de un discurso que pretende controlar ese flujo temporal. Según Zermeño, el discurso histórico adquiere un carácter instrumental al estructurar el tiempo de manera artificial, como si los procesos pudieran encapsularse entre fechas específicas (Zermeño, 2016, p. 66). Esta narrativa cronológica no solo ordena los acontecimientos, sino que los convierte en herramientas de legitimación política. Al trazar límites claros entre etapas históricas, el discurso reduce la complejidad de los procesos sociales y políticos, presentándolos como inevitables y guiados por una lógica progresista y lineal.

Quizá la contribución más relevante de la filosofía de la mexicanidad es haber realizado una lectura ontologizante de la Revolución. Leopoldo Zea, Emilio Urgnga y un joven Octavio Paz encontraron en la Revolución el momento clave para el autoconocimiento del mexicano. El mexicano común y corriente tendría la oportunidad de inventarse a sí mismo mediante una filosofía de la acción en rechazo a las meras especulaciones heideggerianas. La revolución es un quehacer que requiere de un esfuerzo y actividad voluntarios.

## Capítulo III. La narrativa cinematográfica como expresión artística de la mexicanidad

En la década de 1940, la industria cinematográfica produjo una de las expresiones estéticas y mediáticas del nacionalismo moderno que se denominaría la "época de oro" del cine mexicano. El cine de esa época se caracterizó por cambiar, en cierta medida, el principal escenario de sus argumentos. A partir de 1946, muchos filmes comenzaron a centrarse en la vida dinámica y acelerada de la ciudad. Se exaltó la urbanidad, en contraposición con el cine de la década anterior, que se había enfocado en la vida pueblerina y ranchera de los charros y las chinas poblanas.

En la *Historia Documental del Cine Mexicano 4 (1946-1948)*, Emilio García Riera ficha un total de 210 películas, de las cuales 81 corresponden a 1948. Con esto pretendemos establecer un marco cuantitativo que refleje la vitalidad y el alcance de la industria cinematográfica durante el alemanismo. Este panorama permite contextualizar la narrativa cinematográfica dentro de un periodo de auge cultural y artístico, en el cual el cine se consolidó como una herramienta clave para la representación de la mexicanidad.

En este sentido, el número de películas no es solo un dato anecdótico, sino un indicador del peso cultural del cine como medio de comunicación de masas y como vehículo de las narrativas oficiales, lo cual justifica su análisis como objeto central en el tercer capítulo. Este enfoque permitirá examinar cómo las películas de la época dialogaron con los ideales de mexicanidad y modernidad promovidos durante el alemanismo.

El apartado de la obra de García Riera titulado “De la hacienda al cabaret” muestra que, aunque en cada uno de esos años hay películas ambientadas en diferentes escenarios, el predominio del ámbito rural en 1946 es evidente respecto a las de 1948. En 1946, por ejemplo, se encuentran Ramona de Víctor Urruchúa y La herencia de la llorona de Mauricio Magdaleno, ambientadas en haciendas; o películas sobre guerrilleros revolucionarios como Aquí está Juan Colorado de Rolando Aguilar; bandidos como El Tigre de Jalisco de René Cardona; o celebraciones populares como El conquistador de Fernando Soler.

En cambio, en 1948 predominan las películas sobre el cabaret: *Los viejos somos así* de Joaquín Pardové, *La mujer del otro* de Miguel Morayta, *Lazos de fuego* de René Cardona, y *La venus de fuego* de Jaime Salvador; las películas sobre la vida de familias de clase media como *El cuarto mandamiento* de Rolando Aguilar, *Una mujer con pasado* de Raphael J.

Sevilla, *La familia Pérez* de Gilberto Martínez, y *Una familia de tantas* de Alejandro Galindo; así como películas como *Hay lugar para dos* y *Esquina bajan* de Alejandro Galindo, que representan oficios propios de la ciudad, y *Río Escondido* de Emilio Fernández, que presenta a los sujetos "letrados" de la modernidad urbana. *Río Escondido* y *Una familia de tantas* son ejemplos del tipo de temáticas cinematográficas que tuvieron su auge durante el periodo del civilismo en México. Por ello, reflexionaremos sobre su función en la conciencia estética de la mexicanidad.

Esto permite ver que el cine también puede leerse como un documento historiográfico susceptible de diversas interpretaciones, dependiendo del lente a través del cual se analice. La crítica de Jorge Ayala Blanco hacia las películas *Río Escondido* y *Una familia de tantas.* La definición de Ayala Blanco se basa en su extenso trabajo como analista del cine mexicano en su colección *Abecedario del cine mexicano*, cuyo primer tomo es *Las aventuras del cine mexicano*, donde aborda películas de los años de 1940.[21]

A diferencia de Emilio García Riera, Ayala Blanco explora el contexto social, cultural, político y económico de las películas, mientras que *Historia documental del cine mexicano* se limita a una recopilación de fichas técnicas. También incluimos el ensayo de Xavier Robles (1949-2022), que ofrece una visión negativa del cine de la “época de oro”, argumentando que está impregnado de valores conservadores que impiden la producción de cine progresista en México.[22]

Xavier Robles fue escritor, guionista, productor y dramaturgo que apostó por un cine independiente y libre. Rechazó el apoyo estatal, buscando evitar condicionamientos en la producción de sus guiones, los cuales se caracterizaron por desalinearse de las cintas que criticó por su carácter enajenante y apegado a una ideología de Estado. Por ello, es relevante revisar su interpretación del cine del sexenio alemanista. Entre algunos de los guiones que

[21] Esta obra es un referente fundamental en la crítica cinematográfica mexicana. A través de un análisis detallado, Ayala Blanco examina la evolución del cine mexicano desde su consolidación en la Época de Oro hasta las transformaciones que sufrió en la segunda mitad del siglo XX. Su enfoque crítico busca desentrañar los mecanismos narrativos, estilísticos e ideológicos del cine nacional, evidenciando cómo las producciones fílmicas reflejan las tensiones sociales, políticas y culturales de México. La obra ha sido reeditada varias veces, con revisiones que actualizan el análisis y lo amplían a nuevas producciones y corrientes cinematográficas.

[22] Xavier Robles contribuyó con el capítulo titulado *El pensamiento conservador en el cine mexicano* en la obra colectiva *El pensamiento conservador en México*, compilada por Dora Kanoussi y publicada en 2002 por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Plaza y Valdés Editores. Esta compilación reúne diversos ensayos que analizan las manifestaciones del conservadurismo en diferentes ámbitos de la sociedad mexicana.

escribió se encuentran: *Que viva Tepito* (1981), *Noche de carnaval* (1984), *El tres de copas* (1986), *La jaula de oro* (1987), *La puerta negra* (1988), *Cabeza de vaca* (1990), *Luces de la noche* (1998), *Cementerio de papel* (2007), además de ser el director y escritor de los documentales Iztapalapa: *La puerta del sol* (2005) y *Ayotzinapa: crónica de un crimen de estado* (2014) (SinEmbargo, 2022).

Es importante destacar que la crítica del cine de los años de 1940 coincide temporalmente con la producción historiográfica analizada en el primer capítulo. Esto indica que ambas corrientes intelectuales fueron influenciadas por el contexto sociopolítico, en el que el sistema del Estado benefactor estaba en crisis. En los años ochenta, una historiografía revisionista analizó retrospectivamente el uso del cine como una herramienta clave para legitimar las políticas del alemanismo. Este enfoque no solo responde al interés académico por comprender las dinámicas sociopolíticas del pasado, sino que también conecta con la profesionalización de la historia y las ciencias sociales.

En este sentido, los años de 1940 marcan el momento en que el cine se posiciona como un medio de comunicación masivo, capaz de articular las aspiraciones de modernidad y progreso impulsadas por el régimen. Décadas después, los historiadores y críticos de cine de los años de 1980 retomaron ese periodo para estudiar cómo esas narrativas cinematográficas reflejaron, reforzaron o incluso cuestionaron las ideologías oficiales. De esta manera, las décadas de 1940 y 1980 se enlazan, pues el contexto sociopolítico del Estado benefactor en crisis, encuentra su origen en las políticas desarrollistas y centralizadoras del alemanismo, ampliamente difundidas a través del cine.

La convergencia temporal de estas fuentes es fundamental, ya que refleja la inconformidad social de las décadas de 1970 en adelante, donde las demandas no solo provenían de obreros y campesinos, sino también de profesionales como médicos que se manifestaron desde la década de 1960 por bajos salarios y falta de prestaciones adecuadas para médicos residentes e internos, la cual fue de las primeras manifestaciones organizadas por un sector profesional durante el periodo del “milagro mexicano”. Así también los maestros enfrentaban bajos salarios y escasez de recursos para las escuelas, además de condiciones laborales deficientes, lo cual los llevó hacia finales de la década de 1950 a través del Sindicato de Trabajadores de la Educación (SNTE), lidereado por Othón Salazar, a realizar marchas en la Ciudad de México y otras ciudades del país.

En el caso de los intelectuales, la inconformidad se manifestó en su producción literaria, cuestionando un régimen construido sobre el autoritarismo y una ideología tendenciosamente de derecha. Por ejemplo, en 1970 José Revueltas publica *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza,* en el cual realiza un análisis crítico del papel del proletariado en México y su manipulación por el régimen priista. Así también Carlos Fuentes publica *La región más transparente*, en donde retrata la desigualdad y la corrupción en la Ciudad de México, reflejando las contradicciones del proyecto modernizador del PRI.

De la misma forma, los analistas de cine contribuyeron a la crítica del régimen priista, interpretando las producciones cinematográficas como reflejo y herramienta de control social en el México del "milagro mexicano". Intelectuales como Jorge Ayala Blanco, en obras como *La aventura del cine mexicano*, señalaron las contradicciones de esta narrativa, evidenciando cómo el cine también podía ser un espacio para legitimar el autoritarismo, las desigualdades y la manipulación simbólica del régimen. A través de sus análisis, estos críticos desentrañaron los mensajes subyacentes en el cine, mostrando cómo algunas películas, intencionada o inadvertidamente, ocultaban las tensiones sociales y políticas existentes en la sociedad mexicana, mientras que exaltaban rasgos doctrinarios acordes a la ideología de Estado.

*Una familia de tantas* de Alejandro Galindo, estrenada en 1948, retrata la modernización y el modernismo que se buscaban en el México de mediados del siglo XX. La película ilustra, por un lado, los cambios materiales a través de la introducción de electrodomésticos en el hogar, y por otro, la necesidad de las nuevas generaciones de romper con las viejas costumbres morales.

La cinta, protagonizada por Martha Roth en el papel de María del Refugio (Maru), retrata a una familia de clase media-alta en la Ciudad de México, en un contexto que refleja las tensiones entre la tradición y la modernidad en el México de mediados del siglo XX. Este hogar se rige bajo un esquema tradicionalista y profundamente patriarcal, en el que la autoridad masculina se presenta como incuestionable, marcando no solo las dinámicas familiares sino también los roles y aspiraciones individuales de sus miembros. Maru, como una de las hijas de la familia, encarna la lucha interna entre conformarse a las expectativas impuestas por su entorno —como la sumisión a las figuras masculinas y la perpetuación de valores tradicionales— o buscar una identidad propia en un mundo donde las estructuras sociales comenzaban a transformarse. A través de su historia y las interacciones familiares, la

película no solo refleja las normas de género y las jerarquías de la época, sino también las tensiones que estas generaban en un momento de transición cultural.

En *Río Escondido*, la oposición se presenta entre la ciudad, símbolo de civilización y modernidad, y el campo, donde aún prevalece la ley del más fuerte, y que debe ser transformado como parte del proyecto nacionalista para un futuro mejor para el país. *Río Escondido* es una película de Emilio Fernández de 1948, protagonizada por María Félix. La película comienza mostrando a la protagonista, Rosaura, una maestra rural, en Palacio Nacional con una misión patriótica encomendada por el presidente. La cinta contrasta este mundo civilizado con el "incivilizado" mundo rural, dominado por el caciquismo.

Elegimos estas dos películas porque consideramos que ofrecen representaciones particularmente ilustrativas para reflexionar sobre los aspectos centrales trabajados en esta investigación: la modernización material impulsada durante el sexenio alemanista y el proyecto de modernismo moral que buscaba promover una renovación espiritual acorde con los valores de la mexicanidad. *Río Escondido* y *Una familia de tantas* no solo abordan temas vinculados a la transformación económica y tecnológica del periodo, sino que también exploran cómo estas transformaciones se articulan con narrativas culturales y éticas que redefinen la identidad nacional.

Ambas películas, además, presentan un supuesto rompimiento con el autoritarismo tradicionalista, mostrando un esfuerzo por reconciliar las tensiones entre un pasado premoderno y un futuro modernizador. En *Río Escondido*, este rompimiento se manifiesta a través de una narrativa que busca empoderar a los marginados mientras se promueve una integración al proyecto nacional desde una perspectiva casi mesiánica. Por otro lado, *Una familia de tantas* retrata las tensiones generadas por la introducción de nuevos valores asociados a la modernidad dentro de una estructura familiar patriarcal, que simboliza la resistencia de las tradiciones frente al avance de las ideas liberales.

Ambas obras permiten analizar cómo el cine de la época no solo reflejaba los debates sociales y políticos del momento, sino que también funcionaba como un vehículo de legitimación ideológica del régimen. Así, estas películas constituyen una rica fuente para estudiar las contradicciones y aspiraciones del México del alemanismo, destacando la complejidad de las narrativas que intentaron conciliar progreso y tradición, modernización material y continuidad cultural.

A lo largo de este capítulo, reflexionaremos sobre cómo estas películas representan algunos rasgos característicos de la mexicanidad, reproduciendo una función ideológica. Analizaremos el aspecto compositivo de la trama cinematográfica y también exploraremos cómo estas cintas han sido examinadas por críticos hacia finales del siglo XX y principios del XXI. Esto permitirá entender cómo los críticos construyeron un discurso que, desde su contexto, perciben un sentido distinto del cine nacionalista de los años de 1940.

El contexto de su crítica presenta una perspectiva diferente, donde la categorización del cine de los años de 1940 había sido delimitada, cuestionando el propósito de enaltecer dicho cine como parte de un "acervo cultural", más enfocado en la configuración de una identidad nacional que en las transformaciones necesarias para el país.

### 3.1. El nacionalismo mexicanista en el cine

Uno de los temas que parecen de primer orden en las cintas que estamos contemplando es el patriotismo. En *Río Escondido* se hace explícito, primeramente en el recorrido visual de los héroes nacionales y el recorrido de los acontecimientos de “la historia del pueblo de México”, que se presentan en los murales de Diego Rivera que se visualizan en Palacio Nacional en una de las primeras escenas. Así también, en la idea de que la profesora habría de cumplir un deber patriótico en beneficio de su país, deber encomendado por la misma figura presidencial, quien estaba creando las condiciones nacionales acordes a “los nuevos tiempos”, realidad que se disputaba con las viejas formas de vida que se representaron en el campo, gobernado por el cacique local.

El historiador de arte Carlos García Benítez resalta la cuestión del patriotismo en esta obra, pero sobre todo, por poner en el relato cinematográfico a los héroes nacionales, lo cual define como “una referencia cívico-moralizante” (2010, p. 4), al exaltar la imagen de Benito Juárez en el desarrollo de la película, dando al personaje un trato reverencial y solemne en la narrativa, pero también en el lenguaje fílmico, pues de acuerdo con su interpretación…

> cuando la profesora habla de Juárez, la cámara se congela como no queriendo romper el momento de la revelación. La luz pasa por la ventana del salón de clases para iluminar la imagen del benemérito. […] La composición sugiere la cámara en

> contrapicada, desde el fondo del salón: los alumnos en sus pupitres; arriba de ellos en su pedestal, la maestra; en la cúspide, sobre todos ellos, la imagen de Benito Juárez (García Benítez, 2010, p. 4).

La construcción de la doctrina de la mexicanidad aparece explícita en dichas escenas cuando se exalta a las "principales figuras y acontecimientos" de la historia mexicana, haciendo alusión en la trama, a la idea de que un buen ciudadano debe ser patriota. Para lograr tal propósito, la acción estatal por medio de la educación ha de llegar a los pueblos que parecieran fuera del alcance, hasta que la acción gubernamental los "descubre" y lleva hasta allá el conocimiento.

Ello nos muestra la importancia que se daba a la exaltación de los valores cívicos en el México alemanista, pues era necesario para la gobernabilidad el adecuar la historia nacional al momento presente. Es decir, el relato cinematográfico también buscaba dar cuenta de que, el régimen posrevolucionario era la continuación del México que venía construyéndose desde hace siglos, y que con la institucionalización de la Revolución avanzaba un escalón más en su desarrollo como sujeto orgánico.

Recordemos que desde la intelectualidad se había construido en los años anteriores, la idea de que la Revolución era un proceso continuo constituido a partir de cada uno de los movimientos revolucionarios y sus respectivos caudillos, quienes fueron representados como "fases ineludibles de la construcción del edificio" revolucionario (Rojas, 2022, p. 243). De ese modo se integró en la memoria revolucionaria a Madero, Zapata, Huerta, Carranza, Obregón, Calles, Cárdenas, Ávila Camacho, y entonces, Alemán a través de una narrativa construida a manera de hacer coincidir las piezas de un proceso con otro, con el fin de hacerlos compatibles, a pesar de sus divergencias.

Un aspecto interesante en este punto es la idea proyectada en el filme de que, cada paso hacia el progreso implica un sacrificio en el que los mexicanos habían de derramar su sangre, tal como sucedió, según el relato histórico presentado en la cinta, durante la lucha de independencia, durante la invasión norteamericana y durante la invasión francesa. De ese mismo modo, también la Revolución abrió con sangre "otra página de esperanza", y cada fase de esta llevó consigo su respectivo sacrificio. Para el periodo en cuestión, otro episodio se presentaba para que los mexicanos demostraran su lealtad al legado histórico. "Por más

grandes y dolorosos que sean los obstáculos", cada mexicano se veía exhortado a sacrificar sus intereses personales en nombre de la patria.

Trabajar y ser productivo no solo se convirtió en una virtud individual, sino también en un emblema del compromiso ciudadano con el progreso nacional. Esta idea resonaba profundamente dentro de la política modernizadora del alemanismo, que buscaba construir un país basado en el desarrollo económico y en una identidad nacional vinculada al esfuerzo colectivo. El cine de la llamada "época de oro" desempeñó un papel crucial en la propagación de esta narrativa. Las películas de este periodo, conscientes de su impacto cultural, se encargaron de glorificar la cotidianidad y elevar a los trabajadores a la categoría de héroes.

En *Río Escondido*, Rosaura encarna la figura del héroe cotidiano que, a través de su sacrificio, encarna los ideales de la revolución transformados en el proyecto modernizador del alemanismo. Desde el inicio, Rosaura es presentada como una mujer valiente y decidida, a pesar de ser consciente de los riesgos que implica su misión, tanto por su frágil estado de salud como por las adversidades propias de un pueblo marginado y dominado por un cacique autoritario como Regino Sandoval. Sin embargo, su determinación trasciende los límites personales, pues está guiada por un sentido de deber hacia la comunidad y una convicción inquebrantable en los valores que representa: la educación, la justicia y la dignidad humana.

A lo largo de la película, Rosaura expresa la forma en cómo su dignidad es pisoteada por Regino Sandoval, el cacique y presidente municipal del pueblo; sin embargo resiste "como resistieron Hidalgo y Juárez", quienes también enfrentaron adversidades extremas por el bienestar de la nación. Este paralelismo no es casual, ya que Rosaura es construida como una heroína que trasciende lo individual para convertirse en un símbolo de resistencia frente al autoritarismo y la injusticia.

Su muerte, aunque trágica y emotiva, es inesperada y es presentada como un acto de redención colectiva. La trama la enmarca no solo como el desenlace de una vida dedicada al servicio, sino como un sacrificio necesario para que el pueblo pueda liberarse del yugo del caciquismo y comenzar a integrarse al proyecto modernizador. En este sentido, Rosaura se convierte en una figura mártir, cuyo legado no solo transforma a Río Escondido, sino que refuerza el mensaje ideológico de la película: el progreso y la modernidad requieren compromiso, sacrificio y un profundo sentido de nacionalismo.[23]

[23] Con la muerte inesperada de Rosaura, podemos pensar en aquello a lo que Paul Ricoeur identifica como "la concordancia discordante" de la trama, un efecto sorpresa que juega con las emociones del espectador, en donde un

A través de esa perspectiva, podemos entrever al discurso mexicanista cuando se sugiere construir un México moderno sin dejar de homenajear a quienes, históricamente habían luchado por el progreso del país, rescatando todo rasgo "positivo" que permitiera al mexicano cambiar su manera de estar en el mundo, haciendo su personalidad más productiva y comprometida con el desarrollo nacional. En este caso, el compromiso era con el Estado revolucionario y su encarnación en la figura presidencial.

Ahora bien, si nos dirigimos a la trama cinematográfica en los aspectos señalados hasta ahora, podemos identificar que ésta hace referencia al pasado en dos sentidos. En primer lugar, en el recorrido visual de los héroes nacionales y el recorrido histórico de los acontecimientos de "la historia del pueblo de México" que se presentan en el muralismo de Diego Rivera, cuando la protagonista llega a Palacio Nacional y contempla la obra; o en el heroísmo patriótico que Rosaura explica a sus alumnos en el aula escolar con respecto a Benito Juárez, al cual refiere como "uno de los más grandes mexicanos y uno de los hombres más ilustres del mundo, ejemplo de fe y patriotismo", a quien le adjudica la lucha hasta la muerte por la regeneración de los de abajo. El discurso nacionalista presenta una historia dotada de un aura mítica, en donde personajes como Benito Juárez o Miguel Hidalgo, que han hecho grandes sacrificios en beneficio del país son consagrados. Es un pasado "muy largo" el que México había tenido que atravesar para llegar al punto presente, en que las cosas eran distintas y la justicia por fin estaba rindiendo frutos gracias a la última etapa superada, la Revolución.

Estos elementos "cívico-moralizantes" parecen apelar a la necesidad de ciudadanización que el Estado moderno mexicano requería para consolidarse. Esta ciudadanización sugería la homogeneización de la población que debía identificarse con una historia, con héroes, un conjunto de valores y una idea de sociedad en común, representada en la ciudad y formas de vida urbanas, que supuestamente, llevarían a México al desarrollo y a la modernidad, lo cual resultaba imposible con la heterogeneidad étnica que existía en el país hasta principios del siglo XX (Lomnitz, 2014, p. 81)[24].

cambio inesperado hace pasar de la dicha al infortunio; sin embargo, tal situación sigue siendo concordante en la medida de que sucede de manera lógicamente causal. De este modo, "al incluir lo discordante en lo concordante, la trama incluye lo conmovedor en lo inteligible" (Ricoeur, 2002, p. 101).

[24] De acuerdo con Lomnitz, la gran diversidad cultural de México "desafiaba la idea de la existencia de 'el mexicano' como sujeto común o general en el país" (2014, p. 80), lo cual implicaba conflictividad y dificultad por parte del gobierno federal por crear un proyecto de nación moderno, situación en la cual se centraron los esfuerzos de los gobiernos posrevolucionarios y por la cual se buscó producir representaciones que ayudaran a la construcción de una identidad nacional.

La institucionalización de la Revolución Mexicana se presentó como el mecanismo ideal para materializar el proyecto nacional y llevarlo a los rincones más remotos del país. En el discurso cinematográfico, este proceso encuentra una representación significativa en la llegada de la educación, un símbolo clave de la transformación social y cultural que prometía integrar a los sectores marginados al proyecto de nacional de modernización.

Sin embargo, la escuela no llega sola. En las narrativas cinematográficas, su aparición viene acompañada de otras instituciones fundamentales, como los servicios de salud, que hasta entonces eran inexistentes en ese universo. La presencia de maestros y médicos en lugares antes olvidados simbolizan el esfuerzo del Estado por extender su control y legitimidad en el vasto territorio rural. Estas instituciones no solo representan avances materiales, sino también un cambio en la forma en que el mexicano se relaciona con su entorno y consigo mismo, dejando atrás prácticas tradicionales y adoptando una visión de progreso alineada con el ideal modernizador. La educación y los servicios básicos son presentados como herramientas para moldear al ciudadano, haciéndolo partícipe del proyecto nacionalista.

Además de la homogeneización, encontramos también la necesidad de unificación. Los representantes gubernamentales en la película, es decir, el médico y la profesora de Río Escondido, tienen un importante aliado: el cura del pueblo. Este personaje “se regenera” con la llegada del civilismo a través de aquellos emisarios, pues antes, se dice, su existencia se había visto viciada a causa de la degeneración política que sólo veía por intereses personales y no tomaba en cuenta a la comunidad.

Hay que tomar en cuenta que durante la época de los cuarenta, el gobierno mexicano parecía buscar una reconciliación con la Iglesia católica, después de varios años de conflictos. En este contexto de reconciliación, es fundamental recordar las etapas de la Guerra Cristera, un conflicto que marcó profundamente las relaciones entre el Estado mexicano y la Iglesia católica. Este enfrentamiento tuvo su primera etapa entre 1926 y 1929, conocida como la Guerra Cristera propiamente dicha, que surgió a raíz de la implementación de las disposiciones anticlericales de la Constitución de 1917 y la Ley Calles de 1926, que restringían severamente la libertad de culto y las actividades religiosas. Durante este periodo, los cristeros, formados en su mayoría por campesinos, tomaron las armas contra el gobierno en defensa de su fe.

La segunda etapa, menos violenta pero igualmente tensa, se desarrolló durante los años treinta, conocida como el período de la “segunda cristiada”. Aunque el conflicto armado había disminuido tras los acuerdos de 1929, las tensiones persistieron, con la Iglesia y los fieles católicos adoptando formas de resistencia pasiva, como la organización de escuelas católicas clandestinas y la formación de asociaciones civiles para preservar su identidad religiosa.

Finalmente, durante los años cuarenta, la política gubernamental adoptó una postura más conciliadora hacia la Iglesia, en parte debido al contexto internacional de la Segunda Guerra Mundial, que demandaba estabilidad interna. Este cambio fue aprovechado para comenzar un proceso de distensión, aunque sin una reconciliación formal ni la derogación de las leyes anticlericales. En este periodo, la narrativa de la mexicanidad comenzó a integrar elementos religiosos de manera simbólica, reflejando un intento de cohesión social entre sectores previamente enfrentados.

La alianza del representante de la Iglesia del pueblo de Río Escondido con los representantes del gobierno parece reforzar ese llamado a la unidad de sectores para reconstruir al país. La maestra se sirve del cura para hacer venir a los indios al llamado de la campana, y el cura les solicita ir “a cumplir con su deber”. Dicho deber consiste en ir a vacunarse, como una especie de metáfora en la que pareciera que el llamado es para “ir a civilizarse” a través de la aplicación de una dosis de modernidad.

Mientras que las instituciones educativas y de salubridad bien pudieron proyectarse como elementos de una política progresista-liberal, la Iglesia católica no cumplía con el perfil. Aquellas instituciones eran pilares de una política modernizadora que encarnaban los valores del proyecto estatal: promoción del bienestar colectivo, ampliación de derechos sociales y creación de una ciudadanía moderna, instruida y saludable. Simbolizaban el avance hacia un modelo de nación laico y moderno, en el que el Estado se posicionaba como el principal agente de transformación y justicia social.

En cambio, la Iglesia católica no encajaba en este perfil porque representaba una visión del mundo tradicionalista, basada en valores religiosos que muchas veces entraban en conflicto con los objetivos del Estado laico. Durante décadas, la Iglesia había sido vista como un obstáculo para el progreso, asociada a estructuras jerárquicas y conservadoras que limitaban las reformas sociales. En particular, su oposición al sistema educativo laico y a la separación entre Iglesia y Estado evidenciaba su incompatibilidad con la modernización.

En el imaginario político de la época, la Iglesia no era percibida como un aliado en el esfuerzo por modernizar y liberalizar al país, sino como una institución anacrónica que resistía los cambios necesarios para el desarrollo nacional. Esta percepción consolidó su exclusión de los proyectos de modernización que buscaban construir un México acorde con los ideales revolucionarios y progresistas del siglo XX.

Pero la propuesta de unificación permitió integrar nuevamente a la institución eclesiástica al proyecto. A través de la dimensión mediática, la misma fue presentada como un punto de apoyo para el civilismo; sin embargo, el punto de apoyo pudiera haber sido en la tarea misma de unificación, ya que la integración de grandes sectores católicos al programa gubernamental sólo podría lograrse a través de la reconciliación con la Iglesia.

De igual forma, años más tarde, la manera en cómo se percibió a las instituciones encargadas de brindar los servicios de salud o educación, fue como una serie de herramientas para el ejercicio del control social, para la organización de las poblaciones y para "intervenir en las decisiones individuales relativas al cuerpo y a la salud" (Sosenski y Pulido, 2019, p. 21); así también como interventoras en la percepción de la realidad, a partir de una educación cívica que legitima el sistema político y económico, impuesto como única alternativa de adecuación a las condiciones de vida, con apego a la doctrina de la mexicanidad, en la que se combinaron aspectos "originarios" de los pueblos indígenas con elementos occidentales. Un mestizaje cultural como condición del *ser* nacional.

Ello permitió al intelectualismo de finales del siglo XX, señalar al impulso civilizatorio del alemanismo como conservador, al utilizar a las instituciones para reproducir una idea de progreso, pero que en el trasfondo, estaban funcionando como reproductoras de ideología y como sistemas de control social ante una sociedad que recientemente había tenido una política "volcada hacia la izquierda", y que la misma cambió de rumbo, haciendo uso, por ejemplo, del sistema educativo.

La exaltación de la raza mexicana, en términos del mestizaje, es lo que Lomnitz define como el engrane que permitió comenzar a construir una idea de lo que habría de ser "lo mexicano" a partir de los inicios del siglo XX. "Se trata de la radicalización de la categoría del ciudadano, un proceso que se da en muchos de los casos donde la construcción nacional implicó un mestizaje" (2014, p. 82).

De acuerdo con el antropólogo chileno, hay diversos factores que facilitan el proceso de identificación del mestizo como el sujeto nacional, entre ellos, uno de vital importancia para nuestro tema de análisis: la fusión del indígena campesino en la urbe al emigrar del campo a la ciudad. Esto como factor del mestizaje que facilitó el desarrollo capitalista desde inicios de siglo, pero sobre todo a partir de los años cuarenta, cuando comienza a haber un mayor interés entre las clases medias por la forma de vida americana.

La misma filosofía de la mexicanidad expuso la idea de que el mestizaje, producido naturalmente a partir de la conquista, dio como resultado un nacionalismo cultural mezclando formas que parecían antagónicas (Zea, 1953, p. 78). Este mestizaje, entendido como la base del nacionalismo cultural, no rechazaba las raíces indígenas, sino que las incorporaba al proyecto de modernización bajo el supuesto de que la unión con los valores occidentales era un paso necesario para "mejorar" las formas de vida locales y alinearlas con un ideal de progreso.

En *Río Escondido*, esta narrativa se plasma de manera evidente. La película presenta una visión en la que lo indígena se posiciona como el cimiento de la vida cotidiana de los pueblos rurales, pero insuficiente para alcanzar la modernidad por sí solo. La llegada del mestizo, encarnado en figuras como Rosaura, simboliza el puente entre la tradición indígena y los valores de la cultura occidental. Rosaura, como maestra, no solo lleva educación al pueblo, sino que introduce la medicina moderna y nuevas normas sociales, representando un mestizaje cultural que busca transformar y "civilizar" a las comunidades marginadas.

Esta síntesis, sin embargo, no se plantea como un diálogo entre iguales, sino bajo una jerarquía implícita en la que la cultura occidental es presentada como la fuente de los elementos que faltan para completar el proyecto nacional. La educación y la medicina modernas en el filme son ejemplos de este paradigma: herramientas para "mejorar" la vida de las comunidades indígenas y acercarlas al ideal de modernidad promovido por el Estado. Así, la película no solo refuerza la narrativa del mestizaje como un destino natural y deseable, sino que también legitima la intervención del Estado como el actor indispensable en el proceso de modernización.

Este enfoque, aunque idealizado en su momento, esconde tensiones y desigualdades inherentes al proceso de mestizaje, que muchas veces implicaba la imposición de valores y

prácticas externas sobre las tradiciones locales, desdibujando las culturas indígenas bajo el pretexto de su integración al proyecto nacionalista.

Así, los sujetos aislados en su cosmovisión pueblerina pueden recibir una educación por parte de una profesionista del oficio de transmitir conocimientos, o de sanar enfermedades a través de un profesional capaz de aplicar la ciencia al cuerpo humano para curar sus dolencias. Con esto los individuos se humanizan, ya que es posible aplicar la técnica moderna en ellos al igual que en la gente de la ciudad, la cual se convierte en parte de sus vidas, mismas que se hacen más llevaderas y se reducen sus sufrimientos[25].

Para el caso de la educación escolar, ésta tiene un doble papel respecto a la transmisión de conocimientos: por un lado, la educación cumple un papel instrumental al transmitir conocimientos científicos básicos que capacitan a los estudiantes para convertirse en profesionistas. Por otro lado, formar ciudadanos responsables. La transmisión de valores cívicos asegura que el conocimiento adquirido se aplique con ética y compromiso social. Esta dimensión moral busca garantizar que el saber científico esté alineado con los intereses gubernamentales. En lugar de anclarse únicamente en una narrativa gloriosa del pasado, la educación pone su mirada en el porvenir, preparándose para los desafíos del progreso y los cambios sociales.

Jorge Ayala Blanco nos dice que, "*Río Escondido* se enorgullece considerándose una lección de civismo, de moral individual y de interpretación histórica didáctica. Se adopta alegremente una mentalidad de libro de texto obligatorio" (1968, p. 82). En este sentido, la película no se limita a entretener, sino que se posiciona como una herramienta pedagógica diseñada para transmitir un conjunto de valores cívicos, patrióticos y morales alineados con los ideales del nacionalismo revolucionario. A través de su narrativa, el filme busca consolidar una visión unificada del deber ciudadano y del papel del individuo en el progreso colectivo.

Un aspecto fundamental de este proyecto pedagógico es la integración de elementos científicos al discurso nacionalista. En el filme, la modernización no es solo un proceso material, sino también intelectual y social. La medicina, la educación y otras disciplinas científicas son presentadas como pilares indispensables para la transformación de las

[25] Leopoldo Zea, dentro de sus análisis filosóficos para estudiar la mexicanidad, expresaba que la técnica moderna es considerada la posesión o instrumento del hombre que se considera civilizado, siendo que "dentro del mundo occidental, la no utilización de sus técnicas ha sido vista como un signo de inferioridad humana" (1953, p. 35). O sea que, desde la perspectiva filosófico-intelectual de la época, la posibilidad de tener acceso a instrumentos modernos aumentaba el grado de humanidad de los sujetos, los acercaba hacia la civilidad y los alejaba del salvajismo.

comunidades rurales. La llegada de la maestra al pueblo no solo implica la transmisión de conocimientos académicos básicos, sino también la incorporación de prácticas científicas que simbolizan el avance hacia la modernidad. La ciencia, por tanto, no se percibe como un ámbito neutral, sino como un componente ideológico al servicio del proyecto de modernización nacional. De este modo, *Río Escondido* se convierte en una representación de cómo el discurso del nacionalismo revolucionario articulaba la ciencia y la modernidad como parte de su proyecto de consolidación estatal.

Ayala Blanco señala un aspecto interesante al destacar cómo la maestra en *Río Escondido* representa una excepción a la regla: una figura audaz que desafía el orden establecido y actúa para transformarlo (1968, p. 83). Este simbolismo conecta con el impulso desarrollista de Miguel Alemán, que también se presenta como una excepción en el contexto político de la época. Según la crítica de Ayala Blanco, la película busca suavizar el cambio político del sexenio a través de su narrativa artística, proyectando el viraje como un ajuste necesario y acorde con los nuevos tiempos.

En este marco, la unidad nacional se posiciona como un valor clave, encapsulada en el discurso de que "a un pueblo unido no hay injusticia que se le pueda imponer". Este mensaje refuerza una moral nacionalista que exhorta a unir esfuerzos en favor del proyecto gubernamental, justificando la lucha contra cualquier oposición al concepto de comunidad nacional[26]. Sin embargo, aunque la trama de la película aborda las prácticas caciquiles como el principal enemigo de la política oficial, deja fuera otras tensiones significativas, como los movimientos sociales que se oponían al desarrollismo debido a los sacrificios que implicaba para sus gremios. Estos sectores, aunque también eran reprimidos, no encuentran representación en la narrativa cinematográfica. Este enfoque resalta la intencionalidad de la película al alinearse con los intereses del régimen, mientras omite las voces disidentes que no encajaban en la narrativa oficial del progreso.

Durante el año de 1948, la insurgencia obrera fue aguda, motivados por la carestía —durante el año anterior la tasa de inflación había sido del 7%— y una gran pérdida del poder adquisitivo; sin embargo, los sindicatos más aguerridos fueron combatidos por el gobierno.

[26] En este sentido es importante retomar que dentro de la doctrina mexicanista el PRI y el gobierno se concebían como representantes del espíritu de la Revolución mexicana y que tenían en la voluntad popular, plasmada en la Constitución, su verdadero programa. (Santos, 2015, 257-259).

Por ejemplo, en 1947, se impuso en la dirigencia sindical ferrocarrilera a Jesús Díaz de León, “el charro” con el apoyo de la policía (Loyo y Aboites, 2010, p. 663).

Desde la perspectiva de Xavier Robles, el cine de “la época de oro” no tuvo una función reflexiva, de análisis de la realidad, sino de esparcimiento.

> Cuando un tema argumental se mezclaba con la realidad, la interpretaba o simplemente lo mostraba sin velos moralistas, la reacción de productores, distribuidores, exhibidores, críticos y censores cinematográficos —es decir, de quienes se erigían en custodios y protectores de la salud pública— era descalificar a la cinta con frases como: “Es muy cruda”, “demasiado realista”, “su fracaso en taquilla está asegurado” (Robles, 2002, p. 133).

Robles señala que el cine de la época de oro en México carecía de una intención crítica hacia la realidad social y política que lo rodeaba. Según el autor, las películas de este periodo no desafiaban al sistema establecido ni abordaban las tensiones sociales profundas que afectaban al país. Por el contrario, se trataba de un cine que funcionaba como un negocio familiar, administrado por empresarios cuya ideología, según Robles, era marcadamente conservadora, reaccionaria e incluso de ultraderecha. Este enfoque se reflejaba tanto en las temáticas de las películas como en su tratamiento, las cuales reforzaban valores tradicionales y evitaban cualquier confrontación con las estructuras de poder existentes.

Robles sugiere que esta actitud obedecía a una especie de acuerdo tácito entre los productores cinematográficos y el gobierno: “no nos metemos contigo, no te metas con nosotros” (Robles, 2002, p. 135). Esta relación simbiótica consolidaba al cine como una herramienta de entretenimiento masivo y, al mismo tiempo, como un medio que contribuía a legitimar el *statu quo*.

Bajo este esquema, el cine mexicano de la época se convierte en un reflejo de los valores dominantes de la sociedad. Las narrativas reforzaban ideales de unidad nacional, familia tradicional y obediencia, dejando fuera cualquier cuestionamiento sobre las desigualdades sociales, la corrupción política o los conflictos laborales. En lugar de ser un espacio para la crítica o el debate, el cine funcionaba como un vehículo de cohesión social que evitaba incomodar a los sectores más conservadores del país.

Este análisis de Robles invita a reflexionar sobre el papel que jugó el cine de la época de oro en la construcción de imaginarios sociales. Si bien es cierto que las películas de este periodo consolidaron una identidad cultural nacionalista y fomentaron un sentido de pertenencia, también es importante considerar las limitaciones que este modelo implicaba para el desarrollo de una cinematografía más crítica y comprometida con las problemáticas sociales del momento.

De esta forma, no se encuentran referencias en el cine de la época que muestren algún signo de inconformidad social. Por ello, para críticos como Robles, la cinematografía no fue neutral, ya que estuvo impregnada por valores profundamente conservadores en sus raíces ideológicas y morales, las cuales provienen por un lado de la influencia del catolicismo tradicional. La Iglesia católica había sido una fuerza dominante en la moral y las costumbres de la sociedad mexicana desde la época colonial. A pesar de los conflictos con el Estado revolucionario durante la Guerra Cristera, los valores católicos, como el énfasis en la familia, el sacrificio personal, la obediencia y la caridad, seguían siendo pilares de la moralidad popular y permeaban el discurso cultural, incluida la cinematografía. Muchas películas proyectaban estas ideas como principios rectores de la vida cotidiana; por el otro lado, esas raíces se hunden en el legado del porfiriato y su énfasis en la estabilidad, el progreso ordenado y la jerarquía social que persistió en el imaginario colectivo. Este legado se tradujo en películas que celebraban un orden social previsible y aspiraciones de modernidad que no cuestionaban las desigualdades estructurales.

De acuerdo con esto, la percepción del ojo analista de intelectuales como Xavier Robles, identifica una proceso mediático para legitimar el proyecto modernizador y neutralizar a los movimientos sociales opositores. Aquello permite que los cambios impulsados no sean recibidos como una imposición, sino como necesarios, como necesario era en la trama que los personajes de cada filme lograran sus objetivos. Una especie de acto expresivo, en el que la sucesión de los hechos se da necesariamente como un efecto de la composición. No es el azar lo que lleva a Rosaura a lograr su meta de vencer las adversidades, sino la exigencia de necesidad que tiene un relato de tipo narrativo de regular la sucesión.

Los medios de comunicación masiva producen una influencia cultural importante que no necesariamente es explícita, sino que puede ser bastante discreta, como este argumento, en el que una maestra decidida y sacrificada por su patria pudo haber enviado un mensaje

implícito al pueblo mexicano: aceptar las transformaciones que se estaban haciendo desde el gobierno, y apoyarlo incondicionalmente en contra de quienes lo obstaculizaban.

A lo largo de las décadas de 1950, 1960 y 1970 que duró el "milagro mexicano" se acrecentó la clase media que tuvo acceso a la televisión y al cine, lo cual permitió que este cine fuese puesto en acción como medio para la producción de imaginarios sociales, hasta que, el crecimiento llegó a su punto máximo. Y luego vino la crisis, y el modelo implementado se puso en cuestión, pues la forma de vida apegada al estilo norteamericano del que muy pocos habían gozado, se fue haciendo escasa, de modo que, muchos sectores que pudieron disfrutar de los "beneficios" del desarrollo se vieron afectados por situaciones como la inflación o la devaluación.

La creciente expansión del cine y la televisión permitieron propagar el ideario mexicanista a través de la cinematografía, produciendo un reconocimiento ideológico en la proyección de ciertos aspectos de la mexicanidad que perduran hasta nuestro presente. Las películas de "la época de oro" fueron ampliamente reproducidas por la televisión abierta durante todo el siglo XX, y lo que va del XXI. Esto nos permite ver que, la proyección estética de elementos identitarios permaneció aún después de la finalización del nacionalismo revolucionario.

El análisis de críticos como Ayala Blanco y Xavier Robles cuestiona la supuesta imparcialidad de las producciones cinematográficas, interpretándolas como dispositivos de reproducción de valores conservadores que contrastaban con la retórica oficial de un periodo que se proclamaba liberal y modernizador. Estos críticos identificaron en las cintas una narrativa que legitimaba el *status quo* político y social, ocultando las tensiones inherentes al proceso de modernización impulsado por el régimen.

Además, como sucede con la historiografía contemporánea al periodo, el análisis cinematográfico entra de lleno en el debate ideológico "izquierda-derecha". Este enfoque permite entender el cine no solo como entretenimiento, sino como un documento historiográfico que ofrece claves para interpretar la realidad social y política de su tiempo. Las películas se convierten en un reflejo de un régimen de historicidad vigente: el del modernismo autoritario.

En este sentido, los filmes no solo documentaban visualmente el contexto de la época en que se produjeron, sino que también dialogaban con el presente de los investigadores,

quienes reconocían cómo estas narrativas cinematográficas formaban parte de un proyecto mayor de legitimación política y cultural. La crítica de Ayala Blanco y Xavier Robles, por tanto, no solo interpreta las películas como obras artísticas, sino como piezas fundamentales para entender los mecanismos ideológicos que sustentaron el modernismo autoritario.

### 3.2. El sacrificio patriótico en escena

En las películas que estamos analizando, se aborda implícitamente la idea de que sacrificarse por un futuro mejor es una parte esencial del ser mexicano. Este sacrificio, más que estar dirigido hacia lo personal, estaba orientado hacia lo político. En este contexto, las expresiones culturales, como el cine, y la legitimación teórica del grupo Hiperión establecieron las bases para armonizar el pasado, el presente y el futuro en la producción esencialista de la mexicanidad. La historia patria, reflejada en el cine y representada en los héroes nacionales, legitimaba la acción del gobierno en turno para una formación educativa con enfoques cívico-moralizantes, con la expectativa de un futuro prometedor en el que el mexicano finalmente dejaría atrás “el primitivismo del pasado”.

Esto se ilustra en un pasaje de Emilio Uranga, filósofo cuya teoría sobre la filosofía de la mexicanidad hemos analizado en el capítulo anterior. Uranga afirmaba que:

> lo pretérito no es lo inmutable, sino lo dócil a la replasmación que avanza desde el presente. Se forja el concepto de lo mexicano a tenor de las circunstancias actuales, y se lleva esa noción, así esclarecida, a otros siglos para iluminar con ella en la mano lo que entonces se entendía por mexicano (1952, p. 400).

Lo mexicano convocaba a la memoria para comprender el sacrificio realizado por los antepasados, y a partir de ello, sacrificarse a sí mismo en el presente para consolidar las tareas pendientes en nombre de la patria.

En su análisis de *Río Escondido*, Emilio García Riera caracteriza la película como un "drama religioso" inscrito dentro del estilo del "realismo socialista" (1993, p. 144-146). Esta descripción señala dos aspectos fundamentales de la obra: su contenido ideológico y su estructura narrativa. Por un lado, el término “drama religioso” alude a la forma en que la

película dota de un carácter casi sagrado a la figura de la maestra rural, quien no solo representa la lucha por la educación en regiones marginadas, sino que también encarna un sacrificio moral y físico en aras del progreso nacional. Este enfoque resalta valores como la abnegación, la entrega y el deber cívico, casi como virtudes de una misión divina.

Por otro lado, al enmarcar la película en el "realismo socialista", García Riera conecta el filme con una tradición cinematográfica y literaria que busca resaltar las luchas y desafíos del pueblo, mientras promueve un mensaje de esperanza y transformación colectiva bajo la guía de un liderazgo fuerte. Aunque el concepto de "realismo socialista" se asocia principalmente con el arte oficialista en regímenes comunistas, en este caso se adapta al contexto mexicano, donde el nacionalismo revolucionario se convierte en el eje central. La película utiliza este estilo para glorificar las políticas gubernamentales del alemanismo, destacando la educación como herramienta de modernización y cohesión social.

Esta combinación de elementos religiosos y una estética inspirada en el realismo socialista permite a *Río Escondido* funcionar como un vehículo ideológico que no solo narra una historia, sino que busca persuadir al espectador de la legitimidad y nobleza de las iniciativas gubernamentales, al mismo tiempo que refuerza una visión unificada y jerárquica de la comunidad nacional.

La maestra en la película es presentada como una heroína que realiza un bien absoluto por su comunidad. El sacrificio busca un futuro mejor, construido a partir del esfuerzo individual, y le da cabida a todos aquellos que contribuyeron al mejoramiento de las condiciones de existencia, respondiendo a un mandato superior, casi divino, de quien está en una posición de autoridad y hace el llamado a la privación presente en nombre de la abundancia futura. Esta abundancia se presenta como un conjunto de expectativas asimiladas por el régimen “revolucionario”, que encontró su cauce en la política modernista que llevó la civilidad y la educación a cada rincón del país.

La política educativa se presenta como una prioridad en la escena que retrata al presidente Miguel Alemán. Esta política estaba orientada hacia la modernización del sistema educativo, buscando ampliar la cobertura, mejorar la calidad de la enseñanza y consolidar una educación nacionalista que reflejara los valores y principios del régimen. Alemán enfatizó la educación como una herramienta clave para el desarrollo social y económico del país,

fomentando la profesionalización docente y la expansión de las instituciones educativas en áreas rurales y urbanas.

La política educativa se centró en la formación de una ciudadanía leal al Estado y alineada con los objetivos del desarrollismo. Se promovió una educación técnica y científica que preparara a los futuros profesionistas para contribuir al crecimiento industrial y urbano del país. Además, se establecieron programas que integraban contenidos ideológicos, con énfasis en la mexicanidad, para fortalecer la identidad nacional y justificar las políticas del régimen.

Cuando aparece en la pantalla, el presidente se dirige, antes que a cualquier otro grupo, a los maestros que deberán alfabetizar al pueblo de México. Esta escena presenta una nueva etapa en la "revolución letrada", que se percibe como paralela a la revolución política, una idea forjada años antes. Los antecedentes del intelectualismo revolucionario indicaban que, aunque revoluciones como la maderista habían recurrido inicialmente a la violencia, "se reacomodaban las instituciones y las leyes con el propósito de llevar a cabo la prometida redención moral" (Rojas, 2022, p. 172). En este contexto de continuidad revolucionaria, el filme parece mostrar un período en el que finalmente se logró dicho reacomodo de la violencia con el ascenso del civilismo al poder.

El discurso cinematográfico parece adaptarse a los postulados intelectuales, que, aunque originados en los primeros años del intento de pacificar los movimientos armados, como los promovidos por José Vasconcelos o Antonio Caso, influyeron en la filosofía de la mexicanidad desarrollada durante el alemanismo por filósofos como Leopoldo Zea, Emilio Uranga y Jorge Portilla. Estos pensadores también sugirieron la necesidad de una renovación cultural[27], la cual fue naturalizada a través del cine por los miembros del grupo Hiperión.

La relación entre la narrativa cinematográfica de la época de oro y los planteamientos de pensadores como Leopoldo Zea, Emilio Uranga y Jorge Portilla se manifiesta en la forma en que el cine se convirtió en un vehículo para articular y difundir una visión renovada de la identidad nacional. El grupo filosófico Hiperión reflexionó profundamente sobre la identidad cultural mexicana en el contexto de la modernización y los retos del mundo contemporáneo.

[27] Consideramos importante remarcar que, la propuesta de los filósofos se presentaba incluyente. Tomaba en cuenta la posibilidad de transformación de indígena en un sujeto moderno. Esto permitió que la mexicanidad tuviera un ajuste más acorde a los intereses gubernamentales de homogeneizar al pueblo mexicano. Por otra parte, los viejos ateneistas eran excluyentes al respecto. No consideraban al indígena capaz de reformarse y no podían sugerir más que su exclusión.

Zea, Uranga y Portilla proponían una reinterpretación de la historia y la cultura mexicana, buscando reconciliar los valores tradicionales con las exigencias del progreso moderno. La narrativa cinematográfica de la época resonaba con esta visión al representar un México que, si bien estaba en transición hacia la modernidad, nunca abandonaba sus raíces culturales. Las películas retrataban personajes y escenarios que simbolizaban esta integración: el maestro rural que lleva educación a comunidades indígenas o la familia que busca un equilibrio entre la tradición y los valores modernos.

El cine de la época no solo reflejaba esta integración cultural, sino que también promovía los valores que estos pensadores asociaban con la identidad nacional: la solidaridad, el trabajo, la dignidad y el respeto por la historia. En este sentido, las películas funcionaban como una extensión de las ideas de estos filósofos, llevando al público una visión de México como una nación capaz de superar las divisiones sociales y políticas del pasado a través de la unidad y el compromiso colectivo.

Esto demuestra cómo el cine no solo reflejaba, sino también contribuía a la construcción y naturalización de una identidad cultural adaptada a los objetivos del Estado, alineándose con las ideas filosóficas de renovación y cohesión social promovidas por los intelectuales del momento.

En nombre de la soberanía nacional, se instaba a todos los mexicanos a dejar de lado las disputas internas (específicamente las luchas de clase) en aras del engrandecimiento del país. Este objetivo solo podría lograrse si cada mexicano se esforzaba por aumentar su productividad y, con ello, contribuir a la lucha contra la amenaza fascista.

Considerando este contexto, se puede afirmar que quienes más sacrificaron sus beneficios personales fueron los miembros de la clase trabajadora[28]. A su vez, esta clase era el principal público del cine nacionalista de la época. La clase trabajadora se convirtió en el principal público del cine nacionalista durante este periodo porque muchas películas estaban

[28] Aunque los términos del sacrificio incluían tanto a empresarios como a trabajadores, el cumplimiento de los acuerdos se vio poco equilibrado. Si bien se trató de un pacto tripartita, en donde se prohibieron las huelgas, con el argumento de que podían obstruir el esfuerzo bélico, y los trabajadores se comprometieron a evitar conflictos intersindicales, huelgas y prácticas dilatorias, y los empresarios se comprometieron a sostener el nivel de vida, mientras que el gobierno a proveer un marco legal de conciliación para resolver controversias, lo que se sabe es que ninguna parte cumplió el acuerdo. Las huelgas continuaron, el nivel de vida bajó, las utilidades de las empresas aumentaron y el gobierno no actuó para mantener las antiguas victorias obreras; sin embargo, los sacrificios relativos no fueron equitativos. Las empresas se beneficiaron de la caída de los salarios reales y los especuladores tuvieron una magnífica temporada; pero el pacto impactó en las huelgas a que estas degeneraran en ejercicios espontáneos o fragmentados en que los líderes sindicales se vieron convertidos en representantes de la dirección contra las legítimas objeciones de los trabajadores en su solitaria lucha por detener el rápido descenso del salario real (Niblo, 2008, p. 117).

diseñadas para educar, integrar y movilizar a esta parte de la población en torno a valores como la unidad nacional, el desarrollo social y el compromiso con el régimen. Cintas como *Río Escondido* buscaban transmitir mensajes de justicia social, progreso y orgullo nacional, temas en los que en el público trabajador encontraba una manera de entender y participar en los cambios sociales y políticos de su tiempo.

Según Tuñón, "el habitante de la vecindad, por sus características culturales y económicas, es casi por definición el espectador natural del cine mexicano. También lo es el habitante del pueblo o de las rancherías que tenían entre sus escasas distracciones las exhibiciones fílmicas"[29] (1993, p. 178). Este vínculo se explicaba no solo por las características económicas y culturales del público, sino también por la capacidad del cine para reflejar sus aspiraciones, conflictos y valores, convirtiéndose en una extensión de su experiencia cotidiana.

Por su parte, Xavier Robles (2021) describe a la mayor parte del público del cine como "predominantemente urbano, católico e ignorante" (p. 118). Esta caracterización subraya cómo el cine mexicano no buscaba confrontar ni transformar las ideas preconcebidas del espectador, sino que se limitaba a reproducir y consolidar valores preexistentes. En lugar de provocar cuestionamientos o rupturas con las estructuras sociales y culturales dominantes, el cine operaba como un vehículo de reafirmación ideológica, reforzando las nociones de identidad, familia, religión y moral propias de la mexicanidad.

El hecho de que el cine reafirmara valores ya interiorizados en lugar de cuestionarlos muestra cómo las producciones cinematográficas estaban diseñadas para ser consumidas sin fricciones por un público que, en su mayoría, no estaba expuesto a discursos críticos o alternativas ideológicas radicales. El cine se convertía en un espejo que devolvía al espectador una imagen idealizada de sí mismo y de su entorno, confirmando su lugar en el tejido social y reforzando la estabilidad de las estructuras dominantes.

Ciertamente, se insistía en que el cine nacional estaba dirigido a la creciente clase media, a la cual se le asignaba el protagonismo en la transformación de México. Sin embargo, encontramos que tanto la clase popular como la clase media, incluidos miembros de la burocracia gubernamental, estaban representados en un gran número de películas de la época,

[29] Julia Tuñon hace referencia al *Anuario de El cine gráfico de 1942-43* en México D. F., en donde se explica como fue el público sencillo de los pueblos, colonias y suburbios quienes rápidamente adoptaron el cine nacional, mientras que las clases sociales elevadas cerraron los ojos ante el film mexicano, lo despreciaron y hasta llegaron a odiarlo por considerarlos de categoría inferior (p. 178-179).

y las que analizamos aquí no son la excepción. Así como en *Río Escondido* aparecen profesionistas como el médico y la maestra, en *Una familia de tantas* el padre de familia y el hijo mayor son contadores, y el antagonista es un comerciante. En otras cintas, se presentan personajes como el juez en *Sensualidad* (1951), el policía en *Salón México* (1948) o el abogado en *Fíjate que suave* (1947).

El objetivo era lograr la identificación con los públicos. Las películas buscaban tratar temas que reflejaran a las personas y sus sueños. Alejandro Galindo destaca cómo la gente de barrio recibió con gusto las películas que mostraban a personas de su entorno: "si muestras a esa gente en la pantalla, en primer lugar creo que ellos piensan: 'se han acordado de nosotros'; y si luego los pintas en sus aspectos, sentimientos, gestos y actitudes que mueven a la simpatía, no porque sus acciones sean, vamos a decir, constructivas, sino reveladoras de que son seres humanos, lo agradecen enormemente" (Tuñón, 1993, p. 185). Así, mientras algunas películas intentaron retratar a las clases medias a través de sus profesiones, también hay ejemplos que ilustran a las clases populares, como *El Ropavejero* (1946), *Nosotros los pobres* (1947), *Ustedes los ricos* (1948) y *El rey del barrio* (1950).

Por lo tanto, existe una gran cantidad de películas en las que un trabajador común, como un mecánico en *Necesito dinero*, un chofer en *Hay lugar para dos*, un carpintero en *Nosotros los pobres* o un panadero en *¡Ay, amor, cómo me has puesto!*, aparece como el protagonista de una historia en la que es un héroe cotidiano. Mientras fuera honrado y trabajador, no importaba sus desafíos: saldría adelante y superaría cualquier dificultad. De manera similar, en el caso de la clase media, se presentaban burócratas estatales, médicos, maestros, jueces, contadores o vendedores de aspiradoras. A estos personajes, además de transmitirles la importancia del esfuerzo en el trabajo, se les exhortaba a ser los portadores de la transformación del pueblo de México. El mexicano que se vio reflejado en el cine recibió el mensaje de que gente sencilla, como la mayoría, podía alcanzar sus metas trabajando duro y aceptando las difíciles condiciones que la vida le ponía enfrente.

El cine mexicano de la época de oro se caracterizó por su capacidad de conectar con las masas populares, pero paradójicamente ignoró, en su mayoría, los conflictos sindicales y las luchas laborales que marcaron aquellos años. A pesar de que durante este periodo las muestras de inconformidad por parte de diversos sectores trabajadores eran frecuentes y significativas, estas no se reflejaron en las narrativas cinematográficas. En lugar de abordar de

manera directa las problemáticas sociales relacionadas con la organización gremial, las huelgas o las demandas por mejores condiciones laborales, el cine optó por representaciones más románticas o simplificadas de la clase trabajadora.

La mayoría de las películas que pretendían retratar a los sectores populares lo hicieron desde el melodrama o la comedia, construyendo personajes arquetípicos que no representaban con fidelidad la complejidad de las luchas sociales de la época. Uno de estos arquetipos fue el del "pelado", una figura que combinaba rasgos cómicos y heroicos. El "pelado" encarnaba al individuo humilde que, a través del esfuerzo personal, la perseverancia y el sacrificio, lograba superarse y ascender socialmente, aunque este ascenso siempre se enmarcaba en una lógica individualista y no como resultado de una acción colectiva.

Esta representación, aunque efectiva para conectar emocionalmente con el público, despolitizaba las realidades sociales de la clase trabajadora, desviando la atención de los conflictos estructurales hacia historias personales de redención y éxito. De esta forma, el cine contribuyó a reforzar una narrativa en la que la solución a los problemas de los sectores populares no radicaba en la organización o la lucha sindical, sino en la virtud individual y la aceptación de un sistema que premiaba el esfuerzo personal.

Esto significaba fomentar una mayor confianza en sí mismo en el mexicano, quien debía dejar de lado sus trabas morales y unirse al progreso guiado por los mestizos, a quienes este conjunto de ideas identificaba como el motor potencial del país. Era necesario crear una conciencia constructiva, según lo propuesto por algunos intelectuales de la época como Emilio Uranga (1952, p. 397), quien sugería “sustituir el complejo de inferioridad por la categoría de insuficiencia. Esto permitiría convertir la zozobra y la inseguridad del mexicano en una ‘permanencia creadora’”.

En este contexto, la profesora en *Río Escondido* muestra una actitud de sacrificio orientada hacia la superación, no de manera personal ni individualista, sino en beneficio de los demás, para que estos pudieran superarse y convertirse en ciudadanos acordes con el nuevo tipo de sociedad que México estaba construyendo. Esto se puede observar en los diálogos del filme, cuando la profesora se dirige a los alumnos de la siguiente manera:

> vengo a enseñarles lo poco que sé, para que mañana, sean hombres y mujeres útiles y puedan luchar por la regeneración de Río Escondido, de México y del

> Mundo. Cada letra y cada número que aprendan será un escalón en el camino que habrá de llevarlos a la verdadera libertad, la libertad del miedo, de la misera y la extorsión.

La profesora cumple su papel en el proyecto educativo alemanista sacrificando su propia integridad. En *Río Escondido*, la otra forma de representar el pasado se manifiesta en la figura del cacique local, quien actúa como el antagonista que intentará impedir que el pueblo se eduque conforme a los principios del civilismo. El sacrificio busca un futuro mejor, construido a partir del esfuerzo de cada individuo, lo que permitiría que todos los que contribuyeron al mejoramiento de las condiciones de existencia encontraran su lugar en esa nueva realidad.

Podemos recurrir al análisis de Paul Ricoeur sobre el tiempo, en el que la espera se percibe como “lo análogo a la memoria”, que “consiste en una imagen que existe ya en el sentido que precede al acontecimiento que todavía no existe” (Ricoeur, 1995, p. 50). Esta imagen anticipa cosas futuras que son posibles de plasmar también en una narración, ya sea escrita en una obra literaria o grabada en un filme, y posteriormente leída o vista por un lector o espectador.

Rosaura se enfrenta a la tiranía local y la vence, pero con el costo de su vida. Jorge Ayala Blanco hace referencia a las metáforas utilizadas en la producción para ilustrar la importancia de dicho acto de abnegación. Hacia el final de la película, Rosaura salva a un niño, ‘ese niño es México’, quien por fin podrá ser libre porque se ha roto el yugo feudal que lo mantenía sometido a la ignorancia. Luego, “la maestra muere escuchando la voz de la patria y sobre su sepultura se coloca una lápida en la que el pueblo de Río Escondido le expresa su agradecimiento” (Ayala, 1968, p. 79).

El sacrificio está consumado. El héroe cotidiano entregó su vida por la causa de la educación y se convirtió en mártir de la revolución letrada que acompaña a la revolución política, y el pueblo lo reconoce. Gracias a ello, la esperanza del progreso se abre para Río Escondido, ya que la protagonista introdujo a sus habitantes en la antesala de la civilización moderna. La noción de progreso es fundamental en el planteamiento de que las políticas públicas en una sociedad moderna deben ser planificadas. El proyecto modernizador en el país sugiere que los cambios implementados en cada rincón del país apuntan a dicho fenómeno, el

cual suponía un cambio activo del espacio social, donde se espera que el futuro sea diferente y mejor que el pasado.

La noción de sacrificio en el cine nacionalista de los años 1940 trasciende los beneficios inmediatos para convertirse en un acto que conecta los tiempos históricos y proyecta un servicio invaluable a largo plazo. Este sacrificio, personificado en figuras como la maestra o el médico comprometidos con la comunidad, simbolizaba la promesa de un futuro próspero cimentado en los valores de la modernización, el progreso y la unidad nacional. Sin embargo, este ideal de un beneficio futuro no logró materializarse como lo anticipaba el discurso civilista.

A partir de la década de 1970, los críticos del cine nacionalista comenzaron a cuestionar la narrativa optimista que ofrecía este sacrificio, ya que la realidad del México contemporáneo evidenciaba profundas discrepancias con las promesas proyectadas en aquel entonces. El caciquismo, que en las películas de los años 1940 se presentaba como un obstáculo a superar mediante la educación, la salud y la intervención estatal, había perdurado bajo nuevas formas. Ahora, se encontraba personificado en los "delegados" locales del PRI, quienes actuaban como representantes del poder central en comunidades rurales, muchas veces perpetuando dinámicas autoritarias y clientelares.

Estos delegados, cobijados por las corporaciones creadas como organismos sectoriales dominados por el PRI, continuaban ejerciendo control sobre las comunidades, limitando la realización de la autonomía y el progreso prometidos en las narrativas cinematográficas. Así, el sacrificio heroico y los ideales de transformación proyectados en el cine nacionalista de los años 1940 se revelaron, desde la perspectiva de los críticos de los años 1970, como parte de una construcción simbólica que legitimaba al régimen, pero que no necesariamente resolvía los problemas estructurales de las comunidades que pretendía transformar.

Recordemos que hacia el último cuarto de siglo, México entró en una severa crisis política y económica, que hizo evidente que el llamado “milagro mexicano” se había derrumbado. Los beneficios de la industrialización llevaron a un desenlace fatal respecto a las expectativas del futuro que tanto se idealizaban en el cine de los años cuarenta. Quienes analizaron las tramas de esas películas identificaron en la proyección hacia el futuro del discurso cinematográfico una promesa de abundancia; sin embargo, quienes se encontraban varias décadas adelante encontraron una crisis del modelo.

### 3.3. La introducción de la tecnología en la vida de los mexicanos

Las películas que estamos analizando tematizan la introducción de la tecnología en una sociedad que transitaba hacia la modernidad durante el sexenio alemanista. Aunque cada una desarrolla su argumento en un escenario diferente, en ambos casos, la ciencia y la tecnología modernas juegan un papel imprescindible si nuestro objetivo es entender el impacto ideológico que las cintas tuvieron en su público.

En *Una familia de tantas*, un punto crucial es la llegada de los electrodomésticos al interior de una familia acomodada. Un vendedor visita las casas para ofrecer un producto que altera los principios tradicionales de una familia altamente conservadora: una aspiradora. Desde la perspectiva del análisis cinematográfico el artefacto:

> no sólo quitará el polvo de los muebles viejos, también removerá los apolillados pensamientos de un dictador [el padre autoritario de la familia] que se niega a respirar los vientos de cambio que el reciente gobierno ofrece, «la modernidad», los beneficios de la industrialización, y que también representa un peligro para el dictador, que teme cualquier alteración de su sistema tradicionalista (Flores, 2010, p. 6).

La interpretación de estas películas nos habla de un momento de transición, en el que están surgiendo nuevos valores que transforman la manera de pensar de los sujetos, acompañados por una serie de artefactos domésticos que ilustran el cambio en la materialidad de la sociedad mexicana hacia un estilo de vida semejante al norteamericano.

La interacción entre el jefe de la familia y Roberto, el vendedor, es especialmente significativa. La respuesta de Roberto, que minimiza el impacto de la tecnología en las costumbres familiares, puede interpretarse como una alegoría del discurso oficial del gobierno alemanista, que impulsaba la modernización económica e industrial como un medio para alcanzar el progreso nacional, pero siempre enfatizando que dicho progreso debía armonizarse con los valores morales y culturales tradicionales. Este diálogo encapsula la narrativa gubernamental que buscaba posicionar la tecnología y la industrialización no como una amenaza, sino como una herramienta para fortalecer la identidad mexicana.

En vendedor irrumpe en un hogar, al que se representa como tradicional, y presenta el producto tecnológico a la familia, destacando “la rapidez y la eficiencia” con que trabaja la máquina, lo cual se considera muy útil y necesario para la conservación y limpieza del hogar. Sin embargo, este ideal no se presenta sin conflictos: el padre de familia, al dudar de la capacidad de las máquinas para sustituir el trabajo humano, da voz a los temores de que la modernidad pudiera deshumanizar las relaciones sociales y desintegrar las bases de la vida comunitaria. Roberto responde: “no creo que las costumbres se alteren con la limpieza del hogar”. Esto puede llevarnos a una interpretación metafórica en la que la política gubernamental del alemanismo promueve un modelo sociopolítico que integra la tecnología industrial como parte de una nueva identidad nacional, mientras busca rescatar valores morales tradicionales identificados como “propios de la mexicanidad”.

Asimismo, el gobierno alemanista se identificaba como el agente de esta transformación, con una visión del mundo distinta al tradicionalismo. Se asumía como un gobierno moderno, noción que contrasta conceptualmente con la tradición y que implica adoptar lo nuevo en detrimento de lo viejo. La analogía aquí es el discurso del padre durante los quince años de Maru, la hija mediana, en el que señala que “quedan atrás los días de inocencia”. Maru racionaliza su situación familiar y decide cambiar los patrones para ser una mujer plena y feliz, en contraste con su madre que ha sufrido la tiranía patriarcal. Los jóvenes optan por cambiar la forma de vida tradicional por valores distintos que, aunque pueden parecer extraños a los mayores, son necesarios para su tiempo.

Es relevante considerar la importancia que se otorgó al cine en la década de 1940 como vehículo para proyectar la ideología del Estado. El cine, junto con la literatura, música y teatro, manejaba una serie de representaciones culturales con fines ideológicos. Como señala Xavier Robles, el cine estaba cargado de valores conservadores. Cuando Roberto del Hierro, “el sujeto modernizado”, intenta persuadir al padre de familia de adquirir la aspiradora, su argumento no solo exalta las ventajas prácticas del producto, sino que también apela a un imaginario social en el que las clases más privilegiadas marcan la pauta del progreso. Al afirmar que “es la que está siendo usada por las mejores familias de México”, Roberto introduce una lógica aspiracional que asocia el consumo de tecnología con un estatus social superior. Esto reproduce una jerarquización implícita, donde “las mejores familias” no solo

representan un nivel económico más alto, sino también un estándar de modernidad y prestigio que se convierte en un modelo a seguir.

Este detalle no es menor, ya que evidencia cómo el discurso sobre la modernización estaba impregnado de dinámicas de exclusión y diferenciación social. La tecnología, más que ser un elemento de acceso universal, se presenta como un marcador de distinción que refuerza las divisiones de clase. El producto no es solo una herramienta funcional; es un símbolo de pertenencia a un grupo social privilegiado, que puede permitirse adoptar los avances que supuestamente definen el futuro.

Podemos considerar el trasfondo teórico que sustentaba el mundo académico en relación con la transformación del carácter del mexicano. El desinterés por el futuro y la pasividad debían ser reemplazados por una actitud más dinámica y responsable, con conciencia de la realidad para transformarla. Leopoldo Zea afirma que “en esta nueva etapa, si hemos de estar a la altura de las circunstancias, tendremos que hacernos conscientes de los resortes que han movido esas fuerzas hasta ayer irracionales para mejor orientarlas” (Zea, 1967, p. 15). El vendedor parece promover una transformación moral en México al aparecer como un joven dinámico, aunque sigue presentándose como un individuo honorable que respeta los principios morales y la división social existente.

Tanto en el ámbito intelectual como en el cultural, se producían representaciones de lo que debería ser lo mexicano frente a las nuevas circunstancias, donde la mentalidad debía reorientarse para responder a los nuevos proyectos del gobierno civil, que ya tenía otra perspectiva del México del futuro. La mentalidad del mexicano debía evolucionar hacia una madurez que se preocupara por su futuro y no solo por la inmediatez.

En su análisis de *Una familia de tantas*, Flores Ramírez observa un mensaje implícito que equipara las nuevas aptitudes del gobernante civil con las del vendedor de aspiradoras: “entusiasta, representa la inteligencia y sencillez de la modernidad alemanista. Joven dinámico, moderno y emprendedor que coloca la tecnología al servicio del hogar enfrentando la incredulidad y el rechazo de los espíritus conservadores” (Flores Ramírez, 2010, p. 10). La investigadora sugiere que las aptitudes “afirmativas” de los personajes que se presentan como innovadores intentan representar el accionar gubernamental, para que las nuevas tendencias implementadas por este fueran consideradas frescas y actualizadas.

Sin embargo, Flores Ramírez también señala que la película presenta un contraste: “una época claramente contradictoria, ya que se presumía una incipiente sociedad moderna y, al mismo tiempo, los cambios los atemorizaban” (Flores Ramírez, 2010, p. 7). Esto refleja los imaginarios sociales en torno a las transformaciones y los miedos y ansiedades que ponían en riesgo la integridad física y moral de cada mexicano.[30]

Es crucial reflexionar si los cambios representados en las narrativas cinematográficas y culturales de la época realmente reflejaban transformaciones sociales concretas o si formaban parte de un imaginario idealizado de modernización y progreso. Aunque el cine y otras expresiones culturales promovían una imagen de la vida urbana como el nuevo núcleo de la identidad mexicana, esta visión contrastaba profundamente con la realidad sociocultural del país. Durante este periodo, la mayoría de la población seguía habitando zonas rurales, donde prevalecían formas de vida tradicionales marcadas por dinámicas económicas, sociales y culturales muy distintas a las que se desarrollaban en las ciudades.

La vida citadina, con sus cambios, innovaciones, desafíos y cultura, se proyectaba como el modelo de un "nuevo mexicano" modernizado. Sin embargo, esta representación asumía implícitamente que los valores urbanos, asociados a la industrialización y el progreso, eran universales y aplicables a toda la nación. Esto generó una narrativa homogenizadora que invisibilizaba las múltiples realidades del México rural, donde las transformaciones promovidas por el gobierno y las élites culturales no tenían el mismo alcance ni impacto.

El cine, al elegir retratar principalmente la experiencia urbana, contribuía a consolidar una imagen de modernización que era más aspiracional que realista. Este enfoque no solo ignoraba las tensiones y desigualdades entre el campo y la ciudad, sino que también reforzaba un imaginario nacional en el que las dinámicas rurales eran relegadas al pasado o vistas como obstáculos que debían ser superados para alcanzar la modernidad.

Hay un impulso de transformación material acompañado de un conjunto de ideas que dieron forma a la doctrina del Estado. Nadie cuestiona cómo el Estado apoyó la industrialización y cómo la ciencia moderna se integró en la vida de las familias acomodadas. Sin embargo, que estos cambios hayan impulsado alteraciones ideológicas más liberales no es

[30] Un ejemplo de esto puede ser la aparición real o ficticia de “sujetos peligrosos” como los señalados en la compilación *Hampones, pelados y pecatrices*, coordinada por Susana Sosenski y Gabriela Pulido, en donde se analiza la forma en cómo estudiantes, comunistas, robachicos, vampiresas, homosexuales, pistoleros, entre otros sujetos propios de la sociedad urbana, podrían representar un peligro para la integridad física de los ciudadanos, pero también, suscitaban una amenaza para los valores tradicionales que regían a la sociedad. Y su peligrosidad era reproducida a través de los medios de comunicación, sobre todo porque ponían en riesgo el *statu quo.* (pp. 12-13).

tan claro, ya que el Estado continuó siendo altamente paternalista incluso medio siglo después de la época de producción de estas películas. Este paternalismo, caracterizado por una relación asimétrica entre el gobierno y los ciudadanos, en la que el primero asumía un rol de autoridad protectora y dominante, continuó siendo una constante.

La interpretación de estas películas nos habla de un momento de transición, en el que están surgiendo nuevos valores que transforman la manera de pensar de los sujetos, acompañados por una serie de artefactos domésticos que ilustran el cambio en la materialidad de la sociedad mexicana hacia un estilo de vida semejante al norteamericano. Sin embargo, mientras que las políticas modernizadoras se traducían en avances visibles en infraestructura, tecnología e industrialización, estas no cuestionaron profundamente las estructuras de control estatal ni promovieron una mayor autonomía ciudadana. Esto sugiere que el proyecto de modernización del Estado estuvo más enfocado en consolidar su legitimidad y autoridad que en fomentar un cambio ideológico que desafiara su carácter paternalista.

El culto a la tecnología se integró a la identidad nacional con un carácter autoritario. Se presumió que la tecnología no alteraba los valores tradicionales y que podía coexistir con ellos. La bandera de la no reelección, que comenzó con la Revolución Maderista, se mantuvo durante todas las etapas. Aunque el país se modernizaba, la reelección presidencial estaba prohibida, y quienes asumían el cargo se comportaban de manera autoritaria, ajustándose a la bandera antirreeleccionista.

En *Río Escondido*, el tema de la introducción de la ciencia como símbolo de modernidad, aunque menos explícito que en otras películas, se manifiesta de manera significativa con la llegada del médico al pueblo. Este personaje encarna la figura del progreso científico, pues a través de su conocimiento y habilidades médicas, se presenta como el agente capaz de sanar los cuerpos y, por extensión, revitalizar la comunidad. Su presencia representa la incursión del Estado en los espacios rurales, llevando consigo no solo recursos materiales, sino también un paradigma modernizador que busca transformar la vida cotidiana de los habitantes.

A diferencia de los métodos tradicionales de sanación, basados en saberes ancestrales o prácticas locales, la medicina científica se muestra como una herramienta de "carácter superior". Este estatus se debe no solo a su eficacia curativa, sino también a su capacidad para ser percibida como un símbolo de progreso y modernidad. En el discurso cinematográfico, la

ciencia médica no solo alivia dolencias físicas, sino que también se presenta como un elemento civilizador que legitima la intervención del Estado en comunidades aisladas o marginadas. Así, el médico no solo cura, sino que también simboliza la integración de estas comunidades al proyecto nacional modernizador.

En 1943, el gobierno avilacamachista creó el Instituto Mexicano del Seguro Social, y durante el sexenio alemanista, este se expandió significativamente, construyendo tres hospitales, seis clínicas y el edificio central en la capital, afiliando a miles de personas y extendiendo los servicios a diversos estados de la República (Alemán, 2006, p. 31).

La planificación en la época moderna se considera una obligación para prever el futuro anhelado. La expansión del sistema sanitario y su representación en el cine son signos de que la ciencia y la tecnología eran parte de la transformación del país, con el objetivo de que los habitantes de las áreas más alejadas también fueran parte del México del futuro.

El crecimiento económico permitió un desarrollo material en infraestructura e industrialización, creando una imagen de prosperidad basada en el uso de la ciencia y la tecnología. Aunque “el milagro mexicano” tuvo su auge en la época del cine de oro, su esplendor se agotó en las décadas de 1970 y 1980. La promoción de este cine tuvo más que ver con una aculturación destinada a legitimar la modernización autoritaria.

Con el tiempo, esta legitimación fue puesta en duda, ya que la ciencia y la tecnología no mejoraron significativamente las condiciones de vida de la población en general. Aunque hubo grandes avances en infraestructura, industrialización y expansión del sistema sanitario, la desigualdad social y económica persistió. Los críticos del cine, en este contexto, experimentaron la transición del “auge” a la crisis de finales de siglo.

Finalmente, el autoritarismo priista sufrió un golpe en su credibilidad y fue reemplazado por el neoliberalismo como modelo económico. El paternalismo se volvió obsoleto y el Estado patriarcal tuvo que restringir su gestión a actividades administrativas, permitiendo la introducción de valores cosmopolitas alineados con la era de la globalización. Esto permitió a los analistas del cine cuestionar las representaciones del nacionalismo en el “cine de oro”, identificando esta cinematografía como parte de un entramado mediático con funciones político-ideológicas, legitimando lo que la historiografía definió como “el giro a la derecha”.

Esta situación permitió a los analistas del cine poner en cuestión aquellas representaciones del nacionalismo que, habían sido elevadas valorativamente en la posición del “cine de oro”. Desde la perspectiva de analistas como Xavier Robles y Jorge Ayala Blanco, el cine de esa época no fue simplemente entretenimiento o arte, sino una herramienta política-ideológica que reforzaba los valores conservadores y contribuía a legitimar el autoritarismo mediante la consolidación de un discurso oficial.

Al acercarse al análisis crítico del cine como documento historiográfico, se destaca cómo estas producciones no solo reflejaban, sino que construían una realidad oficial, promoviendo una imagen de México idealizada y controlada por el Estado. Este proceso facilitó el "giro a la derecha" en las políticas sociales y económicas, sacrificando las voces críticas y los movimientos sociales en aras de una narrativa que promovía el desarrollo nacional bajo una retórica de unidad y sacrificio. Así, el cine de oro se convirtió en un medio para la reproducción del conservadurismo ideológico, con un papel fundamental en la consolidación de un régimen autoritario.

### 3.4. El aspecto moral representado en el cine

El civilismo alemanista, aunque se presentó como liberal y democrático, continuó reproduciendo en gran medida valores y actitudes de una moral conservadora. Sin embargo, a través de los medios de comunicación se exaltaron los cambios en las costumbres que complementaban la modernización política y el desarrollo económico. Una de las películas que ilustra esta imagen es *Una familia de tantas*.

En esta cinta, el autoritarismo paternal de una familia de clase media se hace evidente. Fernando Soler, quien interpreta a la figura paternal, “asume todas las prerrogativas y deformaciones de la paternidad abusiva” (Ayala, 1968, p. 50). Símbolo del régimen dictatorial de principios de siglo, la trama de la película gira en torno al rompimiento de dicha autoridad con la aparición de un personaje con una mentalidad dinámica y entusiasta: Roberto del Hierro, interpretado por David Silva.

Jorge Ayala, en su análisis cinematográfico de la década de 1970, percibe la intención de proyectar en el cine una metamorfosis en la sociedad mexicana de la década de 1940. Se identifica la presencia del pasado autoritario en la figura del padre, cuya autoridad se

desmorona con la desobediencia y la desintegración familiar. Un régimen moral ya no tenía continuidad, y una serie de valores modernos emergían para guiar el surgimiento de una nueva forma de vida, la misma en la que Ayala Blanco se convertiría en profesionista y analista del cine nacional.

La personalidad emprendedora del agente de ventas, que tiene la mirada puesta en el futuro, contrasta con el autoritarismo del régimen dictatorial del pasado. Ayala Blanco señala las cualidades liberales del vendedor, quien, a diferencia del padre de la familia, considera que el desarrollo de los hijos no debe ser obstaculizado por el autoritarismo, y que el matrimonio debe ser una relación colaborativa y no de sumisión. Según Ayala, con el triunfo de Roberto del Hierro en la película, "el filme adquiere un fausto y sencillo significado histórico de salto cualitativo del feudalismo a la democracia" (Ayala, 1968, p. 52). Así, la cinta presenta el rompimiento con una forma de autoritarismo vertical que no permite una relación eficiente entre los miembros de una sociedad. En cambio, la colaboración activa y el diálogo bidireccional entre autoridad y súbditos permiten una relación más productiva, que el cine representa en el ámbito familiar, pero que también puede verse como una metáfora del sistema político nacional, en el cual se solicitaba constantemente al pueblo colaborar activamente en el proyecto civilista de Miguel Alemán.

El análisis cinematográfico, al igual que el análisis historiográfico de su tiempo, identifica una representación del cambio en la sociedad mexicana de la época. No solo en su gobernabilidad, que pasa de la militar a la civil, sino también en la moralidad de la población, que se adapta, según la narrativa visual, a las nuevas tendencias sociales de la modernidad autoritaria. Estos aspectos construyeron un imaginario social en el que la política y la vida de los mexicanos pasaron de una tendencia "conservadora" a una "liberal", fenómeno ilustrado en *Una familia de tantas* a través del derrumbamiento del régimen dictatorial y la posibilidad de que cada miembro de la familia tome sus propias decisiones.

La trama de la película organiza la disposición de los hechos en una sucesión verosímil que dota de sentido al rompimiento de las convenciones morales "caducas". La sucesión de los hechos tiene un carácter lógicamente necesario. El dinamismo y la modernidad del agente de ventas deben prevalecer ante el autoritarismo. Aunque Roberto del Hierro es inicialmente rechazado por las mujeres de la familia, quienes lo reciben, insiste en vender el producto. Posteriormente, se enfrenta al juicio del padre, quien no tolera la intrusión de un extraño en su

hogar mientras él no está presente. Sin embargo, la seguridad en su retórica logra convencer al carácter conservador, y la venta se concreta. Además, apela a su "honorabilidad" como hombre. A partir de allí, comienza el cortejo hacia Maru, una de las hijas de la familia, lo cual también enfrenta una serie de obstáculos. Sin embargo, la forma en que se desarrolla la trama sugiere que, lógicamente, los valores del atraso deben ser superados por los de la modernidad.

La narrativa sugiere un cambio en el estilo de vida que se proyectan en la trama de esta película, la cual, según la investigadora de la Universidad Veracruzana, Diana Rosario Flores Ramírez, "refleja la culminación de una época y, principalmente, de una ideología, 'la porfirista', y la apertura de una visión de mundo nueva, diferente y precursora de una serie de cambios que se veían claramente reflejados en los habitantes de este 'nuevo México'" (Flores Ramírez, 2010, p. 3).

Por un lado, tenemos el retrato de las familias tradicionales que se rigen por valores provenientes de la dictadura porfiriana, un sistema represivo altamente patriarcal que se ve transgredido por la introducción de nuevos intereses y necesidades de los jóvenes, quienes tienen una nueva visión de la sociedad que habitan. Así mismo, hay una tradición histórica de comportamiento vigente, visible en la figura paternal de la familia y en el retrato de Porfirio Díaz en el hogar, que denota la resistencia del pasado a desaparecer.

Con la aparición del agente de ventas, "la sensibilidad de Maru ha sido excitada de manera permanente" (Ayala, 1968, p. 47). Un pasado que comienza a resquebrajarse cuando la tensión familiar se hace más evidente, hasta que las inquietudes rompen el equilibrio del pasado hacia un nuevo horizonte. "Los miembros de la familia comienzan a sufrir las presiones del momento histórico en que viven" (Ayala, 1968, p. 50).

Sin embargo, dicha transgresión parece más circunstancial que intencional. Ayala Blanco señala que "el elemento de disolución de *Una familia de tantas* no es un individuo perverso o un anarquista", sino "un muchacho modesto" (Ayala, 1968, p. 51). No hay ideas radicales en juego, sino un simple "optimismo" de emprendedor que proyecta una imagen progresista, símbolo de una sociedad más avanzada, que lleva al hogar una máquina que complementa su figura de sujeto moderno.

Este detalle es fundamental para entender el alcance limitado de la narrativa: no se introducen ideas subversivas o críticas profundas al sistema, sino que el cambio es impulsado por un espíritu emprendedor optimista que, lejos de romper con el orden establecido, lo

refuerza al integrar elementos de modernidad de manera funcional y aceptable. El personaje de Roberto, el joven vendedor, no representa una amenaza para el patriarcado ni para las estructuras tradicionales del hogar. Su llegada al espacio familiar, aunque inicialmente disruptiva, no propone una transformación ideológica profunda, sino la adopción de un producto tecnológico que simboliza el progreso y la eficiencia.

Este enfoque refuerza la idea de que el progreso puede coexistir con los valores conservadores, en lugar de cuestionarlos o transformarlos. Así, la figura de Roberto y su "transgresión" no desafían realmente las estructuras de poder o las jerarquías sociales, sino que las acomodan a un marco más moderno, perpetuando un discurso de progreso que evita abordar conflictos ideológicos profundos.

La sucesión de los hechos no es circunstancial, sino que su lógica es deducible porque su forma es reconocible como un tipo de trama típica, en la que la probabilidad y la necesidad se hacen presentes. Es necesario que Maru y Roberto del Hierro rompan las cadenas del autoritarismo conservador para abrir brecha en la transformación de la sociedad que habitaban sin un rompimiento radical con las estructuras sociales.

Así mismo, Xavier Robles (2002, p. 118) discute cómo el tratamiento de algunos temas en el cine de la época de oro es moderno y liberal, pero sus raíces ideológicas son conservadoras. Según Robles, Maru, la protagonista de esta película, es una mujer que decide romper con ciertas formas de comportamiento dentro del sistema patriarcal y machista. Sin embargo, desde la perspectiva de Robles, estos cambios no tienen un significado de raíz en los valores conservadores de la sociedad mexicana. Aunque Maru desafía la autoridad de su padre, no le pierde el respeto. Su personalidad es un ejemplo a seguir; su partida del hogar no es un acto de ruptura total, sino una transición aceptable para la moral de la época: se marcha para casarse, vistiendo de blanco, símbolo de pureza y decencia. Este detalle refuerza la idea de que, aunque se presenta como una mujer independiente, su autonomía se limita a decisiones que siguen siendo compatibles con los valores tradicionales de la sociedad mexicana.

En este contexto, Robles destaca que, aunque el cine de la época de oro pueda abordar de manera superficial temas de cambio social, las narrativas permanecen ancladas en un esquema ideológico que no cuestiona las estructuras fundamentales del sistema. El caso de Maru no representa una ruptura radical con el patriarcado, sino más bien una negociación que reafirma los valores de la familia, el matrimonio y el rol asignado a las mujeres dentro de la

sociedad. Su "rebeldía" se legitima en tanto que no subvierte las normas, sino que las adapta a un contexto donde la modernización convive con un arraigo conservador. Esto ejemplifica cómo el cine proyecta la ilusión de cambio sin necesariamente transformar las bases ideológicas que sustentan las jerarquías sociales y de género.

Ayala Blanco (1968, p. 79) también analiza el aspecto moral en *Río Escondido*, donde señala cómo la dignidad de Rosaura “se rebela con violencia” al comprender “las perversas intenciones” del supuesto arrepentimiento de Regino Sandoval, quien primero le ofrece una casa para que habite en lugar del aula escolar. Sin embargo, la maestra rural comprende que lo que el cacique busca es una vida de concubinato con ella.

La protagonista se refugia en la escuela y comunica a sus alumnos la inmoralidad del presidente municipal de Río Escondido, quien, según ella, debería representar al pueblo y sacrificarse por el bien común; sin embargo, “no se preocupa más que de satisfacer sus más mezquinas ambiciones y sus más bestiales instintos”.

Podemos observar la construcción de estereotipos en los que los sujetos no letrados, como Regino Sandoval, son vistos como “bárbaros”, quienes actúan de manera impulsiva guiados por el instinto en lugar de la razón. La cinta también busca proyectar a los generales revolucionarios que gobernaron México hasta la transición civilista. En una de las primeras escenas de la película, cuando Rosaura llega a Río Escondido, el cacique busca tomarse una foto a caballo al estilo de su general Villa. Regino Sandoval, presidente municipal del pueblo, representa la vieja forma de ejercer la autoridad. Identificado con los generales revolucionarios que tomaron cargos públicos al final del movimiento armado, es vinculado con la barbarie, a diferencia de los civilistas, quienes prefieren la diplomacia, característica de un pueblo moderno.

El nuevo gobierno, según el discurso mexicanista, buscaba terminar con la barbarie que sometía a los pueblos de México. La misión de Rosaura era contribuir a la alfabetización del país, una de las cuatro prioridades que el presidente menciona al inicio de la cinta, para eliminar “el terror implantado por políticas inmorales”.

Así, la educación y la institución escolar se sacralizan, considerándose “el santuario donde está depositada la fe de México”. La profesora, como instrumento de la institución, es capaz de combatir la irracionalidad del pueblo y la barbarie gubernamental a través de la civilidad. Por ejemplo, cuando se hace un llamado a “los indios” para que se formen en la

plaza para ser vacunados, los hombres del cacique no logran obligarlos ni a balazos; sin embargo, el método "civilizado" de la maestra permite la inmunización de manera ordenada. Se identifica así una constante disputa entre la barbarie y la civilidad, y el cine busca representar la superioridad de una sobre la otra.

Sin embargo, esta oposición es parte de un mismo proceso superestructural en el que, por diversos medios, se intentaban justificar los cambios implementados en el país. En ese sentido, el mensaje evidente es que la responsabilidad del cambio no solo recaía en el Estado, sino también en la capacidad de cada mexicano para tomar conciencia de su realidad y generar el reajuste necesario, un "reajuste que, en ninguna forma, tiene que tener un carácter negativo" (Zea, 1967, p. 15).

El rompimiento familiar y la fractura de la autoridad patriarcal en *Una familia de tantas*, así como la victoria de la maestra sobre el cacique en *Río Escondido*, representan el fin del régimen tradicionalista y la llegada de un nuevo tiempo. Se deja atrás un régimen político "estancado en el atraso" y se piensa en el porvenir con una fórmula política acorde a su tiempo; sin embargo, en ambos casos podemos observar como es que los cambios sugeridos promueven una continuidad con las estructuras sociales tradicionales y la integración de algunos valores modernos al sistema de normas con las que no se produce ninguna ruptura definitiva.

### 3.5. La vida urbana como emblema de prosperidad

La representación del ambiente urbano, como emblema del México en tránsito hacia la modernidad, fue frecuente en el cine de finales de la década de 1940. El cine, como medio para reproducir una imagen, proyectó en un entorno citadino ciertos aspectos que, desde el ámbito político y académico, se percibían como esenciales del ser mexicano. Nuevos oficios y profesiones, valores, productos y servicios fueron algunos de los elementos a través de los cuales dicha esencia se reprodujo mediáticamente en las pantallas.

En su tesis doctoral, Julia Tuñón (1993, p. 76) señala que, hacia finales de la primera mitad del siglo XX, existió una preocupación particular por los contenidos de las películas. Los productores se preguntaban si el tema debía ser costumbrista o universal. Su investigación determinó que, en esa época, se consideró agotado el cine de charros, ranchos y chinas, y se

intentó cambiar de rumbo y explotar la ciudad. Así, los productores buscaron inicialmente referenciar al barrio y al hogar de la clase media, para después abordar "temas universales".

De este modo, se exaltaron estéticamente diversas formas de vida de la gente de ciudad, reflejo de una pretendida prosperidad en contraste con las formas de vida del campo. La ciudad aparece como un personaje que brinda la posibilidad al sujeto de modernizarse, pero también de corromperse. Por ejemplo, en *Sensualidad* (1951) de Alberto Gout, un respetable juez, jefe de una familia "de buenas costumbres", es seducido por una cabaretera a quien él había sentenciado a prisión años antes. Dominado por sus pasiones, Alejandro Luque (Fernando Soler) pierde todo lo que lo hacía una persona de bien: su familia, su trabajo y su dignidad[31].

Respecto a las posibilidades que la ciudad ofrece, el cine representó cómo los mexicanos podían participar en el entramado de nuevos elementos que conformaban el estilo de vida urbano y el posible devenir de cada individuo según sus elecciones. Junto a los cambios positivos, la urbanización también traía consigo vicios, corrupción y peligro.

Para que el público mexicano se fijara en la producción nacional, el periodo previo del cine de charros fue fundamental en la década anterior, pues permitió "meter a la gente dentro de la producción nacional" (Tuñón, 1993, p. 76). Así, el ambiente cinematográfico también formaba parte del cambio de imagen que se pretendía dar al país, y los productores estaban deseosos de participar en el "mundo dorado del glamour", que expresaba un México rebosante de modernidad. Además, la búsqueda de captar al público mexicano también implicaba la necesidad de hacer del cine una industria productiva económicamente, lo que llevaba a dejar de lado el agotado ambiente rural.

La necesidad de cambiar de escenario parece estar relacionada con la modernización del cine. El tema presentado forma parte de una serie de etapas que conducen el cine de un estrato inferior a uno superior. Si los productores buscaban pasar del cine de rancho al cine de "temas universales" a través del cine de barrio y de familias clasemedieras, su pretensión refleja la percepción de "modernidad" que identificaron en estos últimos temas.

[31] Xavier Robles (2002, p. 126) señala la constante a través de la cual la mujer es representada como sujeto de una discriminación sexual, en donde el dogma original "la hizo depositaria de los más perversos instintos, culpables *a priori* del pecado de la carnalidad". Entonces, se proyecta constantemente como sujeto que corrompe al hombre. El guionista ve en ello parte de los valores conservadores que la cinematografía de "la época de oro" reprodujo abiertamente en sus cintas.

Esto implicó representar en pantalla el esfuerzo sociopolítico del gobierno por brindar mayores servicios a la población como símbolo de esa pretendida modernidad. Aunque es cierto que el rápido crecimiento de la mancha urbana, el aumento demográfico y el desplazamiento de la gente del campo a la ciudad implicaron un esfuerzo por parte del Estado para procurar la higiene, la seguridad y la contención de actitudes y prácticas diversas a través de instituciones[32], también debemos considerar la dimensión comunicacional de estos esfuerzos.

En contraste con las situaciones de riesgo de la política civilista, se sugería que, para no ser víctima del vicio, era necesario respetar las normas y reglas establecidas por el gobierno modernista, dejando de lado “las ideologías”, ya fueran de izquierda o de derecha, y procurar la mexicanidad, que el priismo situó en una posición de política de centro[33]. Esto llevaría, según el discurso político y cinematográfico, a continuar construyendo la gran ciudad moderna y expandir el proyecto civilizatorio que contenía los peligros aparentes.

En *Río Escondido*, el ambiente urbano solo aparece en las primeras escenas, pero el contraste es muy ilustrativo en el resto de la película, donde María Félix, en su papel de Rosaura, debe trasladarse a Río Escondido, un pueblo alejado y olvidado del proyecto modernizador. Su función es introducir el pueblo a la nueva política, para que en el futuro pueda ser parte del desarrollismo.

Cabe destacar que durante la década de 1940, María Félix era una de las actrices más populares y queridas del cine mexicano, conocida como "La Doña" debido a su presencia carismática y su imagen icónica en la pantalla. Su interpretación en *Río Escondido* como Rosaura refuerza su papel como símbolo del glamour y la fortaleza femenina en el cine de la época. Además, su personaje encarna los ideales del modernismo autoritario, al representar la transferencia de valores y políticas desarrollistas a comunidades rurales apartadas. Rosaura, como figura guía y transformadora, simboliza la intención del régimen de integrar las zonas marginadas al proyecto nacionalista, utilizando su carisma y papel protagónico para avanzar la agenda modernizadora, pese a las profundas diferencias sociales y culturales entre el ámbito urbano y rural.

---

[32] En su segundo informe de gobierno en 1948, Miguel Alemán hace especial mención de las campañas de prevención de enfermedades por parte de La Secretaría de Salubridad y Asistencia, entre las cuales se inmunizó de personas contra la viruela, además de realizar campañas contra la tuberculosis, onchocercosis, poliomielitis, tifo, cáncer, enfermedades venéreas, bocio, lepra y mal del pinto (2006, p. 59).

[33] Este es un aspecto que los analistas del cine tampoco consideran. La mexicanidad en el cine como tercera vía no fue considerada como tal, sino como parte de una propaganda de una ideología conservadora.

El presente, el pasado y el futuro se fusionan en una representación cinematográfica. El pasado como experiencia, el presente, hablando en términos aristotélicos, como acto, y el futuro como potencia. Lo que podría o no podría llegar a ser el país si se asumían los valores de "la justicia" y "la libertad" implementados por el régimen alemanista. Las imágenes del ámbito rural, en donde se exaltaba el atraso y el subdesarrollo, jugaron un papel importante en la justificación de proyectos desarrollistas e implementación de políticas públicas en el campo, para que este adquiriera cada vez más las características y valores de la ciudad.

Mientras que la Ciudad de México se representaba como un espacio cosmopolita, las comunidades periféricas simbolizaban el atraso de la tradición. Sin embargo, hay un aspecto interesante en el discurso visual. Cuando la profesora llega a Río Escondido, el lugar presenta un escenario desolado. El pueblo sufre de sequía, enfermedad y pobreza extrema. Aunque el argumento señala que Río Escondido se encuentra en Coahuila, al norte de México, el rodaje se llevó a cabo en Santa María Tulpetlac, Ecatepec, Estado de México. Según entrevistas con testigos de la filmación, el equipo de producción quemó un árbol "para hacer más real la escenografía" (Infobae, 2021). De este modo, el discurso visual intentó acentuar en la mayor medida posible el aspecto desolador del escenario de filmación, evidenciando la falta de posibilidades de sobrevivencia en un lugar así, donde ni los árboles conservan su follaje, no llueve y la gente se ve obligada a sustituir el agua por pulque.

El lugar carece de higiene y salubridad. Al llegar, Rosaura encuentra a una mujer muriendo de viruela, en una comunidad donde el edificio escolar, la iglesia e incluso las casas están en condiciones deplorables por falta de mantenimiento. La gente vive en extrema pobreza e infectada con enfermedades que se propagan, ya que, a diferencia de los citadinos, los habitantes aún no están inmunizados. Lo único que se puede esperar en ese ambiente es la muerte[34], ya sea por enfermedad, deshidratación o asesinato.

[34] Es interesante atender un aspecto del lugar de filmación. En una nota de *El universal*, se explica la forma en como el municipio de Ecatepec se volvió violento a partir del inicio de su industrialización en la década de 1940. Hasta entonces Ecatepec fue un municipio rural en donde predominaban las actividades agrícolas y ganaderas. Pero este modo de vida se rompió en la década de 1940, cuando se instaló en Texcoco, un municipio aledaño, una fábrica de sosa. A partir de entonces ambos municipios se comenzaron a sobrepoblar por la cercanía con ésta, y otras industrias que empezaron a llegar, lo que con el tiempo se convertiría en una zona industrial, en donde además, el gobierno construyó una serie de carreteras y vías ferroviarias. Sin embargo, las condiciones estructurales que suplantaron a la antigua forma de vida produjeron las condiciones necesarias para que germinara en Ecatepec la criminalidad. Actualmente, Ecatepec es el municipio más poblado del Estado de México. Ahí habitan un millón 841 mil personas, y alberga varias empresas transnacionales como La Costeña, Jumex, Fábrica de Jabón la Corona, Bayer y Kimberly Clark, lo cual evidencia que la urbanidad y la industrialización, absorbieron por completo a una población que, hasta los años de 1940 era básicamente campesina y en donde la gente podía salir tranquilamente a la calle sin pensar en que la peligrosidad abundara en sus barrios y colonias (Nagore y Villa, 2018).

Dentro de la gran ciudad cosmopolita también se encuentran contradicciones sociales. En diversas películas de la época, se observa cómo las calles más modernas conviven con barrios populares dentro del mismo universo citadino. Por ejemplo, en *Salón México*, aparecen escenarios contrastantes como el colegio o el café, frecuentados por las clases acomodadas, donde reina la tranquilidad y la seguridad. A la vez, la ciudad presenta lugares como el cabaret, símbolo de los barrios populares, donde abundan el vicio y la peligrosidad a la que las clases bajas están expuestas. Estas contradicciones se observan tanto en el ámbito material como en el entorno moral, y podrían ser nombradas con el término acuñado por Marshall Berman: "modernismo del subdesarrollo" (Berman, 1989).

La narrativa cinematográfica subraya estas diferencias no solo a través de los escenarios, sino también mediante el desarrollo de los personajes. En estos relatos, los habitantes de los barrios populares suelen enfrentarse a contextos de pobreza, violencia o tentaciones morales que los ponen en riesgo de caer en una vida marcada por el desorden y la perdición. En contraste, los personajes asociados con las clases acomodadas son presentados como ejemplos de virtuosidad y éxito, refuerzos simbólicos de la vida que se debía adoptar.

De este modo, el cine funcionaba como un espejo deformado de la realidad urbana, donde las clases bajas no solo eran representadas como víctimas de su contexto, sino también como responsables de su condición al no adherirse a los valores promovidos por la modernización. Esta visión construía un discurso moralizador que instaba a evitar los excesos, las tentaciones y los peligros de ciertos estilos de vida, al tiempo que proyectaba los beneficios del orden, la disciplina y la adopción de prácticas "civilizadas".

La cinematografía de la época no solo reflejaba la realidad, sino que también la moldeaba e inventaba. A través de sus narrativas, imágenes y personajes, el cine construía y representaba espacios y sujetos que respondían a los ideales, valores y discursos oficiales. En este contexto, la cinematografía no se limitaba a ser un mero reflejo del entorno social, sino que participaba activamente en la creación de una identidad nacional, al presentar modelos de conducta, perspectivas históricas y proyecciones de futuro adaptadas a los intereses del régimen. De esta manera, la producción cinematográfica contribuyó a consolidar una visión específica del sujeto mexicano y su relación con la modernidad, la nación y el desarrollo.

Aunque el cine es ficcional, las representaciones deben tener una referencia en la realidad que intentan proyectar. Al mismo tiempo, la realidad de los espectadores ha de

encontrar algún tipo de reconocimiento en lo que ven representado, para que la representación tenga sentido de existencia. En el contexto del cine mexicano durante el auge del modernismo autoritario, los cineastas no solo tomaban elementos de la realidad, sino que también los reinterpretaban y reconfiguraban para construir narrativas que respondieran a las expectativas del público y al discurso oficial del desarrollo nacional. Así, aunque los personajes, situaciones y escenarios podían ser ficcionales, existía una base de reconocimiento en experiencias colectivas o aspiraciones sociales que permitían al espectador identificar elementos reconocibles en su realidad cotidiana, aunque estilizados o simplificados a través de los estereotipos cinematográficos.

Por ejemplo, *El Rey del Barrio*, protagonizada por Germán Valdés "Tin Tan", presenta a un sujeto de la clase popular como líder de una banda de ladrones, un típico mexicano de barrio. Es un "pelado"[35] con un carisma particular, y a partir de una serie de representaciones semejantes, se asocia al mexicano "común" de la ciudad como un sujeto cómico que ayuda a sus semejantes, aunque esto pueda significar un sacrificio para sí mismo. El mexicano es presentado como sencillo y astuto, pero simpático. Su vecindad, aunque presenta condiciones económicas complicadas, está marcada por la honradez y simpatía de sus habitantes, omitiendo las condiciones de hacinamiento y falta de higiene comunes en las vecindades de la ciudad.

En *Una familia de tantas*, el argumento se desarrolla en el ambiente doméstico de una familia citadina. Esta película puede ser vista como un ejemplo del cine que se centra en este nuevo espacio de producción y en el nuevo sujeto de la acción: el sujeto moderno de la ciudad. Aunque la cinta representa una familia de valores conservadores, Maru, una de las hijas, y Roberto, un dinámico agente de ventas, transgreden la autoridad patriarcal, ilustrando con su acción el proceso de transición del que es testigo la ciudad que habitan.

Jorge Ayala Blanco pone especial atención en el personaje típicamente citadino para caracterizar el ambiente urbano, donde abundan los profesionistas vistos como el motor del cambio cualitativo de México. Así como el vendedor de electrodomésticos de *Una familia de tantas*, Ayala Blanco señala actividades propias del ambiente urbano, como el "as del boxeo" en *Campeón sin corona* o el chofer de camiones en *Esquina bajan*. Ayala Blanco señala que

[35] El pelado constituye la expresión más elemental y dibujada del carácter nacional, se trata de un individuo que busca la riña como un excitante para recobrar la fe en sí mismo, pero como está desprovisto de todo valor real, tiene que suplirlo como uno ficticio y descubre que su "tabla de salvación" está en una supuesta virilidad (Zabludovsky, 1990, p. 184).

estos individuos, en su diversidad de profesiones, no solo reflejan una modernización material, sino que también encarnan los valores asociados con la nueva identidad mexicana que se estaba consolidando en el México del postrevolucionario.

En su análisis de *Río Escondido*, Ayala Blanco también revisa la importancia de los profesionistas citadinos convocados por el presidente para ayudar a transformar el país. No solo se destaca la figura de la maestra, sino también los médicos reunidos en el Palacio Nacional para el reclutamiento presidencial. Estos sujetos son percibidos, desde la perspectiva del analista, como actores esenciales del discurso cinematográfico de la época, fundamentales para la verosimilitud del relato que anuncia una serie de cambios sociales en torno a la modernización del país.

La actuación de estos profesionistas en la ciudad o su labor al trasladarse a comunidades rurales es esencial dentro del discurso mediático. Cada uno tiene una actividad acorde al nuevo tiempo y se esfuerza por cumplir su rol dentro de la estructura social en ascenso, apareciendo como ciudadanos comunes que realizan acciones cotidianas que apoyan la transformación de México, convirtiéndose en “héroes comunes”.

En *Una familia de tantas* no hay una comparación directa con el ambiente rural, pero se puede comparar con el cine previo centrado en la vida en el campo, donde la forma de vida tradicional se percibía como continuista, ya que sus habitantes eran felices haciendo lo que siempre hicieron sus padres y abuelos, en una vida “monótona” que no permitía el avance social.

Sólo encontramos una referencia a la vida de provincia en la película. El primo de Maru, Ricardo, que visita a la familia recurrentemente y que por parte del padre es un buen pretendiente de la joven, pertenece a un ámbito rural, y se dedica al cultivo de algodón. Durante una cena el padre de familia hace la observación con él y con toda la familia de que “sólo en la provincia todavía se pueden observar las buenas costumbres”. Se refiere a aquellas que él tanto defiende y busca conservar ante los nuevos valores e ideas “raras” que abundan en la ciudad.

Este contraste entre lo rural y lo urbano, entre lo tradicional y lo moderno, es crucial para comprender el dilema que atraviesa la película: el padre de Maru se resiste a las fuerzas de cambio que están redefiniendo la identidad nacional, mientras que los jóvenes, como Maru,

comienzan a cuestionar esas viejas creencias y a adoptar una visión más abierta, alineada con los valores de la modernidad.

El presente es un momento de transición entre un pasado que, si bien ayuda a comprender el presente, debe avanzar hacia un futuro distinto. La memoria permite traer el pasado al presente, y la aparición del cuadro de Porfirio Díaz en *Una familia de tantas* refleja ese pasado, así como el cuadro de Benito Juárez en *Río Escondido*. Las acciones de estos personajes históricos fueron necesarias para la situación actual, pero las acciones de los sujetos en la actualidad son los cimientos del porvenir. El presente contiene la memoria que da sentido al presente y permite tener una expectativa de cómo podría ser el futuro.

Sin embargo, el análisis de Ayala Blanco se enmarca en la época de decadencia del desarrollismo alemanista, pues comienza a escribir su obra *La Aventura del Cine Mexicano* a finales de la década de 1960, cuando tanto médicos como maestros encabezaban importantes protestas contra el modelo económico implementado, que se presentaba como un modelo de estabilidad económica.

Si en la época revolucionaria el campo había sido el protagonista de las manifestaciones sociales, la industrialización y modernización del país llevaron a escena principalmente a los sectores de trabajadores urbanos. Estos sectores eran presentados como los forjadores del nuevo México, y las cintas "emblemáticas" de esos cambios sublimaban a estos agentes estratégicos en el cambio de rumbo planeado. Sin embargo, en los años sesenta, estos sectores estaban desestabilizando la estructura política del país a través de masivas protestas en demanda de mejoras en sus condiciones laborales. Por ejemplo, en 1958, el Movimiento Revolucionario del Magisterio, realizó una huelga en todas las primarias de la Ciudad de México, y sus exigencias fueron desconocidas por parte del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y por la Secretaria de Educación Pública (SEP), por lo que los maestros realizaron un plantón en las instalaciones de la SEP.

Así también, hacia mediados de la década de los sesenta, La Asociación Mexicana de Médicos, Residentes e Interinos de las instituciones públicas de salud, realizaron un paro por motivos salariales, y las negociaciones con el secretario de Gobernación, Luis Echeverría se complicaron, por lo que el ejército los desalojó del Hospital 20 de Noviembre y sustituyó al personal médico civil por personal médico militar (Loyo y Aboites, 2010, p. 691).

Un aspecto que resulta interesante, que a diferencia de los sindicatos de mineros, ferrocarrileros y petroleros que en años anteriores habían protagonizado las mayores protestas, las organizaciones de maestros y médicos tenían un carácter de profesionistas, y no de obreros. Esto nos habla de que incluso sectores con una educación profesional mostraban descontento con el modelo económico del desarrollo estabilizador. Por ello, no es nada fuera de lugar que el intelectualismo de la época haya comenzado también a cuestionar al Estado y sus políticas a partir de los años sesenta, así como los analistas del cine comenzaron a cuestionar el papel ideológico de las películas de los años de 1940.

El relato cinematográfico, configurado por la trama, permite crear una imagen del pasado como huella de los acontecimientos que permanecen y se fijan para evitar su olvido, y además, producen la imagen de las profesiones características de la vida citadina como un agente de transformación, pero ocultan las demandas sociales de los diversos sectores productivos.

Estas huellas se fijan en el discurso visual y auditivo que da forma a una historia creíble, con principio, medio y fin. En este sentido, el "cine de oro" mexicano se entiende como un elemento fundamental del proceso mediático para reproducir la mexicanidad como ideología en el país. Así como la literatura, el teatro, la música y otras expresiones culturales, el cine fue un medio para reconstruir una historia heroica que diera sentido a la etapa "constructiva de la Revolución".

### 3.6. El cine nacionalista como sublimación artística de una época

Los autores que escribieron sus críticas décadas después de la llamada "época de oro" se centran en cuestionar los valores que el cine mexicano intentó presentar como emblemáticos de la nacionalidad. El sacrificio del sujeto en busca de un bien mayor, más allá de lo personal, se desmitifica cuando el milagro mexicano se derrumba y se terminan los beneficios de la industrialización. El esfuerzo se ve puesto en duda por una nueva y diferente apuesta política y económica, que apunta a la era de la globalización neoliberal y deja atrás la sustitución de importaciones que supuestamente llevaría a México a la modernidad.

En este capítulo, hemos llegado a entender que la representación cinematográfica fue percibida por analistas del cine, como Jorge Ayala Blanco y Xavier Robles, como un elemento

que facilitó el llamado “viraje a la derecha”. Encontramos coincidencias en algunos aspectos del análisis historiográfico con el cinematográfico. Si bien existe una corriente que sitúa el arribo del civilismo y la modernización alemanista como una época de gran crecimiento y estabilidad económica en el país, también hay una corriente historiográfica crítica que ve en esa modernización una traición a la Revolución.

Del mismo modo, es evidente que hay una percepción del cine de la época como “lo mejor que se ha producido en México”, y su calidad artística se eleva estéticamente como parte del patrimonio nacional. Sin embargo, también existe una vertiente crítica que encuentra en ese denominado “cine de oro” un velo que oculta aspectos más allá de lo que las pantallas mostraban del país, el cual, aunque se estaba modernizando de manera acelerada a mediados del siglo XX, experimentó una modernización de carácter sumamente autoritario.

Coincidimos en que tanto los científicos sociales como los analistas del cine que hemos integrado en este trabajo se formaron como profesionales durante la época de auge del “priato”. Sin embargo, su época de investigación y redacción de sus trabajos se enmarca en el período de crisis del Estado benefactor, desde finales de los años setenta en adelante. Podemos suponer que la descomposición del sistema monopartidista instaurado por el Partido Revolucionario Institucional, que intentó homogeneizar a “la raza mexicana”, influyó en la percepción de los grupos intelectuales que surgieron hacia finales del siglo, cuestionando el discurso revolucionario.

Hemos determinado que el análisis cinematográfico señala que, a partir de la doctrina de la mexicanidad, fue posible consolidar al Estado como el legítimo heredero de las luchas históricas del pueblo mexicano, especialmente de la Revolución. El cine de la época impulsó una imagen ontologizada de la mexicanidad, atribuyendo ciertos aspectos sociales a un conjunto de características históricas consideradas intrínsecas del ser mexicano, a la vez que la impregnó de una serie de elementos propios de la condición histórica para dar forma a una identidad renovada y en construcción, propia de una perspectiva existencialista. Dichas características fueron explotadas por los medios de comunicación, que en esa época eran novedad en el país y se consolidaron gradualmente como la voz oficial de los gobiernos priistas.

En este sentido, podemos entender al cine como parte de los dispositivos artísticos en los cuales el Estado mexicano apoyó la producción de la identidad de la mexicanidad. Así, el

cine de la época se denomina “época de oro”. Se produjo un proceso de sublimación[36] en el que ciertos cineastas, actores y actrices, y películas específicas, fueron categorizadas dentro de ese canon de esplendor artístico. Esto se debió a que se convirtieron en el apoyo cultural que sostenía la mexicanidad como ideología, como una forma de movimiento introspectivo del propio ser en oposición a lo ajeno, complementándose y legitimándose en el ámbito intelectual.

Esa sublimación requirió una forma de objetivación, relacionada con un olvido doloroso que aparece como “una condición para adquirir una identidad colectiva nueva” (Ankersmit, 2010, p. 243). Esta condición consiste en la necesidad de comprender y objetivar la propia historia, para permitir una ruptura con el pasado. Es necesario entender el pasado, hacerse consciente de él y de su impacto. Solo entonces el sujeto puede referirse al pasado y a su identidad anterior y adentrarse en una identidad nueva. “Primero debe admitirse el pasado en su totalidad en nuestra identidad; debe ser reconocido como un mundo que hemos dejado atrás; solo entonces puede ser repudiado y transformarse en una identidad nueva” (Ankersmit, 2010, p. 363).

Este aspecto es crucial si consideramos las rupturas temporales discutidas en este trabajo. Los cineastas de los años cuarenta presentaron una nueva identidad sobre “lo mexicano”, para la cual fue necesaria la objetivación del “mexicano previo”. La objetivación fue el trabajo teórico desarrollado por el grupo filosófico Hiperión, quienes identificaron, caracterizaron y diferenciaron al mexicano del pasado del del presente.

Esto permitió proyectar y fomentar una nueva identidad, la del mexicano moderno. Desde esta perspectiva, es posible diferenciar esta nueva identidad del pasado, sus historias y relatos. Sin embargo, una vez que esta nueva identidad comenzó a decaer, fue nuevamente objetivada por intelectuales de un nuevo período temporal. A partir de los años setenta, la identidad que en los cuarenta se presentó como la nueva, se volvió una identidad que debía ser superada. Así, se historiaron radicalmente los eventos actuales para que pudieran ser expulsados de la identidad colectiva en transición hacia una nueva.

[36] Nos referimos a un proceso de sublimación en los términos en que Frank Ankersmit (2010, p. 354) nos habla sobre esta noción, en la que se giran bruscamente dos ejes que suelen aparecer como opuestos, el del dolor y el del placer, el del miedo y el de la alegría, y en vez de aparecer como opuestos, parecen coincidir. Y es que las películas del “cine de oro” da esa impresión. Aunque los protagonistas se sacrifican, aunque sufren, lloran y mueren, hay un desenlace “feliz”. La profesora de Río Escondido vence al cacique que oprimía al pueblo y libera a este de las cadenas de la miseria. La cabaretera de Salón México logra que su hermana ascienda en la escala social. La joven enamorada de una familia de tantas rompe las cadenas de la dictadura familiar y sacude los valores caducos impuestos.

Por ello, hemos considerado las películas como un discurso codificado, como documentos históricos que pueden ser interpretados para adaptarse a una narrativa que pretende exaltar el elemento esencialista de la mexicanidad como ideología de Estado. En su composición, la narración es cerrada y finita, presentando una totalidad de sucesos que se vinculan y organizan temporalmente, tal como lo describe Paul Ricoeur (2002, pp. 100-101), quien señala que es posible hacer referencia al tiempo a través de la actividad narrativa que cuenta historias sobre el pasado, el presente y las expectativas.

Este cine se convirtió en parte del patrimonio cultural por ajustarse a la narrativa de la institucionalización con valores característicos de la mexicanidad. Referenciado a Carlos Molina (2012, p. 120), que aunque éste se refiere al arte museístico, bien podemos citar su trabajo para referirnos al ámbito del cine: “La conservación del patrimonio artístico sirve de ilustración al relato nacional propuesto y resulta un vehículo idóneo para su transmisión al pueblo mexicano”.

La convergencia del pasado, presente y futuro se muestra como inherente al relato cinematográfico nacionalista. Mientras que el pasado se torna vigente en la memoria patria del país, el presente se refleja en los nuevos valores morales adoptados por los mexicanos y en las técnicas que empiezan a formar parte de la vida cotidiana del pueblo mexicano, quien, con esfuerzo y sacrificio, se proyecta como forjador de un futuro más próspero, también en el ambiente urbano y con “el nuevo tipo de mexicanos” profesionistas.

Desde esta perspectiva, empleamos las nociones de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” de Reinhart Koselleck, quien define el primero como un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. Respecto al horizonte de expectativa, Koselleck se refiere a un futuro hecho presente, que apunta a lo aún no experimentado, pero que puede albergar esperanza, temor, deseo o voluntad, así como análisis racional, visión receptiva o curiosidad (Koselleck, 1993, p. 338).

El pasado y el futuro convergen en el presente en la narrativa cinematográfica, con un pasado que se pretende superar, pero al mismo tiempo es sublimado como un legado glorioso del país. Mientras que el futuro aparece en la esperanza de un país mejor, en la voluntad de los sujetos de construir con su sacrificio esa realidad, y en un análisis racional del mismo, pues no se trata de profecías, sino de pronósticos respaldados por el conocimiento de los sujetos letrados. El presidente, la profesora y el médico son claros ejemplos de los sujetos encargados

de dicha transformación, aplicando la ciencia y la tecnología para mejorar la vida de cada ciudadano.

En esta sucesión temporal de la época moderna, se produce una distancia cada vez mayor entre el pasado y el futuro, en la que las expectativas se alejan de las experiencias vividas (Koselleck, 1993, p. 343). Con el avance tecnológico de la modernidad, surgen nuevas posibilidades. En el pasado, los cambios eran tan lentos que apenas se percibían, y la ruptura entre la experiencia vivida y la experiencia por descubrir no rompía el mundo de vida que había que heredar. Sin embargo, en el mundo moderno, el futuro ya no está ligado al pasado, porque los cambios son tan rápidos que lo esperado no tiene relación con el pasado. Los cambios perceptibles en el cine ejemplifican esta realidad, como lo indican sus analistas. La aspiradora rompió con la forma de vida tradicional. La educación escolarizada y las vacunas produjeron cambios sustanciales en la vida del pueblo.

La ruptura con el pasado como *magistra vitae* puede identificarse en las narrativas culturales o artísticas, como el cine, y también en el discurso mexicanista del gobierno alemanista. Ambas narrativas sugieren una ruptura con el pasado y una concentración de esfuerzos en el futuro, sustentado en valores como la confianza, el trabajo, la comunidad, la identidad y el patriotismo. Estos elementos se hacen explícitos en las películas, pues el cine desempeñó una función mediática para reproducir el discurso mexicanista. En convergencia con la política gubernamental, se implementaron nuevas representaciones en el ámbito cultural, como se observa en las narrativas cinematográficas, que construyen a los ciudadanos como sujetos responsables de los intereses de la nación.

Desde la trama cinematográfica, todos estos aspectos fueron organizados sistemáticamente para producir un relato verosímil y, además, para adaptar la realidad y dotar de sentido a las transformaciones que conllevaron la llegada del civilismo al poder. En esta organización, se destaca la capacidad de reconocer una trama típica, estructurada de manera lógicamente coherente, en la que los episodios suceden uno a causa del otro. Por ejemplo, la escuela puede reabrirse porque el cacique se ve obligado a buscar ayuda para curarse de la viruela; sin embargo, una vez recuperado, entra en conflicto nuevamente con la profesora al ser rechazado por ella, lo que lo lleva a intentar abusar sexualmente de Rosaura. Como consecuencia, ella lo asesina, poniendo fin al despotismo.

Reconocemos en esto una estructura que presenta un encadenamiento causal entre episodios, lo cual, según Ricoeur (1995), proporciona verosimilitud al relato. A diferencia de una sucesión de episodios sin una conexión lógica, en las tramas que estamos analizando, la necesidad de cada episodio surge del ordenamiento de los acontecimientos que dan forma a la narrativa, y la coherencia del relato se basa en su causalidad.

De este modo, el discurso de la mexicanidad, organizado de manera sistemática en una obra cinematográfica, dota de verosimilitud a la narrativa de un proyecto modernizador. Aunque el cine representa este proyecto como ficción, percibimos que busca converger con la política gubernamental del alemanismo. La capacidad de reproducir masivamente el mensaje se vuelve más factible a través del arte, y el auge del cine en esa época tuvo una gran importancia para el establecimiento del nacionalismo revolucionario como ideología. El ciudadano del futuro debía enmarcarse en los valores revolucionarios, abandonando las trabas morales, el complejo de inferioridad y la desgana, y concentrándose en el trabajo y el sacrificio por la patria, como lo habían hecho los héroes nacionales.

Volvemos a preguntarnos, cuál es la preocupación de los intérpretes del cine de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Nos encontramos con que se sitúan en un contexto en el que “la mexicanidad” entra en disputa con la conciencia cosmopolita, y los nuevos valores de la globalización condenan el tradicionalismo nacionalista como una forma de vida obsoleta. Sin embargo, estos intelectuales aún forman parte del régimen del modernismo autoritario, ya que el discurso de la modernización se reutiliza en el modelo neoliberal, y las formas de ejercicio del poder permanecen vigentes bajo la nueva tendencia.

Si consideramos el análisis de la noción de modernidad según Marshall Berman, y le atribuimos el carácter de “volatilidad”, podemos comprender esta situación, en la que lo que era nuevo para los modernistas del alemanismo se vuelve obsoleto en la era de la globalización económica. Según Berman, en la modernidad, la supervivencia no solo requiere aceptar el cambio, sino también desearlo, buscarlo y realizarlo (1989, p. 95). El sujeto que siente este impulso es el sujeto moderno constituido.

En la nueva etapa de transición, el mito de la Revolución permanente ha desaparecido, y las reformas salinistas de los años noventa han anulado las reformas sociales de los años treinta. Por lo tanto, toda la escenificación de la “unidad nacional” y la “mexicanidad” queda

en la ambigüedad de un romanticismo de época y el desencanto de un progreso que no termina de llegar.

La imagen proyectada por el cine de México, tanto en el ámbito rural como en el urbano, resulta cuestionable una vez que el milagro mexicano se ha desmoronado, mostrando a México como un país que sigue en desarrollo. Ni el sacrificio de quienes trabajaron por el desarrollo del país, ni la "adopción de valores modernos" lograron llevar a México por la senda del progreso.

Aunque a través de las imágenes se logró "reconstruir un México mucho más verosímil y funcional que el real" (García, 1992), esta funcionalidad contrasta con la diversidad de fenómenos sociales que evidencian la infinidad de inconformidades de diversos sectores de la sociedad. Estas inconformidades llevaron a la implementación de políticas populistas en la década de los setenta, que a su vez causaron inflación y devaluación, y, por lo tanto, la crisis que asfixiaría al régimen priísta.

Pensamos que es esta realidad la que lleva a los críticos a cuestionar los procesos de producción de las narrativas de la modernidad a través del cine de mediados del siglo XX. El sacrificio permitiría la grandeza nacional, la educación liberaría al pueblo de la opresión, y la llegada del dinamismo modernista y la tecnología acabaría con los vicios de una sociedad arraigada en el pasado conservador. Sin embargo, esta grandeza y progreso prometidos no se materializaron, como lo muestran las películas del denominado "cine de oro". Observamos que, implícitamente, los autores de este ámbito también identifican un "giro a la derecha" en la política nacional de los años cuarenta, y según su discurso, este viraje se hace menos evidente al legitimar las transformaciones y el sometimiento del pueblo mexicano al régimen gubernamental a través del cine.

Finalmente, concluimos que el cine fue una de las expresiones mediáticas producto del trasfondo ideológico del esencialismo mexicanista, originado en un núcleo intelectual. Las películas de la época presentaron al público una imagen arquetípica de la mexicanidad, sustentada en una base teórica y doctrinaria. El espacio de experiencia del modernismo autoritario se expandió a través de la representación estética en la cinematografía, logrando una consciencia estética moderna.

El cine mexicano de los años cuarenta no fue un simple medio de entretenimiento, sino una herramienta clave en la configuración de un imaginario nacionalista que reflejaba y a la

vez legitimaba el proyecto político del régimen alemanista. A través de sus narrativas, el cine nacionalista sublimó las tensiones propias de la modernización y consolidó una identidad mexicana basada en el mestizaje, la urbanización y el desarrollo económico, promoviendo la idea de una nación en camino al progreso.

Este cine no solo representó las transformaciones sociales de la época, sino que también funcionó como un vehículo de legitimación ideológica, alineado con el viraje a la derecha que marcó el fin del radicalismo cardenista. En sus relatos, la familia tradicional, el ascenso social a través del trabajo y la modernización urbana se mostraban como los pilares del nuevo México, mientras que las clases populares, aunque presentes, eran enmarcadas dentro de un orden social que enfatizaba la estabilidad sobre el conflicto. Esta construcción simbólica, como señalaron críticos como Jorge Ayala Blanco y Xavier Robles, tuvo un carácter enajenante, pues ofrecía una visión idealizada del país, en la que las desigualdades sociales y la represión política quedaban relegadas o transformadas en narrativas de redención individual.

La objetivación histórico-social a través de la imagen audiovisual fue esencial para la creación del mito de la mexicanidad, con el que crecieron y se formaron los historiadores, politólogos, sociólogos y críticos del cine que, a partir de la década de los setenta, comenzaron a cuestionar la vigencia revolucionaria, que hasta entonces había sido la piedra angular del intelectualismo nacional.

La fábula del México modernista también fue objetivada y desmitificada por una nueva generación de intelectuales que no reconocen coincidencia entre su realidad y la imagen proyectada por los medios de comunicación masiva, que para los años setenta, ochenta y noventa, ya estaban mucho más extendidos que en la década de los cuarenta. Sin embargo, al analizar lo que entendemos como el estudio de un pasado inacabado, estos intelectuales también se ven determinados por la conceptualización de la realidad de su tiempo, el cual sigue siendo el mismo que el de la cinematografía que cuestionan.

La huella de este cine en la identidad mexicana ha perdurado. A pesar de la pérdida de vigencia del nacionalismo revolucionario como proyecto político, las imágenes y valores que el cine de la época de oro ayudó a consolidar siguen siendo parte del ideario cultural. La nostalgia por aquel México representado en el cine ha mantenido viva una mitología nacionalista que aún resuena en el discurso político y en la memoria colectiva.

Frente a esto, es pertinente preguntarnos: ¿hasta qué punto el cine de la época de oro sigue condicionando la manera en que México se entiende a sí mismo? ¿Acaso la imagen de un país en armonía, forjado por el mestizaje y el desarrollo, sigue operando como un modelo aspiracional, incluso en un contexto donde las contradicciones sociales del país han cambiado radicalmente? Estas cuestiones abren la posibilidad de estudiar con mayor profundidad el impacto duradero de la cinematografía en la construcción de la identidad nacional y su relación con los discursos políticos que han marcado la historia del país.

Esto coincide con la apreciación historiográfica del mito revolucionario discutida en el Capítulo I. En ambos casos, se cuestionan las contradicciones sociales que propiciaron el desarrollismo de los años cuarenta, pero a la vez, los imaginarios producidos por las narrativas hegemónicas de la época han sido asimiladas como parte de una identidad nacional que sigue vigente, a pesar de los cuestionamientos que en el ámbito intelectual se han realizado.

Es importante no perder de vista que esta discusión en torno a la derechización de la Revolución, percibida por los intelectuales del último tercio del siglo XX, está enmarcada dentro de una nueva serie de cambios estructurales en el país guiados por los tecnócratas. La privatización de empresas, el recorte al gasto público y la intervención del Fondo Monetario Internacional en la política económica nacional llevaron a que el país diera un giro más.

## Conclusiones

Las narrativas historiográficas aquí estudiadas sobre el denominado “viraje derechista de la revolución” construyeron un canon en torno a dos periodos históricos del régimen posrevolucionario: la izquierda “popular” cardenista y la derecha “desarrollista” del periodo alemanista. El análisis del giro a la derecha en la década de 1940 y su construcción historiográfica ha permitido visibilizar la manera en que distintos actores, tanto políticos como intelectuales, contribuyeron a la legitimación de un nuevo orden en México, en el que el nacionalismo revolucionario se transformó en un discurso funcional para la consolidación del poder presidencial, el desarrollo económico y la modernización estatal.

A lo largo de este trabajo hemos esbozado las condiciones que esas narrativas construyeron sobre el proceso de institucionalización burocrática, desde la perspectiva de los últimos 50 años, es decir, desde un horizonte contemporáneo en el que los procesos estudiados, cabe advertir, permanecen todavía inacabados.

Se ha configurado una especie de “paso del mito al logos”, ya que las nuevas narrativas historiográficas crearon una interpretación “crítica” sobre la “desviación” que sufrió la revolución con la llegada de los civiles al poder. Esa desviación se enmarca en lo que hemos llamado un régimen de historicidad del modernismo autoritario, que ha persistido hasta comienzos del siglo XXI. Aunque en la década de 1980-1990 las tendencias neoliberales remodelaron el discurso modernizante, los tecnócratas propusieron la democratización de la vida pública: “en lo más mínimo pretendían cambiar el sistema político, ya que el presidencialismo autoritario les facilitaba sus proyectos” (Agustín, 2013b, p. 8).

Por ello, señalamos que el régimen de historicidad del modernismo autoritario siguió vigente durante la construcción de las narrativas historiográficas de estos intelectuales, quienes escribieron la historia contemporánea de México sin poder escapar de un pasado todavía inacabado, ya que los gobiernos neoliberales, desde 1982, produjeron solo un reciclaje de la modernización. El gobierno de Miguel Alemán ya había apostado por la modernización del país con el modelo de sustitución de importaciones, y lo implementó a través de un sistema autoritario que excluyó y reprimió cualquier indicio de oposición al proyecto desarrollista.

Con la llegada de los tecnócratas al poder en la década de 1980, se volvió a recurrir al discurso de la modernización para legitimar una serie de transformaciones en la vida

socioeconómica de México; sin embargo, la organización y las formas de ejercicio del poder se mantuvieron con la misma estructura corrupta y antidemocrática de los años del Priato. Los tecnócratas “estaban dispuestos no solo a preservar sino a fortalecer los rasgos más atrasados del sistema político mexicano: la simulación de la democracia y el correspondiente culto a las formas; el autoritarismo y el paternalismo, la cooptación y la represión, y por supuesto, la corrupción generalizada con discretos toques de gansterismo” (Agustín, 2013b, p. 8).

En este sentido, podemos comprender que el análisis del giro a la derecha en la política mexicana durante el periodo de Miguel Alemán cobra especial relevancia al observar las dinámicas políticas, sociales y culturales persisten en el México contemporáneo. Este giro marcó un precedente en la consolidación de un modelo político que priorizó el desarrollo económico y la modernización como ejes fundamentales del discurso gubernamental, frecuentemente en detrimento de las demandas sociales. Aunque el contexto actual difiere significativamente en términos económicos, tecnológicos y sociales, muchas de las estructuras de poder y los discursos legitimadores tienen sus raíces en ese momento histórico.

“El giro a la derecha” también permite reflexionar sobre las tensiones entre tradición y modernidad en la construcción de la identidad nacional. La mexicanidad, que en los años de 1940 se articuló como un elemento esencial para legitimar el desarrollo, sigue siendo un tema central en los debates actuales sobre cómo integrar las raíces culturales con las exigencias de un mundo globalizado. Sin embargo, estas tensiones a menudo son explotadas políticamente, perpetuando el paternalismo estatal y dejando en segundo plano las voces críticas y las demandas de justicia social.

Desde este mismo horizonte, los estudiosos del cine de los años 40 también desmitificaron la idea de una “época de oro” en la cinematografía mexicana. Ambos grupos, los que hicieron historia contemporánea y los críticos del cine, coincidieron en la crisis política del nacionalismo revolucionario con el advenimiento del neoliberalismo. Aunque sus análisis hacen referencia al periodo de la transición civilista de 1946, ello les permitió también la historización de su tiempo presente.

Ya el intelectualismo hegemónico de los años de 1940 había edificado una narrativa sobre su contemporaneidad, en la que establecieron una serie de elementos esencialistas sobre la mexicanidad. A finales del siglo XX, esta propuesta formará parte del “giro historiográfico a la derecha”. Durante aquella década, los intelectuales como Leopoldo Zea, Emilio Uranga y

Jorge Portilla promovieron una concepción existencialista-esencialista de la mexicanidad. Esto se reflejaba en un enfoque en las raíces indígenas, la historia gloriosa revolucionaria y la idea de un destino nacional ligado al desarrollo del Estado moderno. Esta narrativa buscaba legitimar el papel del gobierno en la configuración de una identidad colectiva basada en valores tradicionales combinados con valores modernos alineados con los intereses del Estado autoritario.

A finales del siglo XX, con el ascenso del neoliberalismo y las políticas de globalización, esta narrativa nacionalista esencialista fue cuestionada y considerada parte del giro historiográfico hacia la derecha. Durante este periodo, se volvió predominante la idea de una historia centrada en la tradición conservadora, en detrimento de otras corrientes críticas que buscaban revisar los enfoques más progresistas o inclusivos. La mexicanidad promovida en los años 40 fue reinterpretada para encajar en una visión más conservadora y limitada de la historia nacional.

El grupo filosófico Hiperión construyó un relato lineal y exitoso entre un pasado nacional preexistente al periodo virreinal y un tiempo-futuro de liberación del pueblo mexicano, convergente con la transición civilista modernizadora. La narrativa de los "hiperiones" señala el clímax en este proceso en que la Revolución comienza a afianzarse en el poder para rectificar "el rumbo equívoco" que había tomado con la política cardenista.

Dicha propuesta se expandió a través de la representación en la cinematografía, encontrando con ello una consciencia estética moderna que propagó la ideología de "la mexicanidad" y que perduró en el tiempo como parte de un "patrimonio" artístico y cultural que ha impregnado la identidad nacional durante varias décadas. Las películas de la "época de oro" siguen siendo parte del ideario mexicanista, a pesar de la pérdida de vigencia del nacionalismo revolucionario.

Este legado plantea una paradoja: aunque el cine de la "época de oro" fue producto de un proyecto político y cultural específico, su impacto trasciende ese contexto, reafirmando una identidad nacional que, en muchos casos, ya no se corresponde con la realidad contemporánea. La vigencia de estas narrativas cinematográficas refleja, tanto la capacidad del arte para perdurar, como la dificultad para desarticular los discursos hegemónicos que definieron a México en el siglo XX.

Así, el análisis de esta relación entre cine, mexicanidad y nacionalismo revolucionario permite comprender cómo las herramientas culturales, como las películas, pueden funcionar no solo como expresión artística, sino también como dispositivos de legitimación política e ideológica. Este fenómeno es crucial para interpretar el desarrollo de la identidad nacional en el México moderno y contemporáneo, y para entender cómo las representaciones culturales continúan modelando la percepción de lo mexicano en la actualidad.

Así, el análisis de esta relación entre cine, mexicanidad y nacionalismo revolucionario permite comprender cómo las herramientas culturales, como las películas, pueden funcionar no solo como expresión artística, sino también como dispositivos de legitimación política e ideológica. Este fenómeno es crucial para interpretar el desarrollo de la identidad nacional en el México moderno y contemporáneo, y para entender cómo las representaciones culturales continúan modelando la percepción de lo mexicano en la actualidad.

Algunos intelectuales de las décadas de 1979-2008 han reconfigurado el mito revolucionario. El héroe mitológico (el pueblo mexicano) se convierte en villano (el poder corrupto) porque el desenlace recayó en la tragedia del modernismo autoritario, la falta de democracia, la corrupción y la traición. Este otro relato no tiende hacia una epopeya épica como la de los hiperiones, sino a una tragedia, que señala en la camarilla civilista la traición. El héroe de estos estudiosos del pasado se ubica en el momento previo, en el auge revolucionario del cardenismo. Por el contrario, Miguel Alemán y su política modernista son representados como los que traicionan a la revolución al “desviarse hacia la derecha”.

La traición implicó condenar nuevamente al sujeto colectivo que se pretendió enarbolar con el discurso mexicanista. El pueblo mexicano se vio utilizado para impulsar una modernización que lo sometió a condiciones de vida tan duras como las que había experimentado en su pasado bajo la autoridad de quien se suponía que era el artífice de la emancipación del cambio cualitativo de la nación. La historiografía es capaz de hacer esta observación, pero vuelve a construir una historia narrativa que reestructura la anterior y la dota de un sentido ideológico diferente.

Entonces vemos que el presente, en cada caso, sigue estando invadido por una forma de entender el pasado, el cual se encuentra atrapado por un reduccionismo ideológico del pasado contemporáneo (izquierda-derecha) que los historiadores pretenden eludir infructuosamente. Como ha observado Hayden White, “la historia quiere disciplinar la

memoria imponiéndole normas en cuanto a lo que debe recordarse, de qué manera y en qué formas. De este modo, la historia es una memoria cultivada a fin de producir un pasado 'colectivo' a partir del cual se puede forjar una identidad colectiva" (White, 2011, p. 542).

De este modo, al encontrar inconsistencias en un relato determinado, el estudioso del pasado despliega su propia interpretación mediante la elaboración de un canon narrativo distinto, que no es otra cosa que una versión cargada de ideología que rechaza elementos específicos de la ideología anterior, de acuerdo con su propio espacio de experiencia. El historiador construye sus figuras míticas, de héroes y villanos, define cuáles fueron los acontecimientos emblemáticos que dotarán de verosimilitud a su narrativa y los incorpora dentro de una nueva trama.

Es el caso de las narrativas que hemos analizado, en las que tanto filósofos, cineastas, historiadores, politólogos, escritores y críticos de la cinematografía se presentan a sí mismos como dueños de la objetividad. Sin embargo, sus relatos poseen estructuras que no dejan de ser propias de relatos míticos. En el drama histórico creado, su narrativa produce "sujetos" que están satisfechos de ser "pacientes" de las "fuerzas históricas" porque se los ha privado de toda esperanza de transformarse en "agentes" por derecho propio. Han producido un relato característicamente ideológico, que, "en su propia forma encubierta, la historia narrativa constituye una interpretación, una auténtica filosofía de la historia. Para los historiadores narrativos, la vida de los hombres está dominada por peripecias dramáticas" (White, 2011, p. 471). Por ello, es necesario analizar los contenidos del discurso histórico y tomar en cuenta las posibles implicaciones ideológicas de hacer historia narrativa que involucre una dramatización del acontecimiento pasado. Y, en nuestro caso, una dramatización de un tiempo-presente histórico.

Si no podemos prescindir de la ideología al escribir historia, ¿cómo entonces nos despojamos de ella para no oscurecer nuestro análisis de los hechos del pasado, en especial cuando se trata de un pasado del tiempo presente? Estas cuestiones pueden quedar abiertas, ya que pertenecemos a generaciones que todavía estamos inmersos en valores provenientes del pasado, donde las ideologías crean condiciones de posibilidad al interpretar el pasado, un pasado que no es estático, sino que está sujeto a cambios según la concepción de sus actores, su espacio de experiencia y sus expectativas de futuro.

En el régimen de historicidad del modernismo autoritario, el sujeto colectivo, además de saberse producto de la historia, se percibe a sí mismo como agente de la historia. Es decir, se ha concebido inmerso en la apuesta por el progreso, un progreso perseguido por los actores de cada guion llevado a la escena de la historia. Esto nos ha demostrado que no se puede escapar de la ideología, pero quizás también nos permite especular que, al construir los nuevos relatos, también se produce ideología al intentar romper con aquella que se cuestiona.

Nuestra inmersión en una estructura predefinida por las ideas que rigen nuestra percepción de la realidad puede pensarse incluso como determinantes de las críticas que hacemos a los conceptos que han constituido la ideología propia de las identidades pasadas, con la cual podemos o no identificarnos. Pero, si consideramos que, en algún grado, el lenguaje determina nuestro pensamiento, entonces no podremos desvincularnos de las conceptualizaciones que ese pasado nos ha heredado, especialmente cuando nos referimos a un pasado que sigue vigente.

Los filósofos de los años 40 produjeron la ideología de la mexicanidad al cuestionar los proyectos exóticos o radicales tanto del comunismo como del fascismo. Es decir, abrieron la brecha para un nuevo conjunto de valores “modernos” y “dinámicos” en contraposición a lo “estático” y “repetitivo” del pasado. Luego, los científicos sociales que escriben a partir de la década de 1970 se disociaron nuevamente con la doctrina de la mexicanidad y definieron dentro de su propio constructo ideológico una crítica al nacionalismo revolucionario. Con ello, se refleja una consciencia del sujeto de su condición histórica moderna.

De este modo, este trabajo queda como una reflexión abierta que nos permite no ser complacientes con un presente que se nos presenta en diferentes temporalidades: por un lado, vivimos en un espacio de experiencia, cargado de las narrativas y estructuras heredadas de procesos históricos como el del sexenio alemanista, que marcó un giro hacia la centralización política y el desarrollismo. Por otro lado, enfrentamos un horizonte de expectativa que, a pesar de los cambios ideológicos y económicos, continúa apostando al progreso como un ideal inquebrantable, una constante que también se refuerza con la llegada del neoliberalismo en las últimas décadas del siglo XX. Esta dualidad temporal nos invita a pensar en cómo las promesas de modernidad y desarrollo, que en su momento se articularon bajo la ideología de la mexicanidad, siguen moldeando nuestras expectativas y discursos contemporáneos.

Por ello, consideramos que abordar el esquema “izquierda-derecha” como un problema historiográfico fue una decisión prudente y enriquecedora. Este análisis nos permitió desentramar las construcciones discursivas que han definido las etapas clave de la historia política y cultural de México, revelando cómo las categorías aparentemente opuestas se entrelazan para construir narrativas hegemónicas. Al examinar cómo estas narrativas han historizado nuestro presente, logramos una visión más crítica y matizada, capaz de cuestionar las interpretaciones lineales o simplistas que reducen la complejidad de los procesos históricos a binarismos ideológicos.

De esta manera, esta investigación no solo analiza un periodo específico del pasado, sino que también propone una mirada reflexiva hacia el presente. Al identificar las continuidades y rupturas entre las narrativas del pasado y las expectativas del presente, ofrecemos herramientas para entender cómo las estructuras discursivas del progreso, la modernización y la identidad nacional siguen siendo componentes centrales en la construcción de nuestra realidad. Esto no solo enriquece el análisis historiográfico, sino que también contribuye a un debate más amplio sobre la manera en que concebimos y proyectamos nuestro futuro como sociedad.

En la actualidad, se siguen presentando problemas que se han tratado de resolver desde hace varias décadas, como aquellos referentes a la aplicación de una democracia efectiva o los conflictos ideológicos entre “izquierdas” y “derechas”. Este trabajo proporciona una idea más clara de la forma en que se han constituido nuestras ideas sobre la modernidad de México y, a través de ello, podemos replantear su uso como parte de la organización de la sociedad.

Resulta pertinente explorar cómo las narrativas nacionalistas se han transformado en el tiempo, adaptándose a contextos económicos y políticos cambiantes. Por ejemplo, el tránsito del nacionalismo revolucionario hacia modelos neoliberales en el México contemporáneo plantea preguntas sobre la resignificación de narrativas culturales y su persistencia como herramientas de legitimación política. ¿Qué sucede cuando las viejas narrativas nacionalistas son reutilizadas en contextos donde la globalización y el capitalismo transnacional erosionan los marcos tradicionales de identidad nacional?

Además, este análisis invita a examinar las formas actuales de modernización y su vínculo con el discurso del progreso. Al igual que en el periodo alemanista, en la actualidad seguimos enfrentando proyectos de infraestructura, industrialización y desarrollismo a través

de nuevas tecnologías que, aunque revestidos de nuevas retóricas, como la sustentabilidad, la diversidad cultural y la tolerancia política, perpetúan ciertas dinámicas de exclusión y desigualdad. Futuros estudios podrían analizar cómo las políticas públicas contemporáneas dialogan con las ideas de progreso que surgieron durante la transición civilista, investigando si reproducen o reinventan las estructuras de poder y control social.

En el ámbito cultural, se abre la posibilidad de investigar cómo las expresiones artísticas, incluyendo el cine, la literatura y los medios digitales, continúan funcionando como herramientas de transmisión ideológica. Así como las películas de la "época de oro" consolidaron un imaginario nacionalista, ¿qué tipo de discursos culturales están construyendo hoy en día las plataformas digitales, las series de televisión o el cine globalizado?

Finalmente, consideramos que sería pertinente reflexionar sobre cómo las ideas esencialistas del Grupo Hiperión sobre la mexicanidad, que en su momento funcionaron como un intento de homogeneizar la identidad nacional, podrían ser reinterpretadas hoy en el contexto de un México cada vez más globalizado y diverso. ¿Siguen siendo vigentes los conceptos de autenticidad y esencia en una sociedad en constante cambio, o necesitamos repensar la identidad desde enfoques más dinámicos y plurales?

**Bibliografía**


Aguilar Esquivel, I. (2024). Con qué presidente mexicano inició la construcción de unidades habitacionales en CDMX. *Infobae*. https://www.infobae.com/mexico/2024/07/17/con-que-presidente-mexicano-inicio-la-construccion-de-unidades-habitacionales-en-cdmx/

Agustín, J. (2013a) *Tragicomedia mexicana 2: La vida en México de 1970 a 1982*. DeBolsillo.

Agustín, J. (2013b). *Tragicomedia mexicana 3: La vida en México de 1982 a 1994*. DeBolsillo.

Aldao, J. A., & Damin, N. J. (2013). Populismos latinoamericanos en el siglo XX. *Historia Caribe, 8*, 149–169.

Alemán, M. (1946a). Discurso de toma de protesta como presidente. *Memoria Política de México*. https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1946-DTP-MAV.html

Alemán, M. (1946b). Discurso en su postulación por el PRI. Memoria Política de México. https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1946YRL.html

Alemán, M. (1947). Llamado a la nación. *Memoria Política de México*. https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1947LNPA.html

Alemán, M. (2006). Informes presidenciales. *Servicio de Investigación y Análisis, Centro de Documentación, Información y Análisis*.

Ankersmit, F. (2003). *Historia y tropología*. Fondo de Cultura Económica.

Ankersmit, F. (2010). *La experiencia histórica sublime*. Universidad Iberoamericana.

Ankersmit, F. (2011). *Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*. Prometeo Libros.

Aristóteles. (2004). *Poética*. Alianza Editorial.

Ayala Blanco, J. (1968). *La aventura del cine mexicano (1931-1967)*. Posada.

Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (3ra ed.). Siglo XXI.

Bobbio, N. (1996). *Liberalismo y democracia*. Fondo de Cultura Económica.

Brunk, S. (2019). *La trayectoria póstuma de Emiliano Zapata*. Libros Grano de Sal.

Calles, P. E. (1928) Primer manifiesto del Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario. *Memoria Política de México*. https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1928PMC.html

Camposeco, V. M. (2015). *México en la cultura (1949-1961). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.*

Carr, B. (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. Ediciones Era.

Chartier, R. (2003). Nuevos combates por la historia. *Escrituras de la historia* (pp. 23-58). Editorial Ítaca.

Constant, B. (1819). *De la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos*.

Córdova, A. (1973) *La ideología de la Revolución Mexicana*. Ediciones Era.

Córdova, A. (2013) *La política de masas del cardenismo*. Ediciones Era.

Cuéllar Moreno, J. M. (2020). *Leopoldo Zea y el existencialismo mexicano. Euphyía*.

De Alba, J. I. (2019). La estatua de Miguel Alemán que fue dinamitada en la UNAM. *Pie de página*. https://piedepagina.mx/la-estatua-de-miguel-aleman-que-fue-dinamitada-en-la-unam/

Dussel, E. (2007). Cinco tesis sobre el populismo. *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe* (p. 159). http://enriquedussel.com/txt/Populismo.5tesis.pdf

Fernández, E. (1948a). *Río escondido*. Producciones Raúl de Anda.

Fernández, E. (1948b). *Salón México*. CLASA Films Mundiales.

Flores Ramírez, D. R. (2010). Una familia de tantas. *Sociogénesis, 3*.

Galindo, A. (1948). *Una familia de tantas*. Producciones Rodríguez Hermanos.

García Benítez, C. (2010). La identidad nacional mexicana desde la lente del cine mexicano contemporáneo. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 1–10. http://nuevomundo.revues.org/58346

García Riera, E. (1993). *Historia documental del cine mexicano 4 (1946-1948)*. Universidad de Guadalajara.

García, G. (1992). De las conquistas estéticas del cine mexicano. *Artes de México*, 10. http://www.jstor.org/stable/24327003

Garrido, L. J. (1982). *El partido de la revolución institucionalizada*. Siglo XXI.

Gillingham, P. (2014). Preface. *Dictablanda: Politics, work and culture in México, 1938-1968* (pp. 8-15). Duke University Press.

Gout, A. (1951). *Sensualidad*. Producciones Calderón.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad*. Universidad Iberoamericana.

Herf, J. (1990). *Modernismo reaccionario*. Fondo de Cultura Económica.

Illich, I. (2008). En el espejo del pasado. *Obras reunidas* (Vol. II). Fondo de Cultura Económica.

Infobae. (2021). Río escondido, la película que Emilio 'El Indio' Fernández y María Félix filmaron en Ecatepec. *Infobae*. https://www.infobae.com/america/entretenimiento/2021/06/30/rio-escondido-la-pelicula-que-emilio-el-indio-fernandez-y-maria-felix-filmaron-en-ecatepec/

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado* (1a ed.). Paidós.

Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos*. Trotta.

Kuhn, T. (2008). *La estructura de las revoluciones científicas* (5a ed.). Fondo de Cultura Económica.

La Jornada. (2008). Miguel Alemán, sobreviviente de la dinamita universitaria. *La Jornada*. https://www.jornada.com.mx/2008/05/15/index.php?section=cultura&article=a11n1cul

Lemus, E. (2016). Acapulco y el proyecto modernizador alemanista. *Letras Históricas*, 14, (pp. 211–231).

Lévi-Strauss, C. (1999). *Raza y cultura*. Altaya.

Lillo, A. (2017). *Miedo y deseo: Historia cultural de Drácula (1897)*. Siglo XXI.

Loaeza, S. (1984). En el principio fue el PRI. *Nexos*. https://www.nexos.com.mx/?p=4308

Lomnitz, C. (2014). *Los orígenes de nuestra supuesta homogeneidad: Breve arqueología de la unidad nacional en México. Estética y emancipación*. Siglo XXI.

Loyo, E., & Aboites, L. (2010). *La construcción del nuevo estado, 1920-1945. Nueva historia general de México*. El Colegio de México.

Martínez, M. A. (2004). *El despegue constructivo de la revolución*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Martínez Rodríguez, A. (1993). *El sexenio alemanista*. Universidad Complutense de Madrid.

Medin, T. (1990). El sexenio alemanista. Ediciones Era.

Medina, L. (1979). *Historia de la revolución mexicana, 1940-1952: Civilismo y modernización del autoritarismo*. El Colegio de México.

Midgley, M. (1996). *Delfines, sexo y utopías*. Fondo de Cultura Económica.

Molina, C. (2012). Fernando Gamboa y su particular versión de México. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, 27* (87), (p. 117).

Nagore, M., y Villa, E. (2018). ¿Por qué Ecatepec se volvió violento? *El Universal*. https://www.eluniversal.com.mx/mochilazo-en-el-tiempo/por-que-ecatepec-se-volvio-violento

Niblo, S. R. (2008). *México en los cuarenta: Modernidad y corrupción*. Océano.

Nuñes Tapia, A. (2024). José Vasconcelos, su proyecto educativo y el mestizaje. *Criba, Historia y Cutura*. https://www.cribahistoriaycultura.com/jose-vasconcelos-su-proyecto-educativo-y-el-mestizaje/?utm_source=chatgpt.com

O'Gorman, E. (1947). *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Ovalle, C. V., Allier Montaño, E., & Vilchis Ortega, C. I. (2020). Añadir el tiempo estando sobre la cresta de la ola. *En la cresta de la ola* (pp. 13-31). Bonilla Artigas.

Padilla, T. (2015). *Después de Zapata*. Akal.

Paz, O. (1978). El Ogro Filantrópico. *Cuadernos de Economía, 28*, 13–26.

Pérez Montfort, R. (1999). Un nacionalismo sin nación aparente: La fabricación de lo ‘típico’ mexicano 1920-1950. *Política y Cultura, 12*, (pp.177–193).

Portilla, J. (1984). *Fenomenología del relajo, y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica. https://books.google.es/books?id=RAwwAAAAYAAJ

Ramos, S. (1951). *El perfil del hombre y la cultura en México*. Serie Verde.

Ravelo Lecuona, R. (2007). *Los jaramillistas. La gesta de Rubén Jaramillo narrada por sus compañeros* (2da de.). Editorial la Rana del Sur.

Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración* (5ta ed.). Siglo XXI.

Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción*. Fondo de Cultura Económica.

Robles, X. (2002). El pensamiento conservador en el cine. *El pensamiento conservador en México* (pp. 117-161). Plaza y Valdés Editores.

Rodríguez Kuri, A. (2021). *Historia mínima de las izquierdas en México*. El Colegio de México.

Rojas, R. (2022). *La epopeya del sentido*. El Colegio de México.

Rulfo, J. (2004). Nos han dado la tierra. *El llano en llamas* (pp. 23–29). Biblioteca Escolar Plaza y Janés.

San Agustín. (2010). *Confesiones*. Gredos.

Santos Ruíz, A. (2015). *Los hijos de los dioses: El grupo filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano*. Bonilla Artigas Editores.

SinEmbargo (2022) *Xavier Robles, autor de guiones esencuiales en el cine mexicano, fallece a los 73 años. Sin Embargo. https://www.sinembargo.mx/4209298/xavier-robles-autor-de-guiones-esenciales-en-el-cine-mexicano-fallece-a-los-73-anos/*

Smith, B. T. (2018). *The Mexican press and civil society, 1940-1976: Stories from the newsroom, stories from the street*. University of North Carolina Press.

Sosenski, S., y López León, R. (2015). *La construcción visual de la felicidad y la convivencia familiar en México: Los anuncios publicitarios en la prensa gráfica (1930-1970)* (pp. 193–225).

Sosenski, S., y Pulido, G. (2019). *Hampones, pelados y pecatrices.* Fondo de Cultura Económica.

Torres Ramírez, B. (1979). *Historia de la revolución mexicana, 1940-1952: México en la Segunda Guerra Mundial*. El Colegio de México.

Tuñón, J. (1993). *Mujeres de luz y sombra en el cine mexicano: La construcción masculina de una imagen (1939-1952)*. Universidad Nacional Autónoma de México.

UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas. (s/f). Caminos: obra del pueblo realizada por Miguel Alemán. *MEMÓRICA*. https://memoricamexico.gob.mx/es/memorica/Caminos_obra_del_pueblo_realizada_por_Miguel_Aleman?page=1&size=12&utm_source=chatgpt.com

Uranga, E. (1952). Optimismo y pesimismo del mexicano. *Historia Mexicana, 1* (3), (pp.395–410). https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/459

Urías Horcasitas, B. (2017). Luis Chico Goerne y la propuesta de un ‘modernismo reaccionario’ durante el alemanismo (1946-1952). *Historia y Grafía*, (48), (pp.105–140).

Usigli, R. (1980). El gesticulador. *Antología de autores contemporáneos 2* (pp. 129-217). Universidad de Nuevo León.

Valero, A. (2015). *José Gaos en México, una biografía intelectual (1938-1969)*, El Colegio de México.

White, H. (2011). *La ficción narrativa: Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*. Eterna Cadencia Editora.

Zabludovsky. G. (1990). *Samuel Ramos y su visión sobre lo mexicano*. https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5167877.pdf

Zea, L. (1953). *El occidente y la conciencia de México*. Porrúa y Obregón.

Zea, L. (1967). Conciencia y posibilidad del mexicano. *Angewandte Chemie International Edition, 6* (11), (pp. 951–952).

Zea, L. (1968) *El positivismo en México*. *Nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica.

Zermeño, G. (2015). *Revolución: Entre el tiempo histórico y el tiempo mítico. Historia y Grafía*, (45), (pp. 57–94).

Zermeño, G. (2016). Giro crítico de la historiografía. *Escrituras de la historia* (pp. 59–96). Ítaca.

Cuernavaca, Morelos, 7 de abril, 2025.

Dra. Ángela Ixkic Bastián Duarte
Coordinadora del Posgrado en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE.

Después de leer la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008", que presenta el estudiante **Carlos Alberto Silva Ramírez** con el fin de obtener el grado de Doctor en Humanidades, le informo que otorgo mi **voto aprobatorio**, para que se proceda a su defensa pública. Los argumentos que sostienen mi decisión son los siguientes:

- Hace un planteamiento original sobre el canon historiográfico "izquierda-derecha" construido en las últimas décadas del siglo XX sobre el periodo 1934-1952 en la historia contemporánea de México.
- Contribuye a la reflexión en torno a la legitimidad conceptual de la "historia del tiempo presente".
- Contribuye a los estudios sobre la filosofía de la "mexicanidad" en su vinculación con la ideología del nacionalismo revolucionario y la consolidación del Priato.

Sin más por el momento, quedo de usted

**Dr. Luis Gerardo Morales Moreno**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**LUIS GERARDO MORALES MORENO | Fecha:2025-04-07 12:58:04 | FIRMANTE**

bxeKIvUM9+mCBmrMr2i/yXGgTrMYF82v3ngUH9qcWqXmHK3cMmZ2w01r2hnGBPWhIgANBc5cWYlFTKL6KgTXDXNZpnmHiXE4h2MAfXS/rm40lbLB+nkt5BCZMZm+d+4VIfO
JMyyFZB/ZM7n4vuRkG1H7IQnPV1CAR0jFvfWznU+8TV4vwL8zXA5I//7Cz5TbVmS/Z8Ilg+hacqOrs54bFmRzCEwSJzWHQhEnkHgtgRLm+ZgpL7It3aNdZIdGRArUID6AL4JPBK
qec3l1lGQcLg2VZiqHIG+oxv/W4UWeiXb7TfQMNiFheDCu3hZXOR7Vz3swKH4I3PGJKknf5XGYLw==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**zpLsFvm8i**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/17x2F7bskAD1JGKHnQAzSbIAhtwcFqB0

Cuernavaca, Morelos a 26 de mayo del 2025

Dra. Ángela Ixkic Bastián Duarte
Coordinadora del Posgrado en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
**PRESENTE**

Después de leer la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008", que presenta: **Carlos Alberto Silva Ramírez,** con el fin de obtener el grado de Doctorado en Humanidades,
le informo que otorgo mi **voto aprobatorio** para que se proceda a su defensa pública. Los argumentos que sostienen mi decisión son:

-Considero que se trata de un ejercicio analítico e historiográfico en el que se sitúan y analizan obras y autores del periodo 1970-2010 que contribuyeron a establecer la noción de que hubo un viraje a la derecha en el régimen político mexicano del periodo 1940-1950.
-Siguiendo el punto anterior, el estudiante demuestra la importancia de contextualizar las condiciones de producción de la escritura de la Historia y los horizontes de enunciación de las y los historiadores.
-Su tesis es un ejemplo de lo importantes que resulta explorar las condiciones, alcances y limitaciones que tienen las investigaciones históricas en cuanto a su plano generacional e intelectual.
-Por último, considero que la inclusión de las reflexiones y críticas de autores que abordaron el cine de la "época de oro" abona a la discusión respecto al proceso de modernización del país en las décadas que posteriormente serían consideradas como del viraje derechista del gobierno emanado de la Revolución.

Sin más por el momento, quedo de usted…

Dr. Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**MARIO JOCSAN BAHENA ARECHIGA CARRILLO | Fecha:2025-05-25 22:50:18 | FIRMANTE**

L0AnVp/xly2nTF04evXmWdKiLUPUwA4MmsPtegSVklnZuZuHeNAhcV+apk3CV0iDGkx3nCOOY4FPxu3Y9a9UJn+5e+T3IyQWPQ1UFd0/G4B4x+j59M0K+LScKFsdTvFq1/uJr6MWd3J38RrfvTWkSQPO0NSINg4IE4sdTfqeG+IyTZ0AOcZl7QbOKv4BSHP8jU9QVcK68Yxd0R9JSvi4tSl5j5nKyylABZxmOilxy1RHj9jPUsyO8kWzzzZubljUcbMDIuO/74rWf13JVd279TeArdbj7VHiQ7NIlr8072vBYwB2ezjQ5KcSv7x00InGceLTGDw/5aRIaUKbwN/e2A==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**12WL0DyKV**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/9SlFHbzW5sV5PgJqsqvMzoOzdD3ESjmK

Cuernavaca, Morelos, a 2 de junio de 2025.

**Dra. Ángela Ixkic Bastian Duarte**
**Coordinadora Académica de la Maestría**
**y el Doctorado en Humanidades del CIIHu**
**IIHCS-CIIHu, UAEM**

**PRESENTE**

Por medio le comunico que he leído la tesis: "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008" que presenta el alumno:

**Carlos Alberto Silva Ramírez**

Para obtener el grado de Doctor en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada por lo que doy mi **voto aprobatorio** para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente: La tesis está bien escrita y bien documentada en términos historiográficos. El alumno hace su recorrido histórico y muestra cómo aspectos culturales como el cine contribuyeron a la formación de un ideario filosófico de derecha. También muestra el papel de la filosofía misma, con su ingreso a la universidad. También muestra las tensiones entre estos dos tipos de producciones culturales. Las filosofías de la mexicanidad, reforzaron el relato del Estado mexicano, no sin con ciertas tensiones con otro tipo de narrativas. También se revisa conceptos clave para entender la escritura de la historia en México, alemanismo, revolución, nacionalismo, entre otros.
Por ello, reitero mi aprobación del trabajo para presentarse ante el jurado correspondiente.

Sin más por el momento, quedo de usted.

A t e n t a m e n t e

**Dr. Armando Villegas Contreras**

**Lector de tesis**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**ARMANDO VILLEGAS CONTRERAS | Fecha:2025-06-02 16:58:19 | FIRMANTE**

Nmwk3502biZWlIBQw2wxxG9KhWwVOFZBmFdkMBqZyTL2kZq+H87RDhGjtrrvMl1FGMto/WsA1Jq4ZymUY9Uo6M6OXMlIg7w2QMeZjmvZW4bEtA9l+RPMSO/amwmPlM+INmfWoLB7F+tsvY2RWMSNW56dcDssr/wOQjiSlk5KTjQ3/aAlhfskT4kUk0vXMDmrJjIprTQBz331O82Zd6hGYgn51NkwIZLyDIEQg23JD3ZqglgHj1FJx5h9Jfbr10Ow0TvEoaX/L60DMeRmH4fM1nuGcbE6TEsTtvaRaf6jqgDgbDlSUb3ngjQ+1QPmuLAmmOmJAA0ABw0utjYGhTd/zA==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**0y1eNKt7F**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/24ZsLHLnTBHLFJhQLZHzKicUfniE5ZDX

Dra. Ángela Ixkic Bastián Duarte
Coordinadora del Posgrado en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE

Después de leer la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008", que presenta:

**Carlos Alberto Silva Ramírez,**

con el fin de obtener el grado de Doctorado en Humanidades,
le informo que otorgo mi **voto aprobatorio**
para que se proceda a su defensa pública. Los argumentos que sostienen mi decisión son:

**JUSTIFICACIÓN ACADÉMICA DEL VOTO**

Es un texto muy interesante por diferentes motivos, por un lado, plantea una revisión histórica no únicamente narrada, por cierto, de forma muy acertada, amena e informada, de un periodo trascendental en la conformación de la nueva identidad del México posrevolucionario, sino que además se compromete a ejemplificar y por lo mismo a someter a cuestionamientos sus dichos, cuando toma al cine mexicano de la época de oro, para dimensionar el impacto de las políticas culturales identificadas.

Como todo trabajo de investigación, así como presenta aciertos destacables identificamos algunos momentos que pueden ser enriquecidos y que transformarían notablemente este texto. Considero que el más importante es el referido a la metodología de investigación que emplea ya que el análisis de la utilización de la "mexicanidad" en el cine a través de sus guiones, carece del punto de vista de algún (os) teórico(s) sobre el análisis del lenguaje cinematográfico, todo esto en el entendido que el doctorante propone ubicar ahí la revisión histórica del viraje a la derecha del movimiento revolucionario. Pienso, entre otros, en los textos del Dr. Lauro Zavala sobre la estructura del cine como aparato de comunicación sobre todo cultural que complementarían la visión histórica de García Riera. En el mismo tenor, el texto propone fijarnos en esta idea de la construcción de un tipo de "mexicanidad" que desde la política se convierte en política cultural. No estaría de más el incluir algunas formas de pensamiento que sugieren "latinoamericanistas" como Pablo González

Casanova, por citar a alguien que mucho dijo en cuanto a estas definiciones, tales como la otredad, los otros conocimientos, etc.

Es un trabajo muy rico e interesante, como suele ocurrir, se antoja profundizar sobre algunos capítulos, el comprender, por ejemplo, más a profundidad sobre el Grupo Hiperion y su trascendencia en la definición de estas políticas culturales, se antoja.

Sin más por el momento, quedo de usted

_____

**DR. RODRIGO ALEJANDRO WITKER BARRA**



Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego"
Av. Juan de Palafox y Mendoza 208
Centro Histórico de Puebla
C.P. 72000, www.icsyh.org
01 (222) 229 55 00 Ext. 5982

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**RODRIGO ALEJANDRO WITKER BARRA | Fecha:2025-05-21 13:28:08 | FIRMANTE**

eFHEiO4iRVynqTwaYIeVOxvdTHZObFJiJkCZol9fehIzi6p35Avls1p5eZyH21yDhcV2SX3NEvwe8kzatKlNnQQJm9Ox6G+lqXNjJWhRSzCR32iHuuIIUkg2aM6sxI84aH7MSWVUby
RFnOdpIIlUe47BCoQNsHwtH47YEdOZSlR6xJRRSpbkuptPA+2/kgxANzdmdtqfuH6YP8NAYZTVTyCpQinCp5bmvzVBE/eyNdmedNwxijjvVecbbWC7oG4HP/kffEye9a1VZfviA8vx
e4NMIPcy506bgIR/VFmAuqn4cyI153vwpOIQ1s9tuuK12xez6cmUO/IaVlfEPpp0HA==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**2KYIc3yqm**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/IVg7KDw2DIbFwgKnq7fJpD3oa0gmYTjk

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

HUMANIDADES
CENTRO INTERDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN
CIIHU

Posgrado en Humanidades

Cuernavaca, Morelos, a 2 de mayo de 2025

**Dra. Ángela Ixkic Bastian Duarte**
**Coordinadora del Doctorado en Humanidades**
**Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades**
**Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales**
**Universidad Autónoma del Estado de Morelos**

**PRESENTE**

Por medio de la presente le comunico que he leído la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008" que presenta el alumno:

**CARLOS ALBERTO SILVA RAMÍREZ**

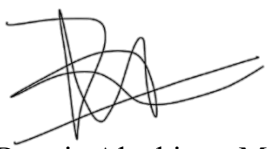
Para obtener el grado de Doctor en Humanidades. Considero que dicha tesis está terminada por lo que doy mi **voto aprobatorio** para que se proceda a la defensa de la misma.

Baso mi decisión en lo siguiente:

- El autor identifica y analiza un corpus historiográfico representativo del periodo, integrado por autores como Luis Medina, Blanca Torres, Luis Javier Garrido y Barry Carr. Este conjunto le permite reconstruir una narrativa crítica sobre la transición del régimen posrevolucionario.
- El trabajo incorpora un marco teórico definido. Se hace uso de conceptos como "régimen de historicidad", "espacio de experiencia" y "presentismo", lo que permite examinar el discurso historiográfico desde una perspectiva analítica.
- Se articulan distintas formas de producción simbólica. El estudio incluye discursos filosóficos y cinematográficos, que se analizan como parte de un proceso de legitimación ideológica. Esta perspectiva permite ampliar la mirada más allá del discurso político e historiográfico.
- El texto propone una lectura que distingue entre diversas etapas y sentidos del término "viraje a la derecha". En lugar de imponer una categoría, rastrea cómo se ha construido dicha noción en fuentes específicas.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente,



Dra. Beatriz Alcubierre Moya
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Cuernavaca, Mor., a 26 de mayo de 2025

**Dra. Ángela Ixkic Bastián Duarte**
**Coordinadora del Posgrado en Humanidades**
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

**P r e s e n t e**

Después de leer la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008", que presenta:

**Carlos Alberto Silva Ramírez**

Con el fin de obtener el grado de Doctorado en Humanidades, le informo que otorgo mi **voto aprobatorio** para que se proceda a su defensa.

Los argumentos académicos que sostienen mi voto son los siguientes:

La tesis, estructurada y contextualizada, presenta un estudio original, que descansa esencialmente en una investigación bibliográfica. Si bien, en mi opinión, el estudio carece de referencias archivísticas, en particular hemerográficas o periodísticas, cumple con los requisitos básicos de la investigación a nivel de doctorado. Esboza un debate interesante sobre discusiones historiográficas, enfocándose en narrativas historiográficas, filosóficas y cinematográficas; debate que oscila entre historia conceptual de la modernización o "modernidad" "alemanista" (el "civilismo" del periodo presidencial de Miguel Alemán, 1946-1952) e historia intelectual del nacionalismo revolucionario que conduce, no sin paradojas, a los modelos neoliberales de finales del siglo XX. En particular, en los dos primeros capítulos, no cabe duda que la tesis constituye un cuestionario original y cierta aportación al conocimiento de varias representaciones "esencialistas" de lo mexicano o ideología de la "mexicanidad", que busca desglosar y dilucidar la edificación historiográfica del canon del "viraje derechista de la revolución", así como del esquema "izquierda-derecha". El tercer capítulo aparece menos original al debatir sobre todo de dos películas (*Río Escondido* y *Una Familia de tantas*), obras muy estudiadas en la historiografía. Ahora bien, de formación filosófica, el estudiante descubre la disciplina histórica, en particular en el desarrollo contextual; bienvenido esfuerzo, que, sin embargo, desemboca a veces en obviedades simplistas, por ejemplo cuando presenta como una revelación la importancia del cine como fuente y medio de transmisión ideológica, y quizá sobre todo al descubrir, de cierta manera, que la disciplina histórica es siempre historia del presente.

Sin más por el momento, quedo de usted

**A t e n t a m e n t e**

**Dra. Laurence Gabrielle COUDART**
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades - UAEM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**LAURENCE GABRIELLE COUDART | Fecha:2025-05-26 15:20:38 | FIRMANTE**

kFI4bbHuK9E3Fd4W1pBC4lb3I7mh3nN+c8oHxs3zgB8Y92OEmVJLHrWgjvTfwIpaapCk623ZnghlRqDrO6K1IWGJbqslrIOheNItVBjvlUnP6PUv26R14BAA5/t9jipCW4HawZ1uBzf
GLF2K6ol3R6vitoDD5UeGiVE/lIcN9xidigi/y5OSmNwBA44RL7/8f4C6LxZwVh1xsdvBK/oBDhw7DNLL9md4cqTFzqczXZAtCNs7B4k+/m3A5tOJTtzQLfLDdlo2ax/YtsC6rJgZsN2iiD
JpYq6Mx8593IOqaINTklonU4EaKRlKRLcwBpqM8qjdjXhhMOu3zxvECmuR9g==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**4gUuepa1c**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/i9GkTzeIJ3hluzn29LhK4DfgFABdATDz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

**INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES**

**Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales**

Cuernavaca, Mor. 19 de mayo de 2015

Dra. Ángela Ixkic Bastián Duarte
Coordinadora del Posgrado en Humanidades
Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades
Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos
PRESENTE

Después de leer la tesis "La construcción historiográfica del "viraje a la derecha" de la Revolución Mexicana, 1979-2008", que presenta:

**Carlos Alberto Silva Ramírez,**

con el fin de obtener el grado de Doctorado en Humanidades,
le informo que otorgo mi **voto aprobatorio**
para que se proceda a su defensa pública. Los argumentos que sostienen mi decisión son:

La tesis de doctorado presentada es un trabajo de investigación original e interdisciplinario que demuestra exitosamente y consultando una gran variedad de fuentes el llamado giro a la derecha en las interpretaciones historiográficas, filosóficas y cinematográficas del México posrevolucionario a partir de la década de 1940 hasta la adopción del neoliberalismo. Le metodología y el uso de las fuentes es riguroso, además de presentar reflexiones de una alta sofisticación teórica sobre la mexicanidad y la construcción de un discurso historiográfico modernista, desarrollista e incluso conservador o "de derecha" , señalando un viraje filosófico, cultural e ideológico-político a partir de 1940 respecto al discurso de la posrevolución temprana, contribuyendo significativamente a los estudios sobre el México moderno y contemporáneo.

Sin más por el momento, quedo de usted

Atentamente
***Por una humanidad culta***

**DRA. MARIA VICTORIA CRESPO**
Profesora-Investigadora de Tiempo Completo
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento con firma electrónica UAEM, soportada por el certificado vigente a la fecha de su elaboración y con efectos plenos de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS PUBLICADOS en el ÓRGANÓ INFORMATIVO UNIVERSITARIO "ADOLFO MENÉNDEZ SAMARÁ" número 117 de fecha 20 de abril de 2021.

Sello electrónico

**MARIA VICTORIA CRESPO | Fecha:2025-05-18 13:08:43 | FIRMANTE**

HP6OUUqNjGulycC/HzKFb+UEoCOR2jECXsYVDCiKFBSTwncwJW9NYUd040fZ+3nXIqVkZG4WnR0YMbBCmKewwD4+P+wpSB6drHKr8DuSLdj9+crAojhbLsjz83bNwD2hM4Z1uRCsrTaeNOrYHo4lKmvUxKP9xo7KNm578SMer2wPqEzdYW9zbV3+L2+Ci91kt+kYyUoB28WtHBzsSrYfTBvO+LZScwp69xmv0BA0gDzVmyWnYreJMlwhCsKZGD1T9olLg4eOUQndJKP1Vdr1L1/KZazTN61CUb2we2N7gBA+tYbG56ZVUf1xUvzulpe28sGXaduN8p1ikgsnmRNxAQ==

**Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:**

**u7kyG3T2s**

https://efirma.uaem.mx/noRepudio/BzjikEL4pPLDwH2lXIjPk7Uc0ctkwN5o